

DELEITÁNDOSE EN ÉL PARA SIEMPRE

Dr. Malcolm Webber, Ph.D.

Publicado por:

Strategic Press

Division of Strategic Global Assistance, Inc.
2601 Benham Avenue
Elkhart, IN 46517
U.S.A.

(219) 295-4357

Toll free: (888) 258-7447

www.sgai.org

Our secure online bookstore:
www.LivingFaithBooks.com

Por favor, escriba para mayor información.

Todas las referencias bíblicas son de La Biblia de las Américas, a no ser que se especifique lo contrario.

Impreso en los Estados Unidos de Norteamérica.

CONTENIDO

Deleitándose En Él Para Siempre4

Capítulo Uno:

El propósito eterno de Dios es la comunión.....5

Capítulo Dos:

La entrada a la comunión es la cruz de Cristo.....11

Capítulo Tres:

**La diferencia entre conocimiento y experiencia:
la realidad de la comunión.....16**

Capítulo Cuatro:

La naturaleza de la comunión: lo abarca todo23

Capítulo Cinco:

En pos de la comunión.....44

Capítulo Seis:

La naturaleza de la comunión: la profundidad del amor de Dios.....48

Capítulo Siete:

Una comunidad en comunión: la iglesia.....57

Capítulo Ocho:

La plenitud de la comunión.....61

Capítulo Nueve:

El camino a la comunión: ministrar muerte por el Espíritu.....66

Capítulo Diez:

El requisito para la comunión: rendirse a Dios.....72

Capítulo Once:

Impedimentos para la comunión.....80

Capítulo Doce:

Lo imperioso de la comunión.....88

INTRODUCCIÓN

DELEITÁNDOSE EN ÉL PARA SIEMPRE

La Asamblea de Westminster reunida en Edimburgo el 2 de Julio de 1648 aprobó el “Catecismo Mayor”, cuya primer pregunta es: “¿Cuál es el mayor y más elevado fin del hombre?” La respuesta es: “El mayor y más elevado fin del hombre es glorificar a Dios y deleitarse plenamente en Él para siempre.”

En un volumen anterior hemos tratado la gloria de Dios como el fin supremo y máximo de todas las cosas. En este presente volumen vamos a introducir el tema del deleite de Dios en Su creación y el deleite de Su hombre en Él.

Todo lo que podemos hacer es dar comienzo al tema. Sólo cada uno de nosotros puede continuar personalmente con él.

Al encomendar este libro a la imprenta, nuestra oración es que pueda ser eficaz como una voz más de las muchas que en esta hora crítica están llamando a la novia de Jesús a la simplicidad que hay en Él.

Kimmell, Indiana
Marzo de 1990

Al entrar este libro en su quinta edición en inglés y su primera en español, nos sentimos humildemente asombrados por la forma en que el Espíritu Santo se ha complacido en usarlo de diferentes maneras alrededor del mundo.

Dr. Malcolm Webber, Ph.D.
Goshen, Indiana
Enero de 2000

CAPÍTULO UNO

EL PROPÓSITO ETERNO DE DIOS ES LA COMUNIÓN

Y el Señor Dios dijo: No es bueno que el hombre esté solo; le haré una ayuda idónea. (Gn. 2:18, Hebreo)

En el principio, después de crear al hombre, Dios lo miró y vio que le hacía falta una “colaboradora”. Pero no cualquier colaboradora. Tenía que ser una “ayuda idónea para él”. Dios creó a todos los animales y se los trajo a Adán, pero no había ninguna compañera adecuada para él. Entonces Dios creó a la mujer para que fuese su compañera. Y no la hizo del polvo de la tierra, como había hecho con los animales, sino que tomó una parte de Adán y a ella **la sacó de él**.

Por haber salido del hombre, la mujer era una compañera adecuada para él. Ella era de su misma naturaleza: “hueso de mis huesos y carne de mi carne”. Al hombre no lo podía satisfacer nada menos que esto. La compañera de Adán tenía que ser como él, de su misma naturaleza, a su imagen, o de lo contrario, la compañera nunca lo hubiese podido satisfacer. Para que pudiese existir una relación duradera y satisfactoria entre el hombre y su compañera, ella tenía que provenir de él.

Este compañerismo entre el marido y su mujer es la intención divina de la clase de relación entre Jesús y su novia, expresada en la carta de Pablo a los santos de Éfeso:

*Porque nadie aborreció jamás su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida, **así como también Cristo a la iglesia**; porque somos miembros de su cuerpo. Por esto el hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio, pero **hablo con referencia a Cristo y a la iglesia**. (Ef. 5:29-32)*

En el huerto del Edén, Dios, indudablemente, podía haber creado a Su hombre para que fuese una “isla” en sí mismo. Él lo pudo haber creado de tal forma que ni siquiera necesitase una compañera. Pero ése no era su propósito. De igual manera, el hijo de Dios no necesita al hombre para que le sirva de compañía ni para ser completo;¹ pero eligió hacer a Su hombre a Su imagen, sacarlo de Sí mismo,² no solamente para hacer **posible** la comunión entre Su hombre y Él mismo, sino para que esta comunión **complaciera** plenamente tanto a Dios como al hombre.

¹ En la comunión eterna con el trino Dios, Él siempre ha estado **completo** y **satisfecho** de Sí mismo.

² Gn. 1:26; 2:7; 5:1; 9:6; 1 Co. 11:7; Stg. 3:9

Repetimos que la razón por la cual Dios creó al hombre a su imagen, conforme a su semejanza, fue para que pudiese tener compañía y comunión con Él, de tal manera que fuese placentero para Él y disfrutara de esa relación.

Esto se refleja hermosamente en la relación entre marido y mujer. La razón por la cual un hombre se casa con una mujer no es sólo en beneficio de ella – para que tenga un proveedor y un protector – sino que él también se casa con ella en beneficio propio. Y su propio beneficio consiste en algo más que tener alguien que le cocine, limpie y se ocupe de él. En gran medida, la razón por la cual el hombre se casa es por su propia necesidad de compañía.

De la unión del hombre y su mujer, nace algo que va más allá de la utilidad mutua de ese arreglo. Hay algo mucho más profundo que la mera formalidad de dos individuos viviendo juntos por la superficial ayuda mutua que se brindan el uno al otro. Existe una unión espiritual y un vínculo que se crea entre ambos: “y los dos serán una sola carne”. Llega a formarse una relación intangible entre ellos que satisface, no ya sus necesidades físicas, sino sus necesidades emocionales y espirituales de compañerismo.

Por “compañerismo” queremos decir que es algo más que solamente la proximidad física y la comunicación. Significa la más intensa realización posible de una compañía interior – una unión espiritual y un vínculo – una experiencia de verdadero amor.

Ya sea que se produzca o no esta unión en muchos matrimonios, eso no cambia el hecho de que ésa fue la intención principal de Dios al establecer el vínculo matrimonial. En verdad, éste fue Su propósito al crear a la mujer al principio: para que Adán fuese “una sola carne” con ella.

A esta profunda relación es a la que Pablo se refiere en su carta a los Efesios al hablar de la relación marido-mujer; y es en este contexto que él escribe: “hablo con relación a Cristo y su iglesia” con lo cual, muestra que la relación de un hombre con su esposa es un tipo intencional, o figura, de la relación entre Cristo y Su iglesia. Esto también lo declara Pablo en la primer carta a la iglesia de Corintio:

... Los dos vendrán a ser una sola carne. Pero el que se une al Señor, es un espíritu con Él. (1 Co. 6:16-17)

Vemos entonces que cuando Dios crea al hombre, tuvo un propósito profundo en mente que iba más allá de crear un mundo y después alguien para que lo gobernase en Su nombre. Si esto hubiese sido todo que quería, sencillamente, hubiese creado un ser que no fuera a Su imagen sino que hubiese sido lo suficientemente superior como para ejercer dominio sobre el resto de la creación en Su lugar. Pero no era éste el máximo propósito de Dios. Él tenía un propósito superior que el de dominar y eso queda demostrado por el hecho que Su hombre fue creado **a Su imagen**.

Así como Eva tuvo que ser creada a imagen de Adán – en realidad, sacada de

Adán – para que pudiese existir un verdadero compañerismo en amor entre ella y Adán, así mismo, el hombre tiene que ser creado a imagen de Dios – en realidad, del aliento de Dios – para que pudiese existir una verdadera relación de amor entre Dios y Su hombre. El propósito de Dios al crear al hombre fue el compañerismo: compañerismo con Él mismo. Esto estuvo en su corazón desde el mismo principio.

Este propósito jamás ha cambiado. Aunque Adán pecó colocándose a sí mismo y a toda su descendencia en estado de separación de su Creador, Dios en su misericordia, proveyó para la redención de Su hombre; para abrir un camino por donde Su hombre pudiera volver a Él. Nuevamente, su propósito no era meramente utilitario. Jesús no murió en la cruz simplemente para remitir legalmente los pecados del hombre y librarlo de su bien merecido castigo, tanto temporal como eterno. Tampoco murió sólo para demostrar Sus ilimitados atributos gloriosos de gracia, amor y misericordia. Por supuesto, la muerte de Jesús logró todas estas cosas; verdaderamente, si sólo hubiese logrado estas cosas hubiese sido una obra de infinita gloria. Pero, asombrosamente, el propósito central de Dios en el derramamiento de la sangre de Su hijo era reconciliar al hombre Consigo mismo: reestablecer el compañerismo perdido. “Cristo murió por los pecados... **para llevarnos a Dios.**”¹

Vemos entonces que hemos sido redimidos para estar en la compañía de Dios. El propósito de nuestra redención no fue solamente para librarnos del infierno eterno, sino que Dios deseaba la compañía y la comunión con Su hombre. Ésta es la esencia de la salvación y queda declarada de muchas maneras en el Nuevo Testamento, donde se dice que:

hemos sido reconciliados con Dios,
ahora tenemos paz con Dios,
somos aceptos en el amado,
somos recibidos por Dios,
habitamos en Él y Él en nosotros,
participamos de la naturaleza divina,
tenemos vida en Dios,
nacimos de Dios,
somos hijos de Dios,
somos herederos de Dios,
somos la novia de Cristo,
ahora tenemos acceso al Padre,
estamos cerca de Dios,
Jesús no se avergüenza de llamarnos hermanos,

¹1 P. 3:18; 2 Co. 5:18

Jesús ahora nos llama sus amigos.

Todas éstas son declaraciones muy profundas y afirmaciones **concretas** que reflejan verdades **concretas**.

¡No debemos reducir nuestra salvación a una mera teoría de posición legal! Estos escritos significan más que eso. Es misticismo y falta de creencia devaluar la vida cristiana a unas simples ideas acerca de una posición teórica. Ciertamente, ahora tenemos una gloriosa posición legal con Dios. Sin embargo, las declaraciones del Nuevo Testamento arriba mencionadas no son sólo verdades legales, sino que intentan ser también **experiencias** de vida. De hecho, ése es su significado **primario**. **¡Jesús ahora nos llama Sus amigos!** Esto no es especulación religiosa, ni tampoco alguna elaboración teológica para ser discutida y debatida: ¡ésta es una experiencia para ser vivenciada! ¡Ésta no es teoría, sino realidad!

Amigos de Dios

Adán disfrutó del real compañerismo de Dios antes que su pecado rompiese la relación. Él no hizo conjeturas ni filosofó acerca de Dios. **Él caminó con Dios** al fresco del día. Adán conocía a Dios; él hablaba con Dios, disfrutaba a Dios y le devolvía a Dios ese compañerismo que Dios, a su vez, disfrutaba.

Adán no era solamente un siervo, un esclavo subordinado a Dios; ¡él era el **amigo** de Dios!

Al principio, antes que Dios le creara al hombre la mujer, Él creó todos los animales pero, entre todos ellos, no se encontró “ayuda idónea para él [i.e. ‘hombre’]”. Los animales pueden **servirle** al hombre, pero no pueden hacerle **compañía** o devolverle el amor. La única comunicación posible es, a lo sumo, solamente superficial y limitada. Esta limitación se debe a las diferencias de sus naturalezas. Los animales no fueron creados del hombre sino de la tierra.¹ No es posible en absoluto ni unión ni comunión verdadera.

Sin embargo, éste no es el caso entre el hombre y su esposa. Debido a que la mujer comparte la misma naturaleza que el hombre, es posible una mutua complacencia y una relación satisfactoria entre ambos. La creación de la mujer llena una necesidad, no para ser sierva sino para un íntimo compañerismo.

Lo mismo sucede con el hombre y su Dios, en cuyo caso ha habido una participación en la misma naturaleza en tres aspectos.

Primero, originalmente el hombre tuvo parte de la naturaleza divina cuando fue

¹Gn. 1:24; 2:19

creado a imagen y semejanza de Dios, literalmente, por el sople de Dios.

Segundo, Dios le dio naturaleza humana a su Hijo eterno cuando éste se hizo carne y habitó entre nosotros; habiendo nacido de una mujer, viviendo en la tierra; habiendo sido tentado en todo como somos nosotros; sufriendo lo indecible; padeciendo hambre extrema, sed y cansancio. Verdaderamente, Jesús es para siempre un hombre en espíritu, alma y cuerpo.

Por último, el hombre vuelve a recibir la naturaleza de Dios cuando el Creador, por su gracia, sopla una vez más en la nariz del hombre Su misma vida divina en el nuevo nacimiento, impartiendo Su incorruptible Semilla de vida dentro de nosotros. En cumplimiento del propósito eterno de Dios, hemos llegado a ser “hueso de Sus huesos y carne de Su carne” – “un espíritu con el Señor”. Por eso, es posible que haya compañerismo entre el hombre y Dios, y hasta más que compañerismo: **unión**.

El milagro no es que Dios, por su lado, pueda hablar con el hombre como el hombre puede hacerlo con los animales. El milagro es que (a diferencia de la relación que existe entre el hombre y los animales) el hombre no solamente pueda entender a su Dios sino que pueda responderle de una manera que es auténticamente placentera para Dios. Considere cuán maravilloso sería si ésta fuese la habilidad de los animales hacia el hombre. Más maravilloso aún es que esta comunicación recíproca sea posible entre Dios y el hombre, si tomamos en cuenta la infinita persona y grandeza de Dios. Recuerde que esto sólo es posible gracias a la naturaleza en común entre Dios y el hombre.

Vemos entonces que el propósito de Dios al crear al hombre fue para que pudiese haber una auténtica relación y una mutua satisfacción en el compañerismo entre Dios y el hombre.

El propósito original de Dios será cumplido

Cuando Adán pecó se rompió la relación. Pero Cristo fue a la cruz para abrirle un camino de regreso al hombre hacia Dios; al lograrlo, volvió a abrir la puerta a la comunión, a una relación íntima. De esto se trata la vida cristiana: **de la restauración de la comunión con nuestro Creador**, nada menos. Hemos sido restaurados, no sólo a una posición legal, sino a una experiencia vital. Dios nos ha aprehendido para que nosotros le retribuamos lo mismo. Él ha decidido, una vez más, conocer al hombre para que el hombre pueda, otra vez, conocer a Dios.

El mismo Señor declara en los Profetas que el propósito fundamental del Nuevo Pacto sería para “que **todos** me conozcan, desde el menor hasta el mayor de ellos.”¹ Y, nuevamente, escrito está por el apóstol Juan:

¹Jer. 31:33-34; ver 1 Jn. 2:20, 27; cf. Sal. 68:18; Cnt. 4:9-5:1; 7:6, 10; Sal. 147:11; 149:4a

Y sabemos que el Hijo de Dios ha venido... a fin de que conozcamos al que es verdadero (1 Jn. 5:20)

La vida cristiana **es** la restauración de la comunión del hombre con Dios; no es nada menos.

Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. (Jn. 17:3)

Estamos llamados no sólo a vivir en el cielo para siempre, sino a caminar con Dios, a experimentar a Dios, a conocer a Dios, a amar a Dios, a disfrutar a Dios y a devolverle a Dios la comunión (por increíble que parezca) que, en efecto, Dios mismo disfruta.

CAPÍTULO DOS

LA ENTRADA A LA COMUNIÓN ES LA CRUZ DE CRISTO

Y oyeron al Señor Dios que se paseaba en el huerto al fresco del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia del Señor Dios entre los árboles del huerto...

Expulsó, pues, al hombre; y al oriente del huerto del Edén puso querubines, y una espada encendida que giraba en todas direcciones, para guardar el camino del árbol de la vida. (Gn. 3:8, 24)

Cuando Adán pecó, quedó separado de Dios. Por su desobediencia a Dios, no sólo perdió el huerto del Edén, la vida física, la prosperidad terrenal, la bendición y la prosperidad. Perdió mucho más que todas estas cosas. Perdió a **Dios**.

Dios le advirtió al hombre que si comía el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, moriría ese mismo día. Y cuando Adán y Eva se rebelaron y comieron, murieron; y toda la raza humana murió con ellos. Todos los hombres quedaron bajo la maldición de la muerte, tanto física como espiritual.

Desde ese momento, los cuerpos empezaron a morir yendo la descomposición física y la muerte. Desde ese momento, todos los hombres nacen, literalmente, en estado de muerte desde el instante de la concepción. Desde el día en que Adán pecó, la salud del hombre comenzó a degenerarse quedando sujeto a una infinita variedad de males y enfermedades. Desde el momento en que Adán pecó ya no andaría feliz cuidando el huerto que proveía para él, sino que iba a conseguir el sustento necesario con “el sudor de su frente”. Desde ese momento en adelante el hombre ya no viviría más en armonía con la naturaleza sino que, todo el orden de la creación de Dios quedó cruelmente propenso a aniquilarlo con toda su civilización y toda la obra de sus manos. Desde ese momento tampoco pudo el hombre volver a vivir en armonía consigo mismo. La tierra enseguida conoció el gusto de la sangre de la muerte,¹ el primer fruto de la mucha violencia, tortura, revueltas y guerras que pronto llenarían el mundo. Adán perdió todas estas cosas cuando pecó. Y aun así no fue todo lo que perdió, ni tampoco fue lo peor que perdió. El hombre perdió algo mucho más grande que todo esto. **El hombre perdió a Dios**.

Atrás habían quedado los días de comunión con Dios en las frescas tardes cuando el hombre y su Creador acostumbraban caminar y conversar juntos. Atrás había quedado el compañerismo que el hombre finito había disfrutado una vez con el Dios infinito. Ahora Adán era echado del jardín, se le impedía regresar y para prevenir su

¹Gn. 4

entrada, ésta quedaba custodiada por querubines y una espada encendida que giraba en todas direcciones.

Además, la prohibición del acercamiento a Dios no fue todo en lo que consistía la disolución de su relación. El día en que Adán comió el fruto, el hombre murió interiormente y espiritualmente. Murió para Dios. Murió a la presencia de Dios. Ahora el hombre huía y se ocultaba de aquella bella, preciosa y dulce Presencia que una vez había conocido y en la cual se había deleitado amorosamente. ¡Tragedia de tragedias! Esa bendita comunión se había ido **para siempre, la** gloriosa corona de la creación de Dios: el hombre hecho a su imagen, maravillosamente capaz de tener comunión con su Hacedor de manera no solamente que lo satisficiera a él sino también al Único Infinito, ya no existía. Ahora, esa preciosa comunión se había perdido; había desaparecido **¡para siempre!**¹

De la misma forma en que el cumplimiento de la relación original era por ambas partes, el rompimiento de la relación también fue mutuo. El hombre quedó inmediatamente inhabilitado para tener comunión con Dios. Corrompido y depravado desde lo más íntimo de su ser, **muerto** para Dios, **separado** de Dios, el hombre ya no buscaba más a Dios. De hecho, ahora **se negaba** a conocerlo, y se escondía de Él, exigiendo altivamente: “Aléjate de nosotros; no queremos saber nada de tus caminos.” Incapaz ya de amar a su Creador, el hombre se convirtió en su “enemigo” y “aborreció” a Dios.²

Por necesidad, aunque no sin renuencia, Dios quitó al hombre de Su presencia. Teniendo una “mirada tan pura como para ver el mal” y, por naturaleza, incapaz de aprobar la iniquidad, Dios apartó al hombre de su lado. Se había deteriorado la relación.

Para el hombre, la santidad había sido reemplazada por el pecado, la obediencia por la rebelión y la voluntad propia. La comunión con su Dios había sido reemplazada por la enemistad, el amor por el miedo, la paz por la culpa. Donde una vez había sido libre, ahora era esclavo. Donde una vez había vida, ahora reinaba la muerte.

Para Dios, la aceptación de Su hombre había sido reemplazada por el rechazo; la amistad por la hostilidad, el favor por la ira, la aprobación por el juicio. Donde había habido bendición, ahora había maldición y muerte.

El hombre ya no tenía acceso a Dios. Los querubines y una espada encendida que giraba en todas direcciones guardaban la entrada al huerto mientras quedaba en la tierra. Y desde ese momento, Dios es visto en las Escrituras con guardias angelicales a su alrededor, manteniendo a distancia todo lo que no sea santo. Cuando el profeta Isaías contemplaba a Dios en su gloria, los serafines que custodiaban el trono exclamaban: “Santo, Santo, Santo”.³ Tanto en el tabernáculo de Moisés como en el templo de

¹Excepto por la misericordiosa provisión de Dios, por supuesto.

²Ef. 2:3; 4:18; 2:1; Col. 1:21; Ro. 3:11b; Jer. 9:6b; Gn. 3:8; Job 21:14-15; Ro. 1:30; Col. 1:21

³Is. 6

Salomón, los querubines de oro batido guardaban la entrada al trono de cualquier intruso, extendiendo sus alas sobre el “propiciatorio”, donde moraba la Presencia de Dios. Hasta en el velo, lo cual restringía firmemente la poca vislumbre de Dios que se le permitía al hombre, y ésa “no sin derramamiento de sangre”, había querubines bordados como silenciosos guardianes de la presencia del Santo, significando con ello que el camino a la Santa Presencia “todavía no había sido revelado”.¹ Todo esto proclama una sola cosa: Dios es Santo y el hombre impuro ¡está **EXCLUIDO** de Su Presencia!

Pero ¡Aleluya! Para esta lamentable situación desesperada fue enviado El Hijo de Dios. Dejando por una temporada el trono de Dios, nació como hombre en este mundo desdichado, humillándose a Sí mismo y siendo obediente hasta la muerte, y hasta la muerte en la cruz. Su propósito era romper el velo de querubines de arriba abajo y abrirle un camino de restauración posible a Su amado hombre.

Para que esto fuera posible, Dios tenía que lograr dos cosas: la **penalidad legal** por el pecado del hombre tenía que ser pagada, y la **naturaleza interna** del hombre tenía que ser cambiada. Con el derramamiento de su preciosa sangre, Jesús pagó ese precio infinito, que excede ampliamente la pena completa de todos los pecados de los hombres. Luego, por medio del nuevo nacimiento, administrado por el apreciado Espíritu Santo, la naturaleza espiritual del hombre puede ser cambiada y puede haber vida donde antes había solamente muerte, pudiendo el hombre ser restaurado interiormente para tener comunión con Dios y la capacidad de clamar “Abba Padre” dentro de su ser. Más aún, por medio del bautismo en el Espíritu Santo, Dios mismo viene a morar, no sólo “con” sus hijos redimidos, sino “en” ellos; verdaderamente; nuestros cuerpos lavados por la sangre llegan a ser “templos del Dios vivo”, Su “morada (o habitación) por medio del Espíritu”, siendo destinados a “ser llenos de toda la plenitud de Dios”.²

Entonces, hermanos, puesto que tenemos confianza para entrar al Lugar Santísimo por la sangre de Jesús... acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe (He. 10:19, 22)

¡Alabado sea el Altísimo Señor Jesús! Por medio de la gloriosa obra en la cruz Él abrió un camino para que el hombre llegara a Dios. Por medio de la sangre derramada por Jesús, el hombre tiene acceso a través del antiguo velo a la misma Presencia de Dios. Lo que antes era imposible, Jesús lo hizo posible. El camino al compañerismo, la comunión y la intimidad con Dios ha quedado abierto de nuevo para el ser humano. Estamos invitados a participar y hemos sido comisionados a invitar a otros a participar

¹He. 9:7-8

²2 Co. 6:16; 1 Co. 6:19; ver también Ef. 2:22 y 3:17-19

del más grande y alto privilegio posible: el **matrimonio** del Cordero y Su novia.

El más Alto Privilegio

Escuche a la novia de Cristo decir: “El rey me ha conducido a sus cámaras.”¹ El Rey de reyes nos ha traído al Lugar Santísimo, a Su cámara íntima de compañerismo, a una profunda experiencia de íntima comunión. Eso es lo que Él nos está ofreciendo.

Jesús nos está llamando para **conocerlo** a Él, como la esposa conoce a su marido; y Él nos llama a **deleitarnos** en Él como la esposa que se deleita en su marido. Escuche nuevamente a Su novia: “Yo soy de mi amado, y su deseo tiende hacia mí... Esté su izquierda bajo mi cabeza y su derecha me abrace... A su sombra placentera me he sentado, y su fruto es dulce a mi paladar.”²

Y aún más sorprendentes son las palabras de su Amado, el Novio: “Eres hermosa, amada mía, encantadora... Toda tú eres hermosa, amada mía, y no hay defecto en ti... Has cautivado mi corazón, hermana mía, esposa mía; has cautivado mi corazón con una sola mirada de tus ojos, con una sola hebra de tu collar... Aparta de mí tus ojos, porque ellos me han confundido... ¡Qué hermosa y qué encantadora eres, amor mío, con todos tus encantos!”³ Igual que en el matrimonio humano, la intimidad y el deleite en la relación con Jesús y su novia, es **mutua**.⁴

Analice entonces las palabras de la novia: “Yo soy de mi amado y **mi amado es mío**.”⁵ ¿Leyó esto? No solamente estamos invitados a conocer a Dios, a amarlo y a mirar su hermoso rostro para siempre. ¡Hemos sido llamados a **poseer** a Dios! En todo lo que Él nos ha dado, en las grandes promesas eternas que nos ha hecho, no pase por alto la promesa suprema, el máximo regalo, esta herencia consumada: Dios se ha entregado a **Sí mismo**.

El mayor tesoro, superior a la totalidad del universo, tanto lo que se ve como lo que no se ve, es que **¡Dios se nos ha entregado a Sí mismo!**

¿Y en qué medida Dios se nos ha entregado a Sí mismo? Escuchemos y

¹Cnt. 1:4

²Cnt. 7:10; 8:3; 2:3

³Cnt. 6:4; 4:7, 9; 6:5; 7:6

⁴Como escribió el apóstol Juan: “tenemos comunión los unos con los otros”. (1 Jn. 1:7)

⁵Cnt. 6:3

sorprendámonos con las palabras de Juan: “Él da el Espíritu sin medida.”¹ ¡Dios se nos ha entregado sin medida! ¡Todo lo que es de Dios está en nosotros, en cada uno de nosotros! ¡Todo lo perteneciente a Dios es accesible para nosotros, para cada uno de nosotros! **¡Todo lo de Dios es nuestro!**

Por lo tanto, maravillémonos de las palabras de Pablo, cuya oración es: “¡que Cristo more por fe en vuestros corazones... que seáis capaces de comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, y de conocer el amor de Cristo que sobrepasa el conocimiento para que **seáis llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios!**”²

Amado hermano o hermana, no se conforme sólo con mirar y maravillarse. ¡Busque **aprehenderlo** para usted! ¡Busque **experimentarlo!** **¡Todo lo de Dios es nuestro! ¡Todo lo de Dios es suyo!**

¡Promesa de promesas! ¡Gozo indecible! ¡Maravilla de maravillas! ¡El mayor de los propósitos! ¡Gracia indescriptible! ¡Condescendencia sin par! ¡Conocer a Dios, amar a Dios, poseer a Dios! La eternidad no sondeará las profundidades de la gloria y la maravilla del propósito de Dios, ni agotará Su alabanza.

Éste es, entonces, el propósito de Dios y nuestro llamado: la completa y más íntima unión entre nosotros y su Hijo, para deleitarnos en Él para siempre.

¡Para deleitarnos en Él!

¡Para siempre!

¹Jn. 3:34

²Ef. 3:17-19

CAPÍTULO TRES

LA DIFERENCIA ENTRE CONOCIMIENTO Y EXPERIENCIA: LA REALIDAD DE LA COMUNIÓN

Pues ya que la ley sólo tiene la sombra de los bienes futuros y no la forma misma de las cosas, nunca puede...hacer perfectos a los que se acercan. (He. 10:1)

La comunión, que fue originalmente la intención de Dios al crear y luego redimir al hombre, es una comunión auténtica; es una vivencia de compañerismo. Así como Adán caminaba y hablaba con Dios en el huerto al fresco del día, lo mismo pasa con quienes han sido misericordiosamente restaurados a un estado de paz con Dios, quienes no deben contentarse meramente en discutir la vida cristiana y teorizar acerca de ella, sino que deben sentirse satisfechos con nada menos que la experiencia real de lo que Jesús hizo posible con su muerte: una genuina comunión y compañerismo con el Dios eterno.

Es cierto para todos que nuestro conocimiento excede nuestra experiencia. Hasta cierto punto, las cosas que sabemos acerca de Dios – Su poder, Su santidad, Su amor, Su ser – van mucho más allá de lo que personalmente hemos experimentado de Él. Muchos oídos han oído acerca de Dios, pero pocos ojos lo han visto.

Esta brecha entre conocimiento intelectual y experiencia de vida no es algo satisfactorio ; o al menos, Dios **quiere** que así sea.

Al darle a nuestra comprensión mental vislumbres de Dios, Él intenta inspirar en nosotros la búsqueda de la vivencia de aquellas cosas que comprendemos; el anhelo que no sólo lo conozcamos sino que experimentemos la íntima comunión con Él. Una de las razones por las cuales Dios se acerca a nuestra mente para darnos entendimiento intelectual en primer lugar, es para orientar nuestra energía en la búsqueda. Cuando esta búsqueda termina, habremos logrado alcanzar Su deseo para nosotros, el cual es el verdadero conocimiento **vivencial** de Dios mismo.

Dios desea la discrepancia entre nuestro conocimiento intelectual de Él y nuestra experiencia interna de Él para **frustrarnos**, en el sentido de provocarnos a no quedar satisfechos con un puro y teórico cristianismo académico, estimulándonos e incitándonos a buscar una experiencia cristiana y **real**.

Sin embargo, a veces, todos hemos cometido el error de recibir el conocimiento, la comprensión mental, sin dejarle lugar al impulso divino a **buscar**. Esta omisión no es tan mala en sí misma, ya que deja abierta la posibilidad futura de arribar al sitio de búsqueda. Lo que **sí** está mal es cuando, por cualquier razón, evitamos la búsqueda sustituyendo la teoría intelectual por la experiencia de vida.

Entonces, cuando le presentamos a alguien la teoría de alguna verdad espiritual

particular que nosotros todavía no hemos vivenciado, solamente podremos impartir lo que poseemos: únicamente la teoría. Si la teoría ha llegado a ser en nuestra vida un sustituto adecuado de la experiencia, pues entonces eso será lo que le impartiremos a los demás: un **sustituto**.¹

Y este sustituto es dañino y espiritualmente debilitante cuando estamos **satisfechos** con él, porque nos engañamos pensando que tenemos la experiencia genuina cuando todo lo que realmente tenemos es el entendimiento intelectual de la teoría acerca de la experiencia. Pero, debido a que erróneamente creemos que ya poseemos la experiencia, no encontramos inspiración en nuestros corazones, ni siquiera vemos la **necesidad** de buscar la realidad de la experiencia. Enamorados de nuestra propia religión e ideas, hemos llegado a amar las doctrinas filosóficas más que a Dios, y todo so pretexto de la “verdad”.

Nuestro conocimiento, que tendría que haber sido bueno para impulsarnos a buscar la experiencia, se nos vuelve en contra y nos esclaviza, robándonos la vivencia, **¡robándonos a Dios!**

La Palabra de Dios nos Llevará a Su Autor

Jesús murió para llevarnos a Dios, para restaurar la comunión entre nosotros y Dios. Su muerte no fue una fabricación teológica sino un hecho, y lo mismo ocurre con la relación con Él y con Su Padre, la cual propuso ser nuestra por medio de Su muerte.

No reduzcamos la vida cristiana a una simple teoría de pautas legales. Pensamos que “nos basamos en la Palabra”, pero **NO** guardamos la palabra ya que **la palabra de Dios nos señala a Dios, apunta a la realidad de la experiencia cristiana de Dios**. Aquellos que nos jactamos de la Palabra, no violemos la Palabra deshonrando a Dios.²

No, no estamos diciendo que nuestra posición legal con Dios no sea relevante ni importante. Él **sí** nos ha dado una gloriosa posición de justicia ante Sí, pero ésa no es toda la historia. Era necesario que Dios nos diese una posición legal ante Él, para **poder** darnos una posición **actual** ante Él.³ Ése es su deseo: no que nos contentemos con discutir y debatir nuestra posición legal con Dios, sino que busquemos fervientemente lo único que realmente satisface a un corazón nacido de nuevo, la auténtica comunión de amor con Dios, lo que Él quiso desde la eternidad.

¹George Whitefield declara: “Estoy persuadido de que la mayoría de los predicadores hablan de un Cristo al que no conocen ni han sentido. La razón por la cual las congregaciones han estado tan muertas se debe que son hombres muertos quienes les predicán.”

²cf. Ro. 2:23

³Ga. 4:4-6

En este punto, debemos despojarnos de nuestras limitaciones culturales de occidente. Heredando la actitud de filósofos griegos como Sócrates y Aristóteles, nuestra cultura pone énfasis en la **educación**. El hombre educado es honrado como un hombre bueno; el ignorante, o que no fue al colegio, es considerado como necio. Solamente el hombre educado puede ser feliz y sentirse realizado. El conocimiento es la meta suprema en nuestra sociedad occidental. La información ha llegado a ser un fin en sí misma. La razón es suprema. El intelecto del hombre es suficiente. La erudición se ha equiparado con la madurez.

Lamentablemente, esta perspectiva del mundo ha entrado en la iglesia,¹ por eso, para nosotros, ha llegado a ser más importante comprender las doctrinas acerca de Dios, que vivenciar a Dios y ser cambiados por Él. Para nosotros, el conocimiento en sí mismo ha llegado a ser suficiente. La vivencia de Dios es vista como algo que buscan algunos pocos débiles con inclinaciones “místicas”. Esta actitud ha traído tragedia sobre la iglesia, porque la gran preponderancia de conocimiento religioso sin una relación vivencial con Jesús es la causa fundamental del frecuente orgullo, el sectarismo carnal, los debates, las rivalidades, envidias y pleitos en la verdadera comunidad cristiana de hoy.²

El mundo nunca ha conocido a Dios por medio del estudio humano y la sabiduría, y tampoco nunca será de esa manera.³ Nunca lograremos llegar a Dios por nosotros mismos. El evangelio de los apóstoles no fue una excelencia de discurso, ni sabiduría de palabras, sino que fue la demostración del Espíritu y del poder de Dios. Fue por el mover y la convicción del Espíritu Santo en los corazones de los hombres.⁴ La sabiduría con la que hablaban era **espiritual**, les venía por revelación de Dios.⁵

Esta sabiduría no es la sabiduría jactanciosa, obra del intelecto humano, sino que es la sabiduría que el Espíritu Santo, por **revelación**, le enseña a un corazón rendido; comunicando cosas espirituales por medios espirituales.⁶ Oculto para los eruditos, revelado sólo a los “bebés”, esta sabiduría es **necedad** hasta para los más sabios del mundo.⁷ El hombre natural no es **capaz** de comprender esta sabiduría, la que solamente

¹La seria infección del cristianismo con los valores de la filosofía griega empezó en los siglos tres y cuatro.

²ver 1 Co. 8:1-3; 1 Ti. 1:3-7; 6:3-4; 2 Ti. 2:14; Tit. 3:9

³1 Co. 1:21; 3:18-20

⁴Ro. 1: 16; 1 Co. 2:1-5; 1:17; 4:20; 2 Co. 1:12; 1 Ts. 1:5

⁵1 Co. 2: 6-12; ver Col. 1:9; Sal. 119:18; 147:19-20

⁶1 Co 2: 13; Ef. 1:17-18; Mt. 16:17; Sal. 25:14

⁷ver Mt. 11:25-27; 13:10-11; Sal. 25:14; 1 Co. 1:23

puede ser “discernida espiritualmente”;¹ ni tampoco pueden los cristianos que andan y piensan y se acercan a los asuntos espirituales como hombres naturales.

La Palabra de Dios le es dada al hombre como un medio para acercarnos a Jesús; para que conozcamos a Jesús; para que vivenciamos a Jesús; para traernos a una vida de obediencia a Jesús; para traernos a una relación de amor con Jesús. Nuestro conocimiento de la palabra de Dios no tiene que ser un fin en sí mismo. Debe ser un **medio** para un fin mayor: la experiencia personal de Jesús. La experiencia del amor de Dios “sobrepasa todo entendimiento”.² No debemos quedar satisfechos con un simple conocimiento académico **acerca** de la redención y **acerca** de Dios; debemos buscar la **experiencia** redentora y **conocer** a Dios y **ser conocido** y **cambiado** por Él.

Esto no se logrará con incesantes ejercicios académicos, sino **solamente** mientras **contemplemos** “la Gloria de Dios en la faz (y Presencia) de Jesucristo”, es que seremos transformados a Su imagen por el Espíritu del Señor.³ Sin esta experiencia, nuestro cristianismo será más un cambio de opinión que un cambio de corazón y de vida. Sin esta experiencia, solamente poseeremos la “forma” externa del conocimiento de la Verdad⁴ – el conocimiento **real**, la verdad **real**, están en el interior. La verdad traerá **vida**. La verdad cambiará nuestros corazones. Es el verdadero “Hálito” de Dios.

El Equilibrio de la Vida Cristiana

Nuestro conocimiento de la Palabra de Verdad tiene varios propósitos ordenados por Dios; algunos de los cuales son los siguientes. Primeramente, nuestro conocimiento de la Palabra de Dios, por revelación del Espíritu Santo, debiera guiarnos a la experiencia personal y al conocimiento de Dios. “Y sabemos que el Hijo de Dios ha venido **y nos ha dado entendimiento a fin de que conozcamos** al que es verdadero.”⁵ Entonces, nuestro conocimiento de la Palabra nos ayudará a comprender y articular esa experiencia.⁶ Finalmente, nuestro conocimiento guardará nuestra experiencia protegiéndonos de falsas influencias.¹ Pero nunca nuestro conocimiento debe **suplantar**

¹1 Co. 2:14; Ro. 8:7

²Ef. 3:19

³Gn. 32:24-31; 2 Co. 4:6; 3:18

⁴Ro. 2:20; 2 Ti. 3:5

⁵1 Jn. 5:20

⁶2 Ti. 3:16; Sal. 111:10

nuestra experiencia.

Debemos poseer **ambos**, el conocimiento de la palabra de Dios y la comunión personal con el Dios de la Palabra. Quienes tienen conocimiento sin experiencia no darán fruto, estarán secos; sus vidas no los contentarán ni a ellos ni a Dios. Pero, quienes buscan solamente la experiencia sin la Palabra, generalmente terminan en un estado de vaga desorientación siendo llevados más por los fluctuantes impulsos de la fantasía que por la inspiración divina. Tengamos **ambos**, tanto el conocimiento como la experiencia. Así nuestro conocimiento nos llevará a una auténtica comunión con Dios. Y, a su turno, nuestra vivencia de Dios nos llevará a una comprensión más profunda de su Palabra.

He aquí el equilibrio de la vida cristiana. La Palabra de Dios nos lleva a Dios, quien, a su tiempo, nos revelará Su Palabra, lo que nuevamente, nos llevará a Él y profundizará nuestra comunión con Él. Es así como experimentamos un genuino crecimiento espiritual y madurez. Éste es el conocimiento verdadero y la verdadera experiencia. El verdadero conocimiento de la Palabra **siempre** nos lleva a una experiencia personal con Dios; y una verdadera experiencia **siempre** nos señala la Palabra y está de acuerdo con ella.

Por lo tanto, vemos que el conocimiento tiene que obrar en armonía con nuestra experiencia personal de Dios. La intención de Dios jamás fue que nuestro conocimiento fuese un **sustituto** de nuestra experiencia. No debemos permitir que suceda esto en nuestra vida.

Acérquese a Su Palabra con un Corazón Rendido

Si venimos a la Palabra de Dios en busca de conocimiento, ya sea para la autopromoción a los ojos de los hombres o para aprender a vivir “la vida cristiana” separada de la unión con Él, su estudio, entonces, no será beneficioso para nosotros. Pero si la abordamos como bebés, con corazones rendidos, buscando sinceramente conocer a Dios, entonces, Él nos revelará Su Palabra, la que luego nos lo revelará a Él y nos acercará a una comunión personal con Él. Será esta **comunión con Dios** – y no nuestro **conocimiento acerca de Dios** – la fuente de todo gozo y plenitud en nuestra vida.

Pero si usted, como muchos en estos tiempos, ha permitido que su conocimiento sea el sustituto de la experiencia interna en su vida, si usted ha usado la Palabra para adquirir conocimiento para vivir “la vida cristiana” separada de una vívida comunión con Él, entonces, por favor, tenga la honestidad y el coraje espiritual de admitir su

¹ver Hch. 17:11; Sal. 19:11a; Ga. 1:8; Sal. 119:11

necesidad y su verdadera carencia. Deje ya la charada religiosa. Siempre es difícil para hombres y mujeres que han pasado sus vidas en su propia “educación religiosa”, y hasta puede que hayan enseñado a otros, llegar a admitir que la suma de sus esfuerzos ha producido un poco de madera, heno y paja. Sin embargo, si usted se niega a reconocer su necesidad, estará impidiendo que Dios se acerque a usted y lo lleve a un lugar de genuina comunión con Él.

El cristianismo **es** la restauración de la relación del hombre con su Dios – de una unión íntima – con su Dios. Si no estamos buscando esta relación de manera **suprema** y no la experimentamos **genuinamente** en nuestra vida, entonces, no estamos buscando a Jesús sino alguna otra religión de hombre. Más aún, no es el verdadero conocimiento lo que poseemos, sino algún otro.

Nos damos cuenta que para algunos, esta actitud, sin duda, será vista como una denigración de las Escrituras. Sin embargo, esto no es para denigrar las Escrituras, sino para **exaltarlas**. ¿Qué mayor alabanza se puede hacer de la Palabra de Dios que la de declarar, por revelación del Espíritu Santo, que ella contiene el poder de llevar al hombre a la sencillez de una verdadera relación de amor con el Dios infinito, Creador de todas las cosas?

¡Oh, Santas Escrituras! ¡Oh, gloriosa Palabra! ¡Oh, precioso regalo de Dios a los hombres! Tú que nos guiarás a la misma Presencia del Único Infinito, el Único que puede guardarnos de caer y presentarnos sin culpa ante la Presencia de Su Gloria con inefable gozo. ¡Oh, Palabra fiel! ¡Si tan sólo, con la simplicidad de un niño, creyésemos y obedeciéramos a ella! ¡Qué bien se aplican las palabras de Jesús a los religiosos eruditos de Su época en estos, nuestros días de sequedad teológica sofisticada:

*Examináis las Escrituras, porque vosotros pensáis que en ellas tenéis vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida. (Jn. 5:39-40, griego)*¹

Cuando estos mismos líderes religiosos confrontaron a Pedro y Juan después de Pentecostés, se dieron cuenta que, por sus estándares, los dos apóstoles eran “hombres sin letras y sin preparación”. Sin embargo, maravillados por su osadía y la autoridad espiritual con la que hablaban, reconocieron la verdadera fuente de su sabiduría espiritual y su poder. Pedro y Juan “habían estado **con Jesús**”.²

Los primeros apóstoles recibieron su **motivación** para predicar, su **calificación** para predicar y el **contenido** de su prédica, no por medio de una preparación didáctica religiosa formal, sino por sus años de **relación personal con Cristo**. Es cierto, Jesús

¹cf. Hch.13:27

²Hch. 4:13; cf. Mr. 3:14; Jn. 15:27

pasó mucho tiempo enseñando a sus discípulos, pero el corazón de su “vida cristiana” (lo mismo que el corazón de sus enseñanzas para ellos) era el andar diario juntos, su constante comunión y compañerismo con Él, sus años de sagrado intercambio con Él, el compartir con Él: su experiencia personal con Él.

Ellos veían a Jesús, lo tocaban, hablaban con Él, vivían con Él, lo amaban y sentían Su amor hacia ellos. Ese compañerismo era la simple **fuentes** y **naturaleza** de su “cristianismo” y de todo su futuro ministerio a los demás.

Más aún, como veremos, ellos salieron a predicar el evangelio no sólo con el propósito de darles a sus oyentes una colección de información sobre los principios del cristianismo, sino también para acercarlos al compañerismo real con Dios que ellos mismo gozaban. Cuando presentaban el evangelio, se aseguraban que la gente supiera no sólo la doctrina de Cristo, sino también “el **poder** y la **Presencia** de nuestro Señor Jesucristo”.¹ ¡Ése era su propósito fundamental al predicar las Buenas Nuevas!

La máxima aspiración de Dios para su pueblo es que lo conozcan a Él, lo amen a Él, tengan una experiencia con Él y se deleiten en Él.

El anhelo de Jesús es que su pueblo lo **vea** a Él,² **escuche** Su voz,³ lo **huela** a Él,⁴ **guste** de Él⁵, y lo **toque** a Él.⁶ Obviamente, estamos hablando de una experiencia espiritual interna y no de una física externa. Aunque, para nuestros sentidos espirituales, es tan **tangible** y tan **real**. Nuestro llamado no es solamente a tener una relación legal con nuestro Dios, sino a **experimentar el compañerismo**.

No se conforme con menos de lo que Dios ha querido para usted desde toda la eternidad. Cualquier otra cosa menos que esto, es un plato de potaje, un bocado de carne. Cualquier cosa menos que esto es existencia cristiana y no, vida cristiana.

¡Dejemos nuestra existencia cristiana para embarcarnos en una experiencia de **vida** cristiana!

¹2 P.. 1:16 (la palabra griega traducido por “venida” en este versículo, significa, literalmente “Presencia”); cf. Mt. 22:29

²2 Co. 3:18

³Jn. 5:25; 10:3, 27

⁴2 Co. 2:14-16

⁵1 P. 2:3

⁶1 Jn. 1:1-3.

CAPÍTULO CUATRO

LA NATURALEZA DE LA COMUNIÓN: LO ABARCA TODO

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que han palpado nuestras manos, acerca del Verbo de vida (pues la vida fue manifestada, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, os proclamamos también a vosotros, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y en verdad nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. (1 Jn. 1:1-3)

En el comienzo del primer capítulo de su primera epístola, el apóstol Juan deja sentada la motivación para predicar el evangelio. Y no era solamente la propia motivación, sino que ha sido la de todos los verdaderos siervos de Dios desde entonces.

¿Cuál sería esa motivación que llevaba a estos hombres a tolerar penurias, persecuciones, golpes, viajes, que los apedrearán, los encarcelaran, corriesen peligros, naufragios, malos entendidos, traiciones, cansancio, sufrimiento, vigilias, hambre y sed, ayunos, frío y desnudez? ¿Cuál sería esta pasión que, los que eran consumidos por ella, dejaban la fortuna del mundo y sus placeres para poder llevarles a otros el evangelio? ¿Sería, seguramente, su preocupación por la liberación del hombre del infierno eterno? ¿Ningún otro propósito podría justificar sufrimientos tales como los que vivieron los verdaderos siervos de Dios, históricamente? Pero no, ésta no fue su motivación primaria.

Queda asentado acá, en Primera de Juan, la razón por la cual estos hombres nos proclamaron el evangelio a nosotros; para que tuviésemos comunión “con ellos”, queriendo dar a entender que podamos tener la **misma** comunión que ellos tenían; eso es “con el Padre y Su Hijo Jesucristo”.¹ Ésta es la pasión, la obsesión que los consume y el profundo deseo de los verdaderos siervos de Dios en estos, nuestros días: **llevar a los hombres al conocimiento personal de Cristo Jesús y del Padre.**

Juan había hallado el inestimable tesoro en el campo, y añoraba que también lo hallaran otros. Aquel tesoro sin precio es el compañerismo – el compañerismo con Dios.

¹Juan no dijo que su comunión “era” con Dios, sino que su comunión “es” con Dios. Por medio del Espíritu Santo en él, Juan experimentó una unión vital y la comunión con Cristo mucho después que Jesús dejara físicamente la tierra, y su objetivo era que nosotros también tuviéramos esa **misma** comunión.

Mas aún, note por favor lo que significaba esa comunión como para que Juan deseara que nosotros la viviéramos. ¿Es acaso un mero conocimiento teórico de Dios que debemos tener? ¿Es simplemente una apreciación académica de las doctrinas bíblicas acerca del Hijo de Dios que debemos esforzarnos por poseer, un mero entendimiento de las implicaciones jurídicas y legales de las enseñanzas del Nuevo Testamento que debemos esmerarnos por cumplir? ¡Dios no quiera!

Juan dice que debemos buscar la misma **comunión** con Dios que la vivida por él. ¿Y qué clase de comunión era ésa? Escuche atentamente lo que el mismo apóstol nos relata acerca de su relación con Dios, qué nivel de relación él desea que todos experimentemos. “Lo que existía desde el principio [i.e. el Dios eterno], lo que hemos **OÍDO**, lo que hemos **VISTO CON NUESTROS OJOS**, y lo que **HAN PALPADO NUESTRAS MANOS** acerca del Verbo de vida...”. Ésta era la realidad de la experiencia que Juan tenía de Dios: lo había oído, lo había visto con sus ojos y ¡hasta lo había **tocado**! Ésta era la comunión de Juan con su Señor. Era real. Era tangible. Era una comunión íntima con su Maestro.¹

Juan tocó al Dios eterno, ¡Sus manos lo palparon! Él apoyó su cabeza sobre Su pecho. Obviamente, Juan no tuvo contacto físico con el Espíritu eterno, infinito y trascendente, pero **SÍ** tocó a Dios. Grandes son la gloria y el misterio de la piedad: Dios se manifestó en carne y habitó entre los hombres. El Dios eterno, a quien nadie podía mirar y vivir, el gran Espíritu infinito que habita en la luz inaccesible, el inmutable, omnipotente, omnisciente y omnipresente Creador del universo había nacido de una mujer haciendo tabernáculo entre nosotros. Ésta es la gloria y la maravilla de la encarnación. El Dios invisible ahora tiene una imagen. El Padre, a quien nadie jamás ha visto, ahora es revelado.² Emmanuel camina entre los hombres.³ Una vez más, el hombre tiene comunión personal con su Dios.

Ésta es la razón por la cual Juan predica el evangelio: para que podamos ser restaurados para tener comunión con Dios; y no sólo a una relación legal, teórica con Dios, sino a una comunión tan sólida y “tangible” como la íntima amistad que el mismo Juan disfrutaba con el Salvador.

¹En parte, la razón por la cual Juan dijo estas palabras, fue para combatir el error de Cerinthus, que enseñó herejías concernientes a la persona de Cristo. Su teoría era, en esencia, la negación de la completa y verdadera unión de Dios y el hombre en Jesucristo. Enseñó que el “Cristo-espíritu” realmente, no habitaba en el Jesús humano hasta el bautismo, y luego lo dejó, antes de Su muerte en la cruz. Para erradicar este error de la mente de la gente, a lo largo de toda la carta, Juan desarrolla la realidad de ambas, tanto la deidad como la humanidad de Cristo. Jesús era y es **completamente** hombre y **completamente** Dios. Conocer al hombre Jesús es conocer a Dios.

²Col. 1:15; He. 1:3; Jn. 14:7-9; 15:24

³Hebreo para “Dios está (personalmente presente) con nosotros”

Es más, hemos sido llamados a tener una **comunión más profunda aún** con Dios de la que los discípulos de Jesús gozaron cuando Él estuvo en la tierra:

*Pero os digo la verdad: os **conviene** que me vaya; porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. (Jn. 16:7)*

No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros. (Jn. 14:18)

Puede que estemos tentados a sentir celos de la camaradería que los discípulos tenían con nuestro Señor, pero no se nos ofrece nada menos que lo que ellos tuvieron. La comunión que, por medio de Su Espíritu habitando en nosotros, podemos experimentar con Jesús, es mucho más constante y mucho más íntimo que una mera cercanía física. Para eso hemos sido llamados. La invitación que nos hace el Gran Rey Eterno es que lo conozcamos a Él, que lo vivencemos, que nos deleitemos en Él, que lo poseamos a Él.

*Fiel es Dios, por medio de quien **fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo, Señor nuestro.** (1 Co. 1:9)*

Esto es la vida cristiana: la restauración de la comunión con Dios. Experimentarla debe ser nuestra máxima aspiración.

La Vida Cristiana está en Jesús

La vida cristiana es en Jesús. Cristo Jesús, la vida cristiana **es**. Es una viviente unión y comunión con Él. Es la experiencia diaria de compañerismo interno con Él, de la cual procede todo lo demás.

Lamentablemente, la iglesia de hoy en día tiene metas que muy lejos están de este gran propósito. Pero si nos concentramos solamente en la simple búsqueda del conocimiento personal de Jesús, descubriremos que es una búsqueda que lo abarca todo.

Nuestro llamado preeminente es hacia Dios. **Él** es para el cristiano, el llamado más sublime y que todo lo abarca. **Él** es nuestra salvación. **Él** es nuestra vida.¹ Nuestra meta, nuestro máximo propósito, es conocerlo. Y cuando lo tenemos a Él, tenemos **todo lo que Él es**. Cuando lo tenemos a Él, lo tenemos **todo**. Tenemos la salvación eternal,

¹Sal. 35:3; Col. 3:4

sanidad, liberación, seguridad eternal, paz, gozo, santidad, justicia, fe, los frutos del Espíritu, fuerza y poder espiritual: todo está en Él. No busque nada fuera de Él. En Él estamos completos y podemos hacer todas las cosas; sin Él estamos vacíos, y no podemos hacer nada.¹

Conozcámoslo primero y lo demás vendrá a continuación. Sin conocerlo primero a Él nuestra vida no dará el auténtico fruto del Espíritu; en cambio, produciremos solamente falsas obras de la carne de **apariencia religiosa**. Más aún, nuestra vida no estará satisfecha ni con nosotros mismos ni con Dios.

Para ilustrarlo, veamos por un momento algunos de los objetivos que se tienen en alto en los círculos cristianos.

Por ejemplo, tomemos la santidad y la obediencia. Ahora examinaremos el hecho de que la auténtica santidad y justicia, y el servicio de obediencia a Dios, solamente puede ser el resultado **subsiguiente a** la restauración personal con Dios y la experiencia de comunión con Él.

Todos saben que un cristiano tiene que ser santo y justo. Para muchos, la santidad es el propósito preeminente de la vida cristiana. Pero ¿qué es la santidad? ¿La santidad consiste solamente en obras externas? ¿Y qué pasa con los no salvos de la comunidad que viven limpios externamente, que llevan una vida recta y moral? ¿Son ‘santos’? ¿Una vida complace a Dios, simplemente, porque externamente se adapta a una larga lista de ‘hacer’ y ‘no hacer’ religiosos?

Todo aquel que haya leído el Sermón del Monte sabe que la santidad consiste en algo más que meras obras externas, y que la verdadera santidad debe empezar en la actitud y la motivación del corazón. Además, las palabras de Jesús en Mateo capítulo veintitrés a los escribas y fariseos, son de severo rechazo para quienes, ignorando el verdadero estado del corazón, piensan de sí mismos como santos y justos basándose sólo en las obras externas. Por lo tanto, obviamente, en nuestra búsqueda por la verdadera santidad y justicia, el primer lugar donde debiéramos mirar no es en las obras externas sino en el corazón.

Entonces, la cuestión no trata de las muchas acciones externas, sino que la pregunta es: ¿**ha habido un cambio en el corazón** desde la caída de Adán? ¿El espíritu del hombre ha participado de la vida de Dios? ¿Es ahora la santidad el **deseo** y el **amor del corazón**? El único testimonio que le complace a Dios es: “me deleito en hacer tu voluntad, Dios mío; tu ley está dentro de mi corazón.”² Ésta es la verdadera santidad y justicia: la que brota espontáneamente de un corazón transformado. No existe la obligación de ser santo, sino el gozo de serlo. La justicia no es una imposición sino un placer. El servir a Dios no es algo tedioso sino un privilegio. Esta actitud del corazón

¹Col. 2:10; Fil. 4:13; Jn. 15:4-5

²Sal. 40:8; 73:1; 111:2; 112:1; 119:47

hacia la voluntad de Dios no es un ‘yo debo’ sino un ‘yo quiero’ y se encuentra solamente en aquellos que han sido restaurados a Dios, aquellos cuya religión no es para satisfacer a los hombres sino para complacer a Dios y deleitarse en Él.

La llave para la verdadera santidad es tener una experiencia con Dios, conocerlo a Él. La llave para una justicia y obediencia divinamente complaciente es la unión con la vida divina. Cuando nuestros corazones posean la vida y los movimientos del Espíritu venceremos a la carne. Nuestra única fuente de victoria espiritual es el verdadero conocimiento interno de Jesús. Nuestra única fuente de recurso genuino de poder es la constante influencia y Presencia de Dios. Como escribió William Law: “en nosotros no puede vivir nada santo, sino solo lo que obtiene toda su vida del Espíritu de Dios viviendo y respirando en nosotros.” O, para decirlo con las palabras de Jesús: “Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí.”¹

Lo que es **nacido** de Dios vence al mundo. Esta realidad de la obra interna de Dios en el corazón del cristiano es lo que le dará la dirección, la motivación y la fuerza necesaria para vivir la vida cristiana. Jesús dijo que el reino de Dios era una semilla oculta en la tierra. La vida orgánica en esa semilla es el poder que produce el crecimiento del árbol. O, nuevamente, el reino de Dios es una pequeña porción de levadura en un puñado de masa, la cual luego saturará la totalidad. El potencial de la vida interna del Espíritu Santo en el corazón del recién nacido es lo que va penetrando y transformando la totalidad de la vida cristiana.²

El cristianismo es la restauración del hombre a la compañía y unión con su Dios. La vida cristiana crece de esta unión interna. De esta participación en la vida de Cristo se genera la misma vida dentro del creyente:

Entonces Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Como el Padre que vive me envió, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí. (Jn. 6:53, 56-57)

No podemos reproducir Su vida y Su imagen en nuestra vida por fuerza propia o habilidad. ¡**Pero Él si puede!** El hombre, en sí mismo, no es **capaz** de vivir una vida santa, recta y fiel que complazca a Dios; pero la vida cristiana surge fácil y naturalmente de la vida de Cristo. “Nadie es bueno, sino sólo uno, Dios.”³ Si **Su** vida

¹Jn. 15:4; cf. Sal. 92:13-14

²1 Jn. 5:4; Mt. 13:31-33

³Mr. 10:18

permanece adentro, producirá buenas acciones afuera.

Digo, pues: Andad por el Espíritu, y no cumpliréis el deseo de la carne. (Ga. 5:16)

*Porque la ley **del Espíritu de vida** en Cristo Jesús te ha libertado de la ley del pecado y de la muerte. (Ro. 8:2)*

Y si Cristo está en vosotros, aunque el cuerpo esté muerto a causa del pecado, sin embargo, el espíritu está vivo a causa de la justicia. (Ro. 8:10)

*... pero si **por el Espíritu** hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son **guiados por el Espíritu de Dios**, los tales son hijos de Dios. (Ro. 8:13-14)*

Las obras santas no son más que las expresiones externas de la Presencia y la vida del Santo en nosotros. ¿Qué otra cosa puede producir una verdadera relación con Él, que **es** santo, sino una auténtica vida santa? Esto no surge de la coacción o la coerción religiosa, sino que, así como el crecimiento de flores y frutos en las ramas del árbol es el surgimiento natural y espontáneo de la vida desde la raíz, lo mismo pasa con las obras verdaderas de santidad: surgirá de manera espontánea y natural de la semilla de comunión interna con la santa vida divina.

Todo el que permanece en Él, no peca; todo el que peca, ni le ha visto ni le ha conocido. (1 Jn. 3:6)

Si hay pecado en nuestra vida no es porque ‘no estamos intentando lo suficiente’. El apóstol Juan dice que es porque no hemos **visto** ni **conocido** a Dios; que se debe a que no **permanecemos en Él**. Ésa es nuestra solución: la unión y la comunión con Él. **Él** es nuestra solución.

La verdadera santidad y justicia son el fruto de la unión y la comunión con Dios y no se pueden producir separadas de un cambio de corazón, lo que a su vez, no se puede producir aparte de un encuentro con Dios y la comunión con Él. El esfuerzo de quienes intentan provocar la santidad de un corazón que nunca tuvo un encuentro verdadero con Jesús, está destinado al fracaso.¹

La verdadera santidad y justicia, es algo “orgánico”. No es una máscara que se

¹ver Mt. 15:18 y Jn. 3:6

puede poner y quitar sino que es la piel que crece de la vida y la sustancia interior y que no se puede quitar tan fácilmente.

Nunca podremos alcanzar la santidad en nuestra vida, sin primero entrar en una relación personal de amor con el Santo. Siquiera el intento es tan fútil, como tratar de poner un trozo de tela nueva en una vieja vestidura, o vino nuevo en odres viejos.

Además, el ejercicio le **desagrada** tanto a Dios, como le resultaría a un marido cuya esposa tuviese la tarea obligatoria de servirlo, sin primero haberse enamorado de él y sin antes haber tenido intimidad con él para conocerlo. Su servicio es forzado y obligatorio, y ella se resiente cada minuto. Pero ella se ha comprometido con ese matrimonio y sabe que es de por vida, por lo que debe seguir dando vueltas y vueltas al molino de sus obligaciones como esposa, al tiempo que se queja y murmura, consumida por la amargura de su destino. Sería peor aún si deseara, secretamente, correr su propia carrera: que su labor para su marido no fuese para nada su deseo, sino, solamente, algo que le enseñaron que **debe** hacer.

El servicio sin sumisión y amor es **esclavitud** y no es gratificante ni para el esclavo ni para el amo. ¡Ésta **no** es la vida cristiana! Dios no acepta sino esclavos por amor. Ni quiere ni necesita la obediencia de hombres cuyo único motivo sea la compulsión por la culpa religiosa. **Primero**, Él desea nuestro amor y nuestra compañía para que la verdadera obediencia y santidad en nuestra vida surja de manera natural.

Nuestro servicio a Dios no debe hacerse “a regañadientes o por necesidad”. Sólo el “corazón dispuesto” es el “corazón perfecto” ante el Señor.¹ Y sólo el corazón que ha visto a Jesús en Su gloria y en “la belleza de Su santidad” estará dispuesto a obedecerle y **deseará** Su vida, Su santidad y Su virtud. Y sólo cuando deseamos Su perfección es cuando nos vaciamos de nosotros mismos para que Su perfecta vida venga a morar en nosotros y “la belleza del Señor nuestro Dios (pueda) estar sobre **nosotros**”.²

Vemos entonces que el encuentro con Dios es Su deseo íntimo, lo que, a su vez, debe preceder a todo servicio para Él. El servicio que resulte de esta relación no será algo que se origine por la necesidad personal de hacer obras religiosas muertas, sino que nacerá de una relación viva con Dios en Su excelencia.

Es sólo al nuestro contemplar, “con el rostro descubierto,... la gloria del Señor, [que] estamos siendo transformados en la misma imagen de gloria en gloria, por el Espíritu del Señor”.³ **Él** es nuestro camino hacia la santidad. **La comunión con Dios** es la principal fuente de recursos de todas nuestras cualidades cristianas. El origen de nuestro carácter cristiano es **contemplantarlo a Él**.

¹2 Co. 9:7; 1 Cr. 29:9; cf. Sal. 78:7-8

²Sal. 90:16-17; 149:4b; Jn. 17:22

³2 Co. 3:18; cf. 1 Jn. 3:2, 6

Esto es con cada uno de los “esperados” frutos de la vida cristiana. Por ejemplo, la fe no es para nada verdadera fe hasta que no sea la consecuencia espontánea de una relación personal con el Único Fiel; nuevamente, no debe ser producto de la obligación, la culpa o la presión religiosa, sino que debe ser el resultado natural de una sincera relación de amor con Dios.

Solamente vamos a confiar en alguien que conocemos. Quienes **conocen** a Dios pondrán su confianza en Él.¹ Solamente podremos depositar sinceramente nuestra confianza en el Señor, si primero nos hemos acercado a Él.² Si nuestra religión es prácticamente teórica y carente de una **experiencia personal** con Jesús, entonces, nunca podremos confiar en Él, no importa cuántas veces nos exhortemos los unos a los otros diciendo que la fe en Dios es nuestra obligación y responsabilidad. La verdadera vida cristiana no es que **intentemos** confiar en Él, sino que, por su misericordiosa auto revelación y su vida en nosotros, **podamos** confiar en Él y **seamos capaces** de confiar en Él.

El yugo de Jesús es fácil y su carga es liviana.³ Como las plumas para el pájaro, asimismo la santidad no tendría que ser una carga para nosotros sino una bendición. Como las alas para la mariposa, la fe no tendría que ser una carga sino nuestra ayuda.

Para decirlo de otra forma, parafraseemos y amplifiquemos las palabras del apóstol Pablo en los primeros versículos del capítulo ocho de la epístola a los romanos: aquellos que han recibido el regalo de la vida eterna, hacia los cuales Dios no emite juicio condenatorio, no están bajo la ley. Sin embargo, las demandas de justicia de la ley tendrán que ser cumplidas en ellos y reflejarse en sus vidas. Por estar en Cristo – simplemente por estar auténticamente en Cristo y Él en ellos – **no** andarán en la carne sino que lo **harán** en el Espíritu.⁴

Esta verdad también está presente en los evangelios. Cuando Jesús perdona los pecados de quienes se acercan a Él, Él también transforma su naturaleza y los **libera** del pecado:

*... Yo tampoco te condeno. Vete; desde ahora **no peques más**. (Jn. 8:11)*

Ésta es la **vida** cristiana y la **libertad** cristiana. La verdadera libertad en Cristo consiste en la liberación de las ataduras del pecado y la muerte.⁵ La base de la libertad

¹Sal. 9:10

²Sal. 73:28

³Mt. 11:28-30

⁴ver Ro. 8:1-4

⁵Ga. 5:1; Jn. 8:34-36; Ro. 6:7

cristiana es un corazón que ha sido cambiado y restaurado, al cual se le ha dado vida para tener comunión con Dios. Este corazón no va a usar su libertad como una ocasión para ignorar todo el conocimiento de santidad y verdad y darle cabida a la carne,¹ sino que ahora, muerto al pecado y **vivo para Dios** en el Espíritu, anhelará mayores profundidades de compañerismo y comunión con Dios. Este corazón no va a preguntar qué está permitido, sino qué es honorable y bueno; no qué puede hacerse con impunidad, sino qué puede nutrir su relación con Dios. Como cosa corriente, este corazón evitará todo lo que a Dios le desagrade o le duela y el **impulso natural de su deseo** será la obediencia y la fe en Dios y el amor a los hermanos.²

¡Venga a Dios!

Mi hermano o hermana, si usted sabe que carece de los frutos del Espíritu en su vida, entonces, la respuesta no está en “tratar de aumentarlos”. El remedio no yace en una mayor disciplina, en tesón incrementado, en mayor autocontrol ni en intentarlo más intensamente. La respuesta está en **venir a Dios**. Los frutos del Espíritu brotarán espontáneamente de un corazón que ha sido transformado y restaurado a la comunión con Dios.³ **¡Venga a Dios!** ¡Dele su corazón a Dios! Ésa es su verdadera necesidad.

Con los nuevos creyentes cometemos las mayores injusticias, cuando les enseñamos como “desempeñar su parte” como cristiano, sin enseñarles la realidad interna de la experiencia con Jesucristo. Les enseñamos cómo actuar como “santos”, cómo vivir “rectamente” y cómo hablar en “fe”, y después lo exigimos todo de ellos. Pero, hasta que en verdad no los **llevemos a Jesucristo** quien será la única **Fuente interior** verdadera de todos esos frutos, habremos tenido éxito en enseñarles cómo **imitar la vida** cristiana y no los habremos ayudado para nada a ser verdaderos cristianos. Les habremos enseñado a exhibir la forma externa de la santidad y a negar el mismo poder interior. No habremos hecho más que traerlos a la esclavitud religiosa.

Esto da distintas clases de cristianos. Por un lado, están aquellos que siguen el juego, profiriendo todas las palabras correctas y aprendiendo a subir la escalera religiosa de la aceptación y la respetabilidad en la iglesia: “cristianos profesionales”. Llegan a ser expertos en hacer todos los movimientos correctos y los ejercicios espirituales estereotipados, basados en la regla convencional, en vez de ser la externa manifestación, sencillamente, de una genuina relación con Dios. Profesan ser

¹Sal. 119:45; Ga. 5:13; Tit. 1:16; 2:11-12; 1 P. 2:16; 2 P. 2:19; 1 Jn. 1:6; 2:3-6, 29

²Ga. 6:15; 5:6, 13-14; ver Ef. 1:15; Col. 1:4; 2 Ts. 1:3; 1 Ti. 1:5; Fil. 5; 1 Jn. 3:23

³ver Ga. 5:16-25

espirituales, pero carecen de ella. Los demás podrán **ver** y **oír** de su vida cristiana pero nadie podrá **sentirla** ¹ Su corazón está vacío y sus vidas infructuosas mientras que, externamente, sonrían y juegan su parte. Estas almas auto-motivadas son, lamentablemente, las que con frecuencia terminan siendo líderes en el mundo de la religión organizada.

Por otro lado, quienes no están satisfechos con la imitación y son lo suficientemente honestos como para admitir que, de todas maneras, son incapaces de vivir en su propia fuerza, eventualmente, llegan a desanimarse y desalentarse. Algunos de ellos aceptarán vivir una vida desgraciada de mediocridad y de experiencias cristianas de inferior calidad. Ellos saben en su corazón que hay más, pero no saben qué es o cómo levantarse por encima de la derrota para lograrlo. Nuestras iglesias están llenas de tales personas. Al principio están tristes (por saber que hay más) y frustrados (por no saber como hallarlo); pero andando el tiempo, la llama en el corazón se mengua y mantienen la mera forma externa de espiritualidad. Amado Cristiano, si se encuentra Usted en este estado, ¡reencienda la angustia en su corazón!

Un número inferior, que no tiene estómago para una vida de tibiezas y sobre quienes las tentaciones del mundo ejercen gran atracción, trágicamente caerá en su destrucción eterna.

Un grupo final es realmente una parte de este último grupo. Sin embargo, para ellos el desagrado con la carga de “jugar a ser cristiano” y “jugar a la iglesia” los lleva a no aceptar ni la derrota ni el alejamiento, pero de su desilusión nace la necesidad de presionar en conocer a Dios y encontrar lo que su corazón les indica que les falta. De acuerdo al grado de frustración será la intensidad de su agonía y la profundidad y sinceridad en su búsqueda de Dios.

Si la vida cristiana consiste, primordialmente, en la restauración del hombre a una comunión interna con Dios en unión con Su vida, nuestra principal preocupación ¿no tendría que ser que los recién convertidos llegasen a tener esta experiencia? Más aún, descubriremos que cada aspecto de la vida cristiana que deseamos ver que ellos logren se dará de manera natural siguiendo el curso normal. **¡Nuestra mayor pasión para los jóvenes cristianos debe ser traerlos a Jesús!**

Por favor, comprenda que no estamos implicando que no debemos enseñarles a los nuevos cristianos, o alentarlos hacia la santidad y la fe. Las enseñanzas de las Escrituras y la buena exhortación son de **gran** importancia para su crecimiento.² Pero, lo que estamos enfatizando es que, debido a nuestras propias falencias en nuestro caminar con Jesús, lo que con frecuencia les impartimos a los bebés en la fe, es poco

¹Como dijo un hermano: “¡No puedes calentarte con el dibujo del fuego!”

²Mt. 4:4; Jn. 6:63; Hch. 20:28; Ro. 15:14; 2 Co. 7:1; Col. 1:28; 1 Ts. 4:1; 1 Ti. 4:13, 16; 2 Ti. 2:2, 19; 3:14-17; 4:1-4; Tit. 1:9

más que el “conocimiento intelectual” de doctrinas y hechos históricos, y un conjunto de creencias y ética con las cuales saben que deben estar de acuerdo y las cuales adoptarán.¹

Sin embargo, si esperamos que ellos crezcan de verdad y den fruto, debemos darles a **Jesús**. Esto no se logrará solamente por medio de las enseñanzas y la exhortación sino que nuestra misma vida debe llegar a ser la epístola de Cristo, escrita por el Espíritu del Dios vivo: proclamando y revelando a Cristo crucificado, para que los demás lo vean a Él y sean atraídos hacia Él. No será un mero relato a los demás acerca de Jesús; Él mismo será **revelado** en Su pueblo.²

Ésta es la función de la verdadera iglesia de Dios. La iglesia de Jesús no es una reunión religiosa una o dos veces por semana en cierto edificio al cual asiste un grupo de individuos, sino que es una viva comunión unánime nacida del Espíritu Santo. Es la vida de los santos compartida las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana - - en Él, en Su vida y compañía. Ésta es la verdadera iglesia y en ella está la verdadera revelación del Señor de la iglesia. Así es cómo Jesús se manifestará al hombre: permaneciendo y viviendo en Su iglesia. Y cuando lo vean a Él serán atraídos hacia Él; no hacia una denominación, ni un credo, ni una doctrina, ni un conjunto de pautas éticas y morales, sino hacia **Él**. Tenemos que **darles a Jesús**.

Si **amáramos** a Jesucristo con todo nuestro corazón, nuestra mente, alma y fuerza, si confiásemos en Jesús para **todo**; si comiésemos, bebiésemos, trabajásemos, jugásemos, adorásemos, orásemos, cantásemos, enseñásemos, durmiésemos, respirásemos **Jesús**; y si nos tirásemos en el polvo al lado de los nuevos convertidos y orásemos para que tengan un verdadero **encuentro** con Jesús,³ entonces ellos serán transformados y llegarán a conocerlo a Él, llegarán a amarlo, llegarán a confiar en Él y llegarán a obedecerle y sus vidas darán fruto que perdure hasta la eternidad.

Si podemos traerlos a Jesucristo, **entonces** habrán llegado al verdadero conocimiento de la santidad. Si podemos llevarlos a Jesús, **entonces** ellos creerán en Él, a quien han llegado a conocer y saben que es fiel. Si podemos ayudarlos a vivenciar la relación de amor con Dios, que es Amor, **entonces** esas personas tendrán una auténtica carga por el mundo perdido y agonizante, así como una profunda capacidad de amor y paciencia hacia los santos. Éste es nuestro llamado para el mundo: debemos ayudar a

¹Lamentablemente, la enseñanza – la cual, en sí misma, es sana y buena – si no va acompañada por la enseñanza del camino para que las personas tengan una experiencia con Jesús, puede llegar a ser una **distracción** de lo que es preeminente, más importante: que los santos lleguen a conocer la comunión personal con Él.

²2 Co. 2:14-15

³Ga. 4:19; Col. 1:29-3:3; 4:12-13

los hombres a **ESTAR** reconciliados con Dios y no tan solo enseñarles como comportarse como si lo estuvieran.

Los verdaderos frutos del Espíritu no son las respuestas mecánicas “aprendidas” que un cristiano sabe que debe dar en determinados momentos, sino que son las sinceras y espontáneas consecuencias de su unión y comunión con Dios. No son condiciones “aprendidas” de la mente sino que son gracias del corazón, divinamente impartidas.

Debemos dejar de enseñarle a los impíos cómo actuar como santos y, en cambio, llevarlos de la mano y conducirlos hacia el camino de los altares de la renuncia personal y la entrega de sí mismos al Santo de los santos: llevarlos a la misma Presencia del Soberano, donde alrededor de su trono los serafines exclaman eternamente “Santo, Santo, Santo”. Esta confrontación personal con Él, que **ES** santo, plantará una semilla santa en ellos, la que germinará y se desarrollará dando obras santas y una vida fructífera que a Dios le complace.

Simplemente por pronunciar la santidad y por actuar de manera santa cuando nuestro corazón está plagado de rebelión y voluntad propia, Dios no queda para nada complacido. Él quiere la Verdad interna, y el interior será transformado, únicamente, por un encuentro con Dios y Su vida impartida en nosotros.

La Fe se Nutre en la Comunión

Lo mismo pasa con la fe. Como hemos mencionado, usted solamente va a confiar en alguien que conoce. Usted confiará plenamente en alguien a quien conoce íntimamente. Si usted nunca ha conocido a determinada persona, no va a confiar en ella para hacer algo grande. Usted va a confiar en esa persona en cosas pequeñas, en cosas que no sean de mucha importancia para usted, pero es probable que usted no confíe en ella para algo de mayor importancia¹ Además, la fuente de su confianza no va a ser que una tercera persona le diga cuán confiable es – aunque eso puede ayudar – pero, primordialmente, será su propia experiencia personal a medida que vaya conociendo a esa persona lo que le dé la confirmación a su corazón de que, verdaderamente, esa persona es digna de su confianza. “Tal fe”, como escribió Charles Price, “no es hija del esfuerzo ni es nacida de la lucha.” Una fe así es la consecuencia natural e inevitable de la compañía personal.

Por lo tanto, lo que usted necesita no es “más fe” en Dios; necesita más de **ÉL**. Y cuando usted tiene más de **ÉL**, tendrá más fe. Simplemente, estará allí. Habrá crecido, inconscientemente y espontáneamente, por su compañía personal con Jesús.

¹¡O, al menos, no debería hacerlo!

Así que la fe viene del oír, y el oír, por la palabra de Dios. (Ro. 10:17)

El “oír” al cual Pablo se refiere aquí no es el oír del orgulloso intelecto religioso,¹ sino al escuchar de un corazón rendido, entregado completamente a Dios. Es sólo por medio de la recepción de la Palabra de Dios en un corazón rendido que llegamos a conocer a Jesús, y por cuanto lo llegamos a conocer, confiaremos en Él. Para decirlo de manera sencilla: la fe viene por conocer a Dios, lo que a su vez viene por oír y recibir su Palabra, la cual es la revelación de Sí mismo.

Y Su Palabra será recibida, verdaderamente, sólo por un corazón que se ha entregado a Él. Quienes nunca, auténticamente, lo hayan entregado todo para obtener a Jesús, todavía no han empezado a conocerlo, no importa cuán religiosos parezcan ser. Por lo tanto, enseñarles a actuar como si tuvieran fe en Dios y a hablar como si tuvieran fe en Dios, cuando sinceramente no han entregado sus vidas en Sus fieles manos, y cuando aún no han desarrollado una experiencia personal significativa con Aquel que sería el objeto de su fe, es una invitación al desastre.

Jesús es el Autor y Consumador de la fe.² Nuestro conocimiento experimental de Él y nuestra fe en Él son inseparables. La fe puramente académica, consistente en nada más que en el asentimiento mental de los principios que contienen las Escrituras, no es una auténtica fe y, en momentos de dificultades y pruebas **siempre** falla. Una fe genuina triunfará y permanecerá para siempre,³ y se encuentra solamente en los corazones de quienes lo conocen, para quienes la fe no es un requisito, ni una obligación sino un privilegio.

¡En Él está todo!

Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí, y yo en él, ése da mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer. (Jn. 15:4-5)

Antes de esperar ver el crecimiento del carácter cristiano y el fruto en nuestra vida, primero debemos encontrarnos con Dios. Tenemos que conocer primero a Jesús interna

¹cf. ver. 21; ver también He. 3:7-19

²He. 12:2

³1 Co. 13:13

y personalmente. Todo lo demás es religión falsa y externa y un sustituto de la realidad cristiana que no vale la pena. Todo lo demás jamás va a satisfacernos ni a nosotros ni a Dios. Todo lo demás no tiene ningún valor.

Solamente a través de nuestra unión personal y comunión con Jesús es que se producirá el fruto cristiano. Al aumentar nuestro conocimiento de Él, aumentará también el fruto en nuestra vida.¹ Y sólo el fruto nacido de nuestra comunión con Dios, permanecerá.² Sólo perdurarán las obras construidas sobre el fundamento de nuestro conocimiento personal de Jesucristo. Todo lo demás es madera, heno y paja.³ De todo lo demás Dios pregunta: “¿quién te ha pedido eso?”

Hay quienes, amantes de las religiones de los hombres, cuya mayor tarea en la vida parece ser constreñir a los nuevos convertidos, usando la culpa y el miedo,⁴ a conformarse a los aspectos externos. Es probable que digan que esto parecería otorgar licencia para el pecado y una vida de descreimiento en Dios.⁵ Les respondemos a ellos que el verdadero pecado de descreimiento es perpetuar el germen de la “imitación” cristiana, no habiéndose entregado nunca a Jesús, quienes han conocido muy poco lo que es el encuentro con Dios, quienes nunca han “gustado” realmente al Señor y cuyo cristianismo consiste solamente en obligaciones religiosas y en la identificación externa con una iglesia y un conjunto de creencias, pautas éticas y doctrinas.

El Señor no nos ha enviado a desalentar a los nuevos cristianos ni a engañar al mundo con estas falsedades, sino a proclamar el evangelio de la Verdad. Y el evangelio es el poder de Dios para restaurar al hombre con Él; nada más que eso. Nada más (¿qué podría ser más?) y nada menos.

Dios nos ha dicho que la vida cristiana se puede encontrar solamente, en Cristo mismo. “Sin mí, no pueden hacer nada.” ¿Por qué no le creemos? ¿Cuándo dejaremos de hacer nuestras propias vanas obras religiosas para, en cambio, dirigir todas nuestras energías hacia Él? El auténtico carácter cristiano sólo nacerá de una unión vital interna con la misma Fuente: el mismo Cristo Jesús.

¹Flm. 6; 2 P. 1:3

²Jn. 15:4-5

³1 Co. 3:11-13

⁴No es nuestro propósito aquí tratar el tema del verdadero Temor del Señor. Ese será el tema de otro libro.

⁵ver Ga. 4:29-30; 5:11-12 y 6:12-13

Jesús es la Fuente de todo

En Jesús está todo. No busque nada fuera de Jesús. Él murió en la cruz para restaurarlo a usted a Él. Él no murió para librarlo del infierno; Él murió para restablecer la relación con Él y en Él usted no verá el infierno. Él no murió para que usted fuese sanado; Él murió para restaurarlo a usted a Él, y en Él usted encontrará el más maravilloso, capaz, compasivo e infalible Sanador. Él no murió para darle una vida de prosperidad y protección; Él murió para restablecer la comunión con Él, y en Él usted estará gloriosamente protegido y tendrá provisión.¹

Jesús no murió para que usted tenga una vida recta y ética; Él murió para restablecer una relación con Él, y en esa unión su corazón será cautivado por la belleza y será vigorizado por el poder de la santidad divina que emana de Él. Jesús no murió para que usted se ate a una actividad religiosa y tenga obligaciones; Él murió para atraerlo a Su Persona, para que usted conozca el delicioso privilegio de vivir cada momento en Su bondadosa compañía y dulce servicio.

Permita que Él sea su deseo; meramente para contemplarlo y para conocer a Él su anhelo. Déjese cautivar por Él; no espere recibir nada de Él o poder hacer algo para Él. Tan solo busque la comunión con Él simplemente porque Él es precioso. Adórelo, sencillamente, porque Él es Dios y usted hombre. Deje que Él sea su canción, sólo porque Él se lo merece. Añore estar con Él, por Su propio bien. Tenga hambre de Él sin otro motivo que Él. Tenga sed de Él porque solamente Él la puede satisfacer.

Y cuando usted llega a este lugar – cuando usted lo busca a Él y sólo a Él sin otro motivo que el de contemplarlo, de conocerlo, de amarlo y de adorarlo – entonces usted encontrará todo lo demás provisto en abundancia. Éste es el orden de Dios. Ésta es la verdadera religión.

Además de Jesús, no necesitamos **nada**. “Sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.” Él es la **Fuente** de todas las cosas, el **Sustentador** de todas las cosas. Su Gloria es el **propósito** de todas las cosas. ¿Qué necesidad tenemos que Él no pueda satisfacer? ¿Qué otra solución, además de Él, hay para **cualquier** cosa? ¿Qué otra razón hay para todo sino Él? ¿Qué necesidad es que busquemos otra cosa o a alguien más aparte de Él!

Como una vez le escribiera Elder Brooks a John G. Lake: “Sólo deseo levantar a Jesús y hacer que lo veas a Él de todos los ángulos y te des cuenta cuán arrebatadoramente hermoso es Él; Él es totalmente suficiente, lo llena todo, suple todos los requisitos, satisface todo anhelo. Él es la provisión para todo servicio. Ah, John Lake, no hay ninguna otra necesidad que tengamos en este mundo o en el venidero, aparte de Jesús... Ah, mi hermano John, había una vez cuando buscaba **poder** – quería

¹ver Sal. 91; 17:8; 18:2; 31:20; 32:7

capacitación, buscaba **ser útil** – vi los dones a la distancia, sabía que en algún lugar del futuro estaba el dominio, pero ¡gloria a Dios! Uno por uno se fueron desvaneciendo y al desvanecerse quedó una **forma**, una figura que emergía de las sombras y se fue haciendo cada vez más clara y más definida a medida que estas otras cosas desaparecían, y cuando todas pasaron vi “solamente a Jesús”.

Jesús es nuestra Única Gloria, Santo nuestro, perfectamente Hermoso, el Majestuoso vestido de fuerza, honor y esplendor, nuestro Amado, nuestro Comandante entre diez mil, nuestra Excelencia Máxima, el Deseable en totalidad, el Único que es nuestra Gloria, cuya grandeza es inescrutable, cuyo Nombre solo es exaltado, cuya gloria está por encima de los cielos y la tierra, el Primero, el Postrero, el Único que merece todo nuestro corazón y nuestros pensamientos.

Él es el manantial de toda Gloria y belleza, el depósito de toda fragancia y pureza. Ponga su mirada en Él. Usted le pertenece a Él y Él es suyo. ¡Qué su anhelo sea tener mayor intimidad y unión con Él! “Que Él me bese con los besos de Su boca.” ¡Qué Él sea su obsesión, que lo cautive, que sea su preocupación! Sumérjase en Él. Quédese absorto en Su presencia. Sin tener ninguna otra razón mas Él.

El rey David lo dijo de esta forma:

Una cosa he pedido al Señor, y ésa buscaré: que habite yo en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del Señor, y para meditar en su templo. (Sal. 27:4)

El deseo de David era contemplar a su Señor, observar su belleza, habitar en la casa del Señor. “En cuanto a mí, en justicia contemplaré tu rostro; al despertar, me saciaré cuando contemple tu imagen.”¹ Para David, el lugar de la manifestación de la Presencia de Dios era la “perfección de Su hermosura”, “el gozo de toda la tierra”. Él se deleitaba en el Señor. Se complacía en la presencia del Señor. Adoraba al pre-encarnado Hijo de Dios. Simplemente anhelaba estar con Él, contemplarlo, conocerlo, amarlo, alabarlo, disfrutarlo. Ése era el fin de David, el sublime propósito de su vida. Éste es el corazón totalmente orientado hacia el Señor, del cual Dios mismo testifica que es “perfecto” ante Él.²

Fuimos creados por Él y para Él. Él es el fin de su vida, su **ÚNICO** propósito. Él creó su corazón para desearlo, amarlo, adorarlo y deleitarse en su presencia. Solamente **Él** puede satisfacer siempre su necesidad más profunda. No importa qué sea lo que se le falte en la vida, su verdadera carencia, su real necesidad es **Jesús**. En verdad, Él es su **única** necesidad. En **Él** está todo. Búsquelo. Lo demás vendrá a continuación. Y,

¹Sal. 17:15; 2 S. 7:18; Sal. 65:4

²1 R. 15:3; 1 S. 13:14; Hch. 13:22

querido amigo, aunque lo demás no venga ¿de qué se preocupa? Su corazón estará completo y contento en **Él**.

El motivo de nuestras dificultades es que buscamos Sus dones, Su obra y Sus caminos pero lo ignoramos a **Él**. ¿Qué sentido tiene buscar la luz o el calor y descartar el sol? ¿Qué lógica hay en buscar agua e ignorar el océano? ¿Es lógico buscar agua y no tomar en cuenta el océano?

¡Deje de buscar Sus cosas y búsquelo a **Él**! Cese ya de buscar cualquier cosa que no sea **Él** mismo. **Él** es el principio y el fin. No había nada antes de **Él** y no habrá nada después de **Él**. No importa lo que necesite, usted debe buscar Su rostro. Su respuesta no la va a encontrar en ningún otro lado. **Él** es Su Infinita, Máxima, Eterna Fuente de Recursos para todo. Usted está completo en **Él**.

No necesitamos más que a Jesús

Por lo tanto, donde hayamos buscado “santidad”, “fe”, “los frutos del Espíritu” y todos los demás sellos distintivos de la vida cristiana, más bien busquemos ahora a **Cristo**. Encontrémoslo y, simplemente, caminemos con **Él**. Entonces, algún día miraremos nuestra vida y ante nuestro gozo eterno, veremos la verdadera santidad, la verdadera fe y los verdaderos frutos del espíritu. Todas estas cosas ya no van a eludirnos, sino que vamos a tenerlas, simplemente, porque están todas en **Él** y nosotros **lo tenemos a Él**.

¿Está buscando liberación de la opresión demoníaca y parece no encontrarla? Busque a Jesús y, en **Él** descubrirá al poderoso Libertador que verdaderamente lo libertará. “Mis enemigos retroceden, tropiezan y perecen delante de **tu Presencia**.” Las instrucciones de Dios son someternos a **Él**, **primero, y luego** resistir al diablo en **Su** poder, fuerza y autoridad.¹

¿Está buscando sanidad para su cuerpo? Querido amigo, es incomparablemente más importante y beneficioso buscar el contacto con el Sanador que buscar la sanidad. En **Él** está la sanidad. Todo aquel que lo mire a **Él** vivirá. “Todo el que lo ha **tocado** (a **Él**) ha quedado perfectamente completo.” No busque “formulas de fe” ni “el poder de la mente” ni ningún otro método o medios para recibir sanidad separada de una conexión de vida con **Él**. Mírelo sólo a **Él**. Jesús es su Sanador. Jesús es su Sanidad. Tóquelo y **Él** lo hará completo. Recíballo a **Él** y Su vida será su salud. **Él** es su necesidad.

¿Está buscando la dirección divina para su vida? Jesús enseñó que las ovejas que conocen al Buen Pastor escucharán Su voz.² Esfuércese por conocerlo, búsquelo a **Él** antes que nada y **Él** le revelará claramente Su voluntad de manera natural. **Él** mismo

¹Sal. 9:3; 68:2; Stg. 4:7; Sal. 56:9

²Jn. 10:4, 14, 27; 8:12; Hch. 13:2

será una luz en su camino.

¿Está tratando de permanecer fiel a Dios hasta el fin? Conozca a Jesús y, en Su compañía y por Su poder, usted estará guardado hasta aquel Día en que será presentado sin mancha y sin culpa ante Su gloria con gozo inefable. Él mismo será su “fuerte habitación, donde pueda ir continuamente a refugiarse”. Él siempre sostiene a quienes lo siguen.¹

¿Usted está buscando gozo? Ya no lo busque más. Jesús ha sido ungido “con óleo de alegría” más que a sus compañeros. Busque a Jesús y, en Él tendrá plenitud de gozo indecible y glorioso. “En tu presencia hay plenitud de gozo; en tu diestra, deleites para siempre.”²

¿Usted está buscando paz en este mundo de tribulaciones y conflictos? Ponga todo su afecto, su atención, su confianza y su corazón en Jesús y una “perfecta paz” duradera será suya.³

¿Usted está buscando conocimiento y comprensión? Jesús es la Verdad. Usted nunca alcanzará ningún conocimiento de la Verdad separado del conocimiento de Él, “en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento”.⁴ Solamente por medio de la aprehensión de Jesús estos tesoros podrán ser revelados.

¿Usted desea tener luz espiritual y estar libre del error? Entonces, mírelo a Él. **Su vida** es “la luz de los hombres”, y las tinieblas **no** van a prevalecer.⁵

“La Verdad mora en Jesús.” Solamente en su Presencia se encuentra el verdadero entendimiento.⁶ Jesús es la Verdad. Usted no “tiene” la Verdad simplemente porque su cabeza contiene algunas ideas acerca de la doctrina cristiana o los “valores judeocristianos”. Usted conocerá la verdad, únicamente, cuando lo haya abandonado todo por conocerlo a Él.⁷ Usted sólo posee la Verdad cuando su corazón palpita con la vida y la Presencia de Jesús. Búsquelo a Él y conocerá la Verdad, y la Verdad lo hará libre.

La verdadera madurez espiritual no es una madurez de erudición religiosa sino la

¹2 Ti. 1:12, 14; Jud. 24; Sal. 71:3; 63:8; Jn. 17:11

²He. 1:9 (Griego); Sal. 16:11; 21:6

³Is. 26:3; Jn. 16:33

⁴Jn. 14:6; Col. 2:3

⁵Jn. 1:4-5

⁶Ef. 4:21; Sal. 73:17

⁷ver Jn. 7:17

madurez de la intimidad con Dios.¹

Sí, usted debe tener cierta doctrina, pero no aparte de **Él** – no divorciada del conocimiento de **Él** – no separada de la unión y la comunión con **Él**. “Dios... en estos últimos días nos ha hablado **por su Hijo**.”² Jesús es la Revelación. **Él mismo** es la Verdad. **Él** es la Palabra, el Logos, la Revelación y la Expresión de Dios. No busque adquirir algún sistema de “verdad” sin poseerlo a **Él**. **Él – Su Persona** – es la Verdad que usted **no puede** conocer separada de una vital experiencia con **Él**, de una unión viva con **Él**.

¿Usted está buscando las bendiciones que le pertenecen por medio de la obra de la cruz? Busque más bien “al Dios vivo, el cual nos da abundantemente todas las cosas para que las disfrutemos.” “Los que buscan **al Señor** no carecerán de bien alguno.” “Pon tu delicia en **el Señor**, y **Él** te dará las peticiones de tu corazón.” “Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.”³

¡No busque las bendiciones separadas de **Él**! Si las obtiene sin **Él** no serán más que angustia y molestia para su espíritu; mientras que con **Él** hasta sus mayores sufrimientos y privaciones serán dulces.

¿Está buscando los dones del Espíritu? Sí obedece Su Palabra y desea los mejores dones, pero **no** como un fin en sí mismos, y **no** antes de poseerlo a **Él**. Busque a Jesús, y en la riqueza de Su compañía, **Él** ha prometido tanta abundancia de dones como sean necesarios. “Porque en todo fuisteis enriquecidos en **Él**, en toda palabra y en todo conocimiento... de manera que nada os falta en ningún don.”⁴

¿Usted está buscando comenzar una vida de intercesión a favor de los demás en la iglesia y en el mundo? Busque a Jesús y, en comunión con nuestro Gran Sumo Sacerdote experimentará el bendito privilegio de participar en las profundidades de **Su** intercesión. En unión con Cristo, Su carga llegará a ser la suya, Sus sufrimientos, los suyos. Sus gemidos, los suyos propios. Así no será en su propia fuerza sino por Su poderoso trabajo interior, por lo cual usted se esforzará y agonizará peleando una efectiva batalla, en el poder de Su Espíritu.⁵ Esta unión con Cristo en Su afán e intercesión, es uno de los mayores privilegios de la comunión con **Él** a la que usted ha sido invitado en Su Presencia.

¿Está usted buscando unidad en el cuerpo de Cristo? Escuche las palabras de

¹ver 1 Jn. 2:13a

²He. 1:1-2

³1 Ti. 6:17; Sal. 34:10; 37:4; Mt. 6:33; ver también 2 P. 1:2-3

⁴1 Co. 1:5-7; cf. Jn. 3:2

⁵Ro. 8:26; Col. 1:28-2:3; 4:12-13; Ga. 4:19

Jesús: “**Yo en ellos...**, para que sean perfeccionados en unidad...”. Y nuevamente, al orar al Padre “para que sean uno **en nosotros**”.¹ La única fuente de verdadera unidad dentro de la iglesia es la vida de Cristo morando dentro Su pueblo.² Sin la realidad de esa vida, **todo** intento por lograr la unidad, sobre cualquier base que fuere, amor evangelismo, doctrina,³ falta de doctrina, el mero poder de la voluntad, etc., será un rotundo fracaso.

Verdaderamente, sin la realidad de la vida interior de Cristo, la misma existencia de la iglesia no tiene sentido ni valor espiritual. La iglesia que el Espíritu Santo dio a luz es un organismo vivo que respira la vida de Jesús y cuyo palpitar corre por sus venas espirituales. Y así como el cuerpo sin el espíritu está muerto, esta tierra está plagada de “iglesias” que, lamentablemente, son carente de la vida de Cristo, y no son más que organizaciones religiosas infructuosas; las cuales no reflejan más que los talentos, habilidades y disposición de sus líderes, dando honor a las ambiciones y aspiraciones de sus fundadores y cumpliendo apenas con alguna función social carente de frutos eternos en su comunidad.

Este trágico estado de cosas lo puede cambiar, únicamente, una sola cosa: la restauración individual de los cristianos a Dios y la recuperación de la vida de Jesús dentro del corazón del creyente. ¿Usted está buscando la vida de la iglesia? Solamente en Jesús, la podrá encontrar.⁴

¿Está buscando un ministerio en estos últimos días? Esmérese por conocer a Dios y **será** usado de manera maravillosa en la cosecha de estos últimos tiempos en el mover de Dios sobre la tierra, pero que sea **Él** su primer y único deseo. “El pueblo que conoce a su Dios se mostrará fuerte y actuará.”⁵

¿Comprende lo que tratamos de decir? Dios es “Galardonador de quienes lo buscan a **Él** diligentemente.” No busque nada de la vida cristiana fuera de Él. No intente vivir la vida cristiana fuera de Él. “Por tanto, de la manera que recibisteis a Cristo Jesús el Señor, así **andad en Él.**” La vida cristiana no se encuentra fuera de Jesús. No existe fuera de Él. Si usted no lo tiene, no tiene nada de valor. Y cuando usted lo tiene a Él, lo tiene todo.

Nuestro único fin – nuestro único propósito – es el Señor Jesucristo; en Él

¹Jn. 17:21-23

²ver Ef. 4:3-6, 13

³Ro. 14:1-15:7

⁴Sal. 127:1

⁵Dn. 11:32

estamos **completos**.¹

Vayamos en pos de **Él**.

¹Col. 2:10

CAPÍTULO CINCO EN POS DE LA COMUNIÓN

Oh Dios, tú eres mi Dios; te buscaré con afán. Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela cual tierra seca y árida donde no hay agua. Así te contemplaba en el santuario, para ver tu poder y tu gloria. (Sal. 63:1-2)

La compañía de Dios es la cosa más preciosa del universo. **¡No piense que Dios la da a la ligera!** No queremos decir que Él nos pida que trabajemos de alguna manera para ganar Su compañía, porque la da por gracia, ciertamente, y de todas maneras, nunca podremos hacer nada para merecerla. Jamás podremos lograr nada por mérito propio ante de Dios. Todo lo que Él nos da es, únicamente, por “la sangre de Jesús” siendo impartido como un don totalmente gratuito.

Pero, mientras Dios otorga su comunión libremente, el hecho es que Él solamente le da Su compañía, Su relación íntima a quienes lo **desean**, a quienes lo desean a **Él**. Cada una de estas verdades complementarias están expresadas por el profeta Isaías:

***Todos los sedientos, venid a las aguas; y los que no tenéis dinero,...**
Venid, comprad vino y leche sin dinero y sin costo alguno. (Is. 55:1)¹
...El que tiene sed, venga. El que quiere, tome del agua de vida gratuitamente. (Ap. 22:17,)*

En el campo de las relaciones humanas, aunque usted se relacione libremente, sin embargo, busca la compañía de aquellos que desean estar con usted ¿no es así? ¿O acaso usted fuerza los pensamientos más profundos y los sentimientos de las personas que no desean en absoluto saber algo de usted? Del mismo modo, Dios se revela a Sí mismo sólo a unos pocos, a “ese rebaño pequeño”, que lo desean de verdad.² Y la intensidad de esa revelación a Usted estará determinada por la intensidad de su pasión por ir en pos de Él.

El deseo es el apetito del alma. Cuánto mayor sea nuestro deseo por conocerlo, tanto más vamos a hacer para evitar las cosas que nos roban la atención de Él, mayor será el espacio que hacemos en nuestro corazón para que Él lo llene, y mayor será Su respuesta a la compañía. Esto no significa que nos ame más sino, simplemente, que lo

¹ver Jn. 7:37-39; Mt. 5:6; Sal. 107:9

²cf. Mt. 13:10-16

sentimos y disfrutamos más.

Dios quiere revelarse a todos Sus hijos de manera profunda e intensa. Nadie va a quedarse afuera si es que está dispuesto a darle cabida. Sin embargo, habrá unos pocos que lo deseen tanto como para vaciarse a sí mismos como para que Él pueda llenarlos.

Los que conozcan a Dios primero tendrán que desearlo. Primero tienen que tener hambre de Él. Primero tienen que tener sed de Él. Primero su alma tiene que sentir anhelo por Él.

Este Clamor está en usted

Como el ciervo anhela las corrientes de agua, así suspira por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios viviente; ¿cuándo vendré y me presentaré delante de Dios? (Sal. 42:1-2)

Si usted ha nacido de Dios, si usted tiene Su semilla – Su vida – en su ser, entonces, este clamor ya está enraizado en su corazón. Y llama a lo profundo de Su corazón. “Un abismo llama a otro abismo.” No intente buscar este clamor en algún otro lugar. No se resista más. Ahí está. Simplemente, deje que se manifieste en toda su expresión. Llámelo a voz en cuello. Hágale lugar. Entréguese. **No apague el Espíritu**. Clame a Dios. Él se ve a acercar a quienes clamen por Él. Él va a llenar a quienes tengan hambre de Él. Él se dará a Sí mismo a quienes lo deseen.

Anhelaba mi alma, y aun deseaba con ansias los atrios del Señor; mi corazón y mi carne cantan con gozo al Dios vivo. (Sal. 84:2)

Este clamor está en su interior. No es sólo un clamor a Dios: es un clamor por Dios. “Mi corazón y mi carne claman por el Dios vivo.” Su corazón añora y clama por Dios; y si usted se rinde a su corazón, también su carne clamará por Dios; quiere decir que lo va hacer, verdaderamente, de manera física. “Porque de la abundancia del corazón habla la boca.”¹

En el anhelo de su alma por Dios, escribió David, “Mi carne te anhela en esta tierra seca donde no hay agua.” En esto se ve la magnitud del clamor de quienes desean a Dios. Éste es el anhelo llevado al extremo. En una tierra donde **no** hay agua ¿cuál sería la reacción de su cuerpo? Muy pronto, después de menos de un día, comenzará a **exigir** agua. Pero, si esta demanda no se satisface enseguida, su cuerpo empieza a

¹cf. Mt. 12:34b

buscar agua. Si no la encuentra enseguida empezará a **clamar** por agua. Y si esta exclamación no es respondida enseguida, comenzará a **gritar** por agua y si este grito no es respondido, su cuerpo va a **chillar** por agua.

¡Qué **severa agonía** la suya, qué **desesperación!** Este clamor no se producirá, meramente, porque usted sienta que **debe** clamar por agua, o porque alguien le enseñe hacerlo, sino que nacerá natural y espontáneamente, sin pedirlo, de la profundidad de su ser. ¡Usted no tiene que **tratar** de tener la sed si ha estado en una tierra calurosa y seca y no ha bebido nada en varios días! Su sed y su clamor no son cosas que usted haya aprendido a hacer. Usted **nació** con estas reacciones en su cuerpo. Son innatas. Son naturales. No son ni preconcebidas ni simuladas.

Dios hace que usted tenga sed porque la necesidad más elemental, primaria e importante de su cuerpo es por agua. Sin agua se moriría. Si a su cuerpo se le niega el agua comenzará a reaccionar por auto preservación: va a comenzar a **clamar**. Debido a las demandas de dignidad y decoro puede que usted se contenga por un rato, pero si su sed queda sin saciar, eventualmente, va a **gritar**. A la larga, nada más le va a importar, ni su dignidad, ni el respeto, ni las opiniones de los demás. No le va a importar la “postura” en que vaya por agua. Su única obsesión, lo que lo consume, va a ser su **necesidad** de agua. Usted **debe** conseguir agua. **Debe** beber agua o **morirá**.

No obstante, la conveniencia religiosa es abandonada cuando el alma se da cuenta, de veras, su profunda necesidad de Dios. Al confrontarla con su verdadero estado de carencia espiritual y sequía, el clamor del corazón por Dios se hace más que amable y educado para reaccionar a la instrucción religiosa: se hace **real**.

A ti extendiendo mis manos; mi alma te anhela como la tierra sedienta. (Sal. 143:6)

Este clamor es un clamor por Dios; es un clamor por la vida. No se trata de un clamor por conocimiento. En el desierto ¿el saber la naturaleza química del agua sirve para algo? No obstante, el clamor en su ser es el clamor por Dios. Usted clama para que Dios venga a su vida. Para que Dios se le revele. Usted clama para que Dios lo atraiga a Su Presencia. Para que Dios satisfaga el anhelo de su corazón con lo único que **puede** satisfacer al hombre: **Dios mismo**. La religión del hombre no satisface. La búsqueda del conocimiento académico, no satisface. El autoengaño, no satisface. El elogio y la aclamación de los hombres, no satisfacen. Usted **debe** tener a Dios.

Usted ha nacido con este clamor en su corazón.¹ Usted **debe** tener a Dios. Usted **debe** tener a Dios o de lo contrario su vida en este mundo será una muerte en vida: “...tienes nombre de que vives, pero estás muerto.” (Ap. 3:1)

¹Por “nacido” queremos decir “nacido de nuevo”, por supuesto.

Dios lo ha creado con la facultad de sentir sed espiritual, ya que su necesidad preeminente es por Él. Él lo ha creado para tener sed porque sin Él usted morirá. Usted debe tenerlo. “Mi alma tiene sed de **Ti**.” Solamente Dios puede satisfacerlo. Solamente Dios puede llenar su necesidad más profunda, porque su necesidad más básica y profunda, ya sea que lo comprenda completamente o no, es por **Él** -- por conocerlo, obedecerlo, tener comunión con Él, deleitarse en Él, adorarlo a Él.

¡Clame por Dios!

Éste es el clamor que usted sabe está en el interior de su ser. El enemigo de su alma ha usado el orgullo religioso y su autosuficiencia para sofocarlo, pero no permita más que lo haga. Si la sed es ignorada, el deseo sigue sin ser satisfecho. Si se deja que el clamor se acalle, la necesidad seguirá sin ser resuelta. Si la raíz no recibe agua, la planta no sólo no dará fruto, ¡sino morirá!

Ante el inevitable cargo de ser tildados de “emocionales”, diremos que un hombre muriendo de sed en el desierto no está muy preocupado por los buenos modales y la aceptación a la vista de los demás, como lo está por encontrar agua para su vida. El grito por el agua es el grito por su vida.

Por lo tanto ¡clame ante Dios! ¡Usted **debe** tener a Dios! Póngalo delante de su rostro. Clame para que Él rasgue los cielos y descienda. Busque al Señor fervientemente. ¡Vuelque su corazón como agua derramada delante de Él! Levante su alma ante Él. Clame para verlo. Clame para conocerlo. Clame para tenerlo. Clame para poseerlo en toda Su plenitud. ¡Clame por Dios! ¡Clame por Dios! ¡**Clame por Dios!** “Viva vuestro corazón, los que buscáis a Dios.”¹

¹Sal. 69:32b

CAPÍTULO SEIS

LA NATURALEZA DE LA COMUNIÓN: LA PROFUNDIDAD DEL AMOR DE DIOS

*...y uno de ellos, intérprete de la ley, ... le preguntó:
Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley?
Y Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y
con toda tu alma, y con toda tu mente.
Éste es el grande y el primer mandamiento.
Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti
mismo.
De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas.
(Mt. 22:35-40)*

*Él es uno, y no hay otro además de Él, y que amarle con todo el
corazón y con todo el entendimiento y con todas las fuerzas, y amar al
prójimo como a uno mismo, es más que todos los holocaustos y los
sacrificios... (Mr. 12:32-33)*

...el amor es el cumplimiento de la ley. (Ro. 13:10)

Dios es Amor: Amor infinito. Habitar en Dios es habitar en Amor. Tener comunión con Dios es estar en comunión con el Amor. Conocer a Dios es conocer el Amor: el Amor verdadero.

Experimentar el amor de Dios por nosotros es el mayor encuentro que cualquier hombre puede tener, y devolverle a Él el amor es el mayor privilegio que se le puede dar a un hombre. Participar de ambas cosas, el encuentro y el privilegio es lo que significa ser cristiano.

La vida cristiana es tomar parte en la vida y así en el amor de Dios. A esto hemos sido llamados: a recibir el amor de Dios y a amarlo a Él. Además, querido cristiano, esto es **TODO** lo que tenemos que hacer. Y cuando amamos a Dios, cuando de **verdad** amamos a Dios, se seguirá que lo complaciéremos, hasta deleitarlo de todas maneras. “El cumplimiento de la ley es el amor.”

La fuerza, y aun la **substancia** de nuestra vida cristiana es el amor a Dios. Este amor surge en nosotros cuando nacemos de nuevo. Éste es el amor que crecerá y madurará a lo largo de toda la vida y que nos conducirá al reino eterno de Dios. Éste es el amor que nos sostendrá cuando todo lo demás falle. Éste es el amor que únicamente cumplirá con todos los requisitos y expectativas de Dios para nosotros.

La fuente de nuestro amor por Dios es, por supuesto, Su amor por nosotros. “Lo amamos a Él porque Él nos amó primero.” “Llévame en pos de ti y corramos juntos.”¹ Antes de nacer de nuevo, no amábamos a Dios para nada; lo odiábamos. Pero Él nos amó y Jesús murió por nosotros para que pudiésemos ser restaurados. Después del nuevo nacimiento y el bautismo en el Espíritu Santo, el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones.² Hemos sido restaurados a una relación de comunión con Dios y a una nueva vida de amor hacia Él. De ahora en adelante todo en nuestra vida tiene que ser motivado por una simple regla: el poder de nuestro amor por Dios.

Después de la salvación, comienza en nuestra vida el amor de Dios y, así como este amor florece y crece, asimismo nosotros crecemos y damos fruto en Cristo.

En cada acción tenemos la elección de amar: debemos escoger el amor a uno mismo o el amor a Dios. Sólo podemos amar y elegir uno; y cuando amamos uno, hemos por omisión odiado y desechado al otro. Dios no puede y no quiere la comunión con uno mismo, lo que es enemistad con Él; por eso, nuestra comunión con Él crecerá únicamente cuando renunciemos al yo y escojamos amar a Dios.

Al amar y obedecer a Jesús, Él nos irá manifestando su Persona progresivamente.³ Esta comunión creciente está hermosamente ilustrada en el libro de Ezequiel.⁴ El profeta ve un río que fluye desde la misma Presencia de Dios y mientras Dios lo lleva por las aguas éstas se hacen más y más profundas hasta que “se puede nadar”.

Lo mismo sucede en nuestra relación con el Señor. Al caminar con Jesús y confiar amorosamente en Él y obedecerle, escogiendo el amor de Dios por sobre el amor a uno mismo, Él irá aumentando la revelación de Sí mismo y Su amor hacia nosotros. Al profundizar en nuestra experiencia de Su amor por nosotros, también se incrementará nuestra habilidad para devolverle el amor. Al morar en su Presencia la llama de amor que Él ha plantado en nuestro corazón es alimentada y avivada. Y así continúa: en comunión con Dios crecemos tanto en la capacidad de amarlo como en la de recibir el amor de Él. El amor de Dios nos devora, llegando a ser la regla dominante de nuestra vida entera.

¹1 Jn. 4:19; Cnt. 1:4; Jn. 15:5

²Ro. 5:5; 1 P. 1:22-23

³Jn. 14:21

⁴Ez. 47

El Amor es el Cumplimiento de la Ley

Al crecer en nuestra experiencia de comunión con Dios, Su amor irá gobernándonos progresivamente hasta llegar a ser la auténtica sustancia y esencia de nuestra vida.

El amor de Dios producirá toda acción de obediencia a Dios.¹ “Y éste es el amor, que andemos en Sus mandamientos.” Confesar amar a Dios y seguir desobedeciéndolo es hacernos mentirosos. Quienes aman a Dios se abstendrán hasta de la apariencia de desobediencia y falta de respeto para Aquél a quien aman.

Jesús dijo: “Si me amáis, **guardaréis** mis mandamientos.”² Por lo tanto, la obediencia a Dios inevitablemente nacerá de un corazón que ha puesto su amor en Él; surgirá del deseo y no de la obligación.

El amor a Dios será la motivación de nuestra separación del mundo y sus caminos. “¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad hacia Dios? Por tanto, el que quiere ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios.”³ El reino de los cielos y el reino de este mundo son de **naturaleza** diferente y una **contradice** a la otra. Amar a una es, necesariamente, **abandonar** la otra. No podemos tener el tesoro dividido en ambos reinos.⁴ Lo que en uno es altamente estimado en el otro es abominado; lo que es valioso para uno es despreciado por el otro; lo que es precioso para uno es basura para el otro. Tenemos un solo corazón, tenemos un solo afecto, podemos servir solamente a un Maestro. Y para poder amar y servir a ese Maestro **hay** que odiar y abandonar al otro “Porque mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos. Prefiero estar en el umbral de la casa de mi Dios, que morar en las tiendas de impiedad”⁵

Amar a Dios es abandonar, gozosamente y de corazón, todos los caminos del mundo: el afecto por posición y respeto, codicias, orgullo y vanidad por la moda, la búsqueda de los placeres, las diversiones y entretenimientos de esta época, el amor a uno mismo y la indulgencia, amistades triviales, luchas indefendibles y divisiones, conversaciones vanas, mal empleo del tiempo y del dinero, y cualquier otra cosa que caracterice a este mundo y sus deseos, los cuales van a desaparecer para siempre. Su **amor a Dios** hará que su vida tome otro rumbo. No intente abandonar al mundo sin antes tomarse de Jesús o todo lo demás resultará ser un legalismo muerto y religioso. **Ame a Dios** con todo su ser y la separación del mundo y sus caminos tomará lugar en

¹1 Jn. 5:3; 2:5; 2 Jn. 6

²Jn. 14:15, griego.

³2 Ti. 4:10; 3:2-4; Stg. 4:4

⁴Mt. 6:19-21

⁵Sal. 84:10

su corazón y luego en su vida de manera inevitable y natural.

El amor a Dios se entrelazará en las cosas de su vida. “No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre [i.e. su amor al Padre] no está en él.” El clamor de la novia de Jesús tendría que ser: “Tu amor es mejor que el vino.” Todos los placeres y delicias de miles de vidas son como una gota de agua en un balde, y cuentan como un grano de polvo en el balance, cuando se pesa con un momento de amor y comunión con el Altísimo. “Tu misericordia es mejor que la vida.” “Y fuera de ti, nada deseo en la tierra.” Todos los reinos de este mundo no son dignos ni de un momento en el cielo de adorar y servir al Señor nuestro Dios. Aquellos que lo aman de verdad pasarán sus vidas en esta tierra como “peregrinos” y “extranjeros” no buscando una morada permanente aquí sino que buscarán sólo la ciudad cuyo Constructor y Hacedor es Dios.¹

El amor de Dios será la pasión que estará detrás de nuestra incommovible fe en Él en todas las cosas.² Amar a Dios es tener nuestro corazón tan completamente vuelto hacia Él, nuestra vida tan enteramente consumida por Él que no confiar en sus abundantes promesas es algo inapropiado. Amar a Dios es dejar todo lo que somos y tenemos, a su cuidado, y nada más que a su cuidado. No confiar en Dios es demostrar que no lo tenemos porque Él es digno de confianza y si no lo conocemos ¿cómo podremos decir que lo amamos?

El amor a Dios será el manantial del cual surja todo acto de amor y misericordia hacia nuestros hermanos y hacia todos los hombres. “Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor (o sea, nuestro amor por Él) se perfecciona en nosotros.”³ El apóstol Juan enseñó constantemente sobre el amor, tanto que, se decía que la gente a la cual él enseñaba ya estaba cansada de su insistente reiteración. Su constante advertencia era: “Hijitos, ámense unos a otros.” Cuando le preguntaban: “Maestro ¿por qué siempre nos dice lo mismo?”, su respuesta era: “Porque es mandamiento del Señor y si se cumpliera, sería suficiente.”

El amor a Dios motivará una vida de fidelidad en todas las “pequeñas” Cosas. Como escribió el hermano Lorenzo: “A Dios no le importa tanto la grandeza del trabajo como el amor [a Él] con que se realiza.” Cuando se mira desde esta perspectiva verdadera toda nuestra vida se llena de actividades en las cuales podemos rendir nuestro amor a Él. Esta diferenciación entre el empleo religioso y secular del tiempo se pierde, y todos nuestros esfuerzos – ya sean espirituales o domésticos – serán oportunidades para

¹1 Jn. 2:15-16; Cnt. 1:2b; Sal. 63:3; 73:25b; Mt. 4:8-10; He. 10:34; 11:9-10, 13-16, 24-26; 13:14; Gn. 47:9; 1 Cr. 29:15; Sal. 102:14; Mt. 10:37; 16:26

²Mt. 6:19-33

³He. 6:10; 1 Jn. 4:11-12, 17-21; 5:1; 2:9-10; 2 Co. 2:4

nuestra devoción a Él y una ocasión para la expresión de gloria eterna de obediencia y fidelidad.¹

El amor a Dios producirá una vida de generosidad y auto sacrificio, tanto para los hombres como para Dios.² En su gran amor por nosotros, Jesús dio todo lo que tenía. ¿Qué puede ser tan grande para nosotros que darle nuestro amor? “Amados, si Dios **así** nos amó, también nosotros debemos amarnos unos a otros.”³

El amor de Dios será lo que nos anime a sobrellevar gozosamente las pruebas, sufrimientos y persecuciones, lo que es tanto necesario como vital en nuestra unión con Cristo.⁴ Si anhelamos Su presencia, nos someteremos a compartir su cruz, que es el único camino para entrar al verdadero conocimiento de Dios que jamás hayamos tenido.

El amor de Dios será lo que nos provoque a llevar una vida de santidad y justicia.⁵ Amar a Dios significa amar todo lo que Él es. Dios **es** santo. Si de verdad amamos a Dios y hemos contemplado la hermosura de su santidad no será una carga sino nuestro anhelo el participar en la excelencia de Su perfección. Y nuestro anhelo será ferviente. Sin santidad “nadie verá al Señor”. Sólo “los puros de corazón... verán a Dios”.⁶ Nuestro amor por Dios no nos va a permitir tomar a la ligera nada que nos pueda separar de Dios. Como dijo Smith Wigglesworth: “El espíritu mundano es lo que puede enfriar mi afecto hacia Dios.” Quienes aman al Santo, lucharán fervientemente contra las fuerzas del mundo, la carne y el diablo cuya cruel inclinación es empañar y, finalmente, destruir nuestra comunión con Jesús.

El amor de Dios precipitará nuestro deseo a predicar el evangelio hasta lo último de la tierra. La naturaleza de la vida cristiana es la restauración del hombre a la experiencia de comunión personal con su Creador, y éste es el evangelio que debemos presentar. Si hemos experimentado auténticamente esta restauración en nuestra vida, nuestro ardiente deseo será que otros también tengan esta vivencia.

Cuando miramos el evangelismo bajo esta luz, cambia totalmente la naturaleza de lo que históricamente hemos visto hacer en nombre de las misiones mundiales. El evangelismo debe surgir espontáneamente de la realidad de nuestra comunión con Jesús y nuestro amor por Él. Como resultado, nunca intentaremos exportar nuestra **cultura**

¹ver Ef. 6:7; Col. 3:17, 23-24

²2 Co. 8:7-24; 1 Jn. 3:16-18

³1 Jn. 4:9-11

⁴Jn. 21:15-19; Ro. 8:28; Fil. 3:10

⁵Jn. 14:15, 21; Sal. 97:10a

⁶He. 12:14; Mt. 5:8

religiosa ni nuestro **estilo de vida occidental** a otros pueblos y naciones, sino que desearemos llevarlo sólo a **Él**. Más aun, como no estaremos promocionando cierta doctrina, credo o denominación, no estaremos satisfechos cuando las personas a quienes les ministramos estén mentalmente de acuerdo con nuestra enseñanza o manifiesten una confesión superficial de salvación, sino que busquemos primero y por sobre todo traerlos a la manifiesta realidad de **una genuina experiencia de comunión personal con Cristo Jesús**.¹

El amor de Dios también produce en nosotros la pasión por ver a los convertidos en los últimos días para la gloria de Cristo.²

Un escritor de la iglesia primitiva escribió una interesante historia sobre el apóstol Juan. Cuenta que Juan visitó en una ocasión la ciudad de Esmirna y conoció allí a un joven resuelto y determinado.

“Dejo este joven a tu cuidado,” le dijo al anciano del lugar, “para que con toda solicitud, la iglesia y Cristo le sean testigos.” El anciano aceptó la confianza depositada en él y, al volverse Juan a Éfeso, se llevó al muchacho a su casa, lo alimentó y lo bautizó.

Después, pensando que ya había hecho bastante, lo dejó solo y el joven se juntó con malas compañías, cometió un crimen y, huyendo a las montañas, llegó a ser el capitán de una banda de asaltantes.

Después de un tiempo, Juan volvió a visitar esa ciudad y, después de resolver el asunto que lo había llevado allí, le dijo al anciano: “Pues bien, devuélvenos el depósito que el Salvador y yo te hemos confiado.” El anciano, asombrado, supuso que estaba siendo acusado de alguna irregularidad financiera. “Te estoy pidiendo el alma del muchacho,” le dijo Juan, “y el alma del hermano.” El anciano gimió y lloró. “¡Está muerto!” “¿Cómo? ¿Cuándo? ¿De qué murió?” “Está muerto para Dios,” dijo el anciano y le contó la historia. El apóstol rasgó sus vestiduras y pegando un grito se golpeó la cabeza. “¡Qué buen guardián del alma del hermano he dejado! Dame inmediatamente un caballo y alguien para que me indique el camino.” Y salió cabalgando hasta encontrar al joven perdido. Con tiernas súplicas logró que se arrepintiera y lo trajo de vuelta a los Hermanos y a Dios.

El amor de Dios será la energía propia con la que perduraremos hasta el fin.³ Ninguna tentación, prueba o sufrimiento tendrá jamás el poder de desviar al corazón embelesado de su meta máxima, que es contemplar el rostro del Único que es tan amado.

¹Este es el motivo por el cual la iglesia primitiva dio vuelta al mundo en apenas pocos años.

²Ef. 4:15; Fil. 1:8-11; 3 Jn. 4

³2 Ts. 3:5; 2 Ti. 4:7-8; He. 3:14; 9:28; 1 Jn. 3:3

El reino se le promete a quienes **aman** a Jesús.¹ Escoja ahora a quién, y cuál reino, realmente desea. Si usted ama a Jesús, **sí tolerará...** ¡todo! “Porque fuerte como la muerte es el amor, inexorables como el Seol, los celos; sus destellos, destellos de fuego, la llama misma del Señor. Las muchas aguas no pueden extinguir el amor, ni los ríos lo anegarán.”²

El amor de Dios generará en nuestro corazón hambre de saber y la disposición a recibir la Verdad de la Palabra de Dios.³ Los errores de los hombres y las doctrinas mentirosas del Diablo no serán atractivas ni darán satisfacción al hombre o la mujer que ama la Verdad.

La cosecha de la Biblia es Cristo. Ésa es la razón por la cual amamos este precioso Libro: porque nos revela a Jesús, a quien amamos y ansiamos conocer más aún.⁴

Este amor encenderá en nuestros corazones la verdadera adoración a Dios, en espíritu y en verdad, así como la sincera alabanza y la gratitud a Él, no sólo por su gran salvación sino, primordialmente, por su gran Persona.⁵ El Padre “**busca** quienes lo adoren”. Esta adoración – la adoración verdadera – es un fin en sí mismo. Hemos sido creados para adorarlo a Él. Él es Dios, nosotros somos su creación. ¿Qué otra respuesta le daremos, sino la entrega incondicional y la adoración? “Venid, adoremos y postrémonos; doblemos la rodilla ante el Señor nuestro Hacedor. Porque Él es nuestro Dios, y nosotros el pueblo de su prado, y ovejas de su mano.”⁶

Los animales no pueden adorar a Dios porque no fueron hechos a su imagen. Solamente el hombre puede brindar una adoración que es aceptada por Dios y lo complace. Lamentablemente, raras veces lo hace. A pesar de las enseñanzas contemporáneas populares, la verdadera adoración no es algo que hacemos en nuestros servicios para liberar el poder de Dios en sanidades y liberaciones y suplir las necesidades. Lo que sí es verdaderamente cierto es que con frecuencia el poder de Dios se manifestará de manera espontánea en medio de la alabanza de Su pueblo a pesar que ése no sea el motivo de nuestra adoración. Debemos adorar a Dios simplemente porque lo amamos, sencillamente porque hemos contemplado en nuestro corazón a nuestro

¹Stg. 2:5; Sal. 69:36

²Cnt. 8:6-7, Hebreos

³Jn 6:42-47; 8:37-47; 3:19-21

⁴Lc. 10:38-42

⁵Lc. 7:36-50; Sal. 70:4; 54:6

⁶Jn. 4:23-24; Sal. 95:6-7

precioso, digno, maravilloso, Todopoderoso Dios. Cualquier otra cosa no es verdadera adoración sino intentos humanos por halagarlo.

Tampoco es verdadera adoración a Dios hacerlo con le propósito de preparar los corazones de la gente para lo que vaya a pasar en el resto de la reunión, como por ejemplo la predicación de la Palabra. Nuevamente, es cierto que la adoración tendrá el efecto de ablandar la tierra de nuestro corazón para recibir Su Palabra, pero sigue existiendo la pregunta de la motivación ulterior.

¿Creemos en serio que el Dios infinito, que conoce nuestro corazón mucho mejor que nosotros mismos, se complace cuando le sonreímos y entonamos dulces canciones de amor y adoración a Él cuando, en realidad, solamente estamos tratando de **usarlo**, tanto a Él como al ejercicio en sí mismo para nuestro propio propósito y fin?

La verdadera adoración a Dios tampoco consiste en cantar canciones aprendidas de memoria para llenar un tiempo tradicional destinado para eso. La adoración en espíritu y verdad es **un fin en sí mismo**. Los verdaderos adoradores adoran a Dios “en espíritu” y no en formas externas tradicionales o cumpliendo cierto ritual; no, ni siquiera en las formas tradicionales carismáticas o pentecostales. Los verdaderos adoradores adoran a Dios “en verdad” y en realidad, y no desde un corazón deshonesto, manipulador o carente de sinceridad. La adoración es la pura, sincera, genuina y espontánea respuesta de entrega, amor y adoración a nuestro Maestro, nuestro Redentor, nuestro Rey y nuestro Señor. Cualquier otra motivación no es más que “fuego extraño” ante Dios.

El amor de Dios causará una insatisfacción santa con el sistema religioso del hombre y un anhelo por ver la restauración de la casa de Dios – la cual es la verdadera iglesia del Dios viviente – a la expresión orgánica, innata, natural de la vida del Espíritu Santo en su pueblo; sin rituales o jerarquías eclesiásticas, sino como un organismo vivo manifestando la vida y la comunión con Jesucristo.”Oh Señor, yo amo la habitación de tu casa, y el lugar donde habita tu gloria.”¹

El amor de Dios justificará el abandono de todas las cosas, hasta el padre, la madre, la esposa, los hijos, los hermanos y hasta la propia vida, sólo por ganarlo a Él. Nuestro amado ha hablado y nos “... ha dicho: ‘Levántate, amada mía, hermosa mía, y ven conmigo.’” Por lo tanto, para poder unirnos a Él y ser uno con Él, primero tenemos que dejar atrás todo y a todos. Para que Dios sea totalmente nuestro. Debemos entregarnos a Él por completo. “Ríndete al Señor con corazón humilde, con todo tu ser y con todo lo que tienes.” Debemos dar todo por Todo. Pero para quienes lo aman de verdad, **cualquiera** que sea el precio por poseerlo será considerado barato.²

El amor de Dios será nuestro fin. El amor de Dios será nuestro único esfuerzo,

¹Sal. 26:8; Jn. 12:42-43; 1 Ti. 3:15; Jn. 2:17; Mt. 21:12-13; Sal. 132:3-5

²Lc. 14:25-33; Cnt. 2:10; Fil. 3:7-8

nuestro único gozo y deleite; la completa atención y satisfacción de nuestro corazón. El amor de Dios será nuestra vida.

Cualquier otra razón, o cualquier otra motivación en nuestra vida, detrás de todo pensamiento o acción no será aceptable. El amor de Jesús es nuestra única ley, nuestro único requerimiento, nuestra única obligación, nuestra única responsabilidad y nuestra única **vida** en Dios.

“Reciban gracia todos aquellos que aman a nuestro Señor Jesucristo sinceramente. Amen.”

CAPÍTULO SIETE

UNA COMUNIDAD EN COMUNIÓN: LA IGLESIA

Y sucedió que al sentarse a la mesa con ellos, tomó pan, y lo bendijo; y partiéndolo, les dio. Entonces les fueron abiertos los ojos y le reconocieron ... (Lc. 24:30-31)

Para comprender la naturaleza de la iglesia, debemos comprender primero la naturaleza de la vida cristiana, en un nivel personal. En capítulos anteriores hemos tratado el hecho de que la vida cristiana es la restauración del creyente individual para tener compañerismo y comunión realizada con Dios; no es nada más, ni nada menos que eso.

Hemos sido restablecidos a Dios. Dios nos salvó para que pudiéramos experimentar la unión y la comunión con Él. Conocerlo a Él – experimentar comunión íntima con Él – es nuestra meta, nuestro máximo propósito. Y cuando lo tenemos a Él, **tenemos todo lo que Él es. Lo tenemos todo** – salvación, sanidad, liberación, seguridad eternal, paz, gozo, fortaleza y poder espiritual, santidad, fe, los frutos y los dones del Espíritu – todo está en Él. Y todo se nos será impartido a nosotros por medio de la unión con Él.

De la comunión interna con Jesús resulta **todo**: la totalidad de la vida cristiana. Eso es la vida cristiana: la unión y la comunión con Jesús. Cuando lo tenemos a Él, lo tenemos todo; sin Él no contamos con nada que tenga algún valor.

Lo mismo pasa con la iglesia. Así como la vida cristiana es **unión y comunión**, la iglesia también es **unión y comunión**. Su misma naturaleza es la unión. Su naturaleza es la comunión. Unión y comunión con Cristo y unión y comunión de los unos con los otros en Cristo. Eso es la iglesia: la unión y la comunión con cada uno en Él. Y cualquier otro aspecto de la vida de la iglesia surge de eso, espontánea e inevitablemente. Y será real. Cuando suceda, será genuino y vivo. Lo que nazca en la iglesia no será producto de la organización, de programas o algún esfuerzo humano o de alguna agencia, sino que será la simple acción de la vida del Espíritu Santo reflejado en medio de su pueblo.

Así como la vida cristiana individual crece inevitable y espontáneamente de la relación personal con Cristo, lo mismo pasa en la vida de la iglesia, y de eso consiste: en brotar inevitable y espontáneamente de la relación personal de los unos con los otros, en comunión con Él.

Un Pan

El pan de la comunión es un hermoso tipo de este compañerismo. De hecho, pinta tan profundamente la naturaleza y la vida de la iglesia que Jesús ordenó que se estableciera y comprendiera cada vez que Su pueblo comiera junto.

Considere la hogaza de pan. Por supuesto, representa a Jesús. Él es nuestra vida. Su muerte pasada hace posible el camino de nuestra liberación de la destrucción, tanto la eterna como la temporal; y Su actual vida interna en nosotros es la fuente de toda nuestra vida y victoria. Él es nuestra vida. Vivimos hasta el punto de haberlo compartido (“comido”) a Él. Al comerlo, lo absorbemos y Él mismo llega a ser la misma esencia y sustancia de nuestra vida. Ya no es sólo nuestro ejemplo y nuestro maestro, sino que en unión con Él, Él vive, realmente, Su vida en y a través de nosotros. Al comerlo compartimos Su santidad Su amor, Su bondad, Su fe, Su poder y todos Sus atributos: Su vida.

Ahora bien, note que: **el pan es comido por todos los santos... ¡juntos!** En esto hay un significado maravilloso.

Primero, vemos que **todos los santos** participan de la totalidad de la hogaza de pan. Se reparte entre ellos. Ningún creyente individual se lo come **todo** de Cristo. A cada uno se nos da una **porción** de Él. Por supuesto, Dios es Espíritu infinito y, por lo tanto, indivisible, por lo que cada “porción” de Él contiene, necesariamente, la totalidad de Él. Pero, en Su revelación de Sí mismo en y a través de Su cuerpo de creyentes – como la hogaza de pan que Jesús rompió y repartió entre sus discípulos – Él se da a Sí mismo pedacito por pedacito de pan.

De esta manera, nadie puede ser independiente de los demás. Solamente **juntos** lo tenemos a Él en plenitud. Es a la iglesia en su totalidad a la que Él se entrega. Individualmente, Él se nos revela a nosotros en parte y lo compartimos en parte. Cada uno de nosotros tiene una necesidad vital del resto de los pedazos de pan que los otros miembros de Su iglesia han digerido en sus almas y sus vidas. Juntos poseemos el **pan entero**. Se necesita de todos nosotros para revelar la plenitud de la vida “absorbida” interior de Cristo.

Por eso la iglesia, **como un todo**, crece hasta la unidad de la fe y la “perfecta unión con Él”;¹ y **desde Cristo** “todo el cuerpo [estando] bien ajustado y unido por la cohesión que **cada** coyuntura provee, conforme al funcionamiento adecuado de **cada** miembro.”²

Segundo, note que los santos comen de Él **al mismo tiempo**. En la vida corporativa de la iglesia se da la mayor experiencia de la vida de Cristo que jamás se nos haya revelado a nosotros y en la cual jamás hayamos participado.

Es en la unión con “**todos los santos**” donde podemos apprehender la plenitud de

¹Ef. 4:15, traducción de Williams

²Ef. 4:16

la Presencia y el amor de Cristo. Es en “vosotros” (plural – i.e. la iglesia) que “seréis llenos de toda la plenitud de Dios.”¹

Juntos es que lo vivenciamos a Él. Aquí no existen “llaneros solitarios”. No hay ministerios individualistas. Aquí no existen los espectadores individuales. No hay cabida para el individualismo. Solamente existe el cuerpo – el único pan absorbido – la expresión unánime de la **Vida** que mora interiormente – la única agrupación de creyentes que están juntos, intrincados en el todo – Su iglesia.

Actualmente nuestras iglesias están llenas de individuos que viven sus propias vidas separadas. En cierto sentido, estamos juntos una o dos veces por semana bajo el mismo techo de la iglesia. Por lo menos, exteriormente, estamos “juntos”. Interior y espiritualmente somos islas que siguen su camino, viviendo nuestra propia vida. Nuestras vidas no son una... una con Él y una el uno con el otro en Él.

La verdadera iglesia tiene que estar compuesta por individuos. Pero son hombres y mujeres que han escuchado el llamado a negarse a sí mismos y unirse a Cristo y Su iglesia. A Cristo y a Su iglesia ellos voluntaria y gozosamente, han rendido su derecho a manifestar su propia vida y ministerio centrados en sí mismos. Entrelazados los unos con los otros en la esencia de la vida de Cristo han llegado a ser uno. Cada uno es indistinguible de la totalidad. Su propia vida es parte del todo. Sólo tienen sentido como parte del todo. Su propia vida no es su más alto propósito. Buscándolo a Él han encontrado Su iglesia. Su máximo propósito es la manifestación de la vida de Cristo en la iglesia. Ellos son hombres y mujeres “sin rostro”.

Pero no es que no tengan identidad. Su identidad está en Cristo, expresada en Su iglesia. Corporativamente, sus rostros reflejan el de Él. Juntos participan de Su vida. Y Su vida llega a ser la de ellos. Sus vidas son una. Es la vida de Él. Es **Él**. Él es la vida de ellos, **juntos**. Sus vidas son Su vida, **juntos**.

Esto es lo que Jesús está restaurando – la iglesia – Su iglesia. Él ha ordenado todas las cosas para que lleguen a este fin. Él ha planeado desde antes de la eternidad la obra hasta este final: Su iglesia.

A los ojos de Jesús, la iglesia es la cosa más hermosa en todo su glorioso y magnífico universo. Él desea a Su iglesia. Él anhela a Su iglesia.

Ahora mismo Jesús está preparando a Su iglesia en secreto. Un día Él volverá por Su iglesia como el Novio que viene a buscar a Su Novia. Él volverá por Su iglesia para darle Su Presencia en plenitud. A Su iglesia volverá para mostrar su eternal sabiduría y gloria a todos los principados y poderes en los lugares celestiales. A Su iglesia volverá para consumir el matrimonio con Su Novia. Él volverá y llegará a tener con ella esa unión final, completa y perdurable: que Dios sea todo en todos.

¹Ef. 3:17-19

Amado, busquemos Su rostro. Buscándolo a Él encontraremos Su iglesia en todo su esplendor y en toda su belleza. Y, al encontrar Su iglesia lo encontraremos a Él en toda Su plenitud y en toda Su gloria.

CAPÍTULO OCHO

LA PLENITUD DE LA COMUNIÓN

Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz el aliento de vida; y fue el hombre un ser viviente. (Gn. 2:7)

El hombre es una unidad. Dios lo creó en el principio como una unidad. En la teología actual existe la común idea de ver al hombre como “un espíritu con un alma en un cuerpo”. Sin embargo, esta idea no es bíblica y está basada más en la filosofía griega que en las Escrituras. La Palabra de Dios enseña que no es que el hombre **tenga** un alma, sino que el hombre **es** un alma. La Biblia enseña que el hombre es espíritu, alma y cuerpo. Es una unidad. Cada uno de estos aspectos integrales de su ser es tan parte de su ser como los demás.

El hombre es una unidad. Dios lo creó como una unidad y Él quiere que para siempre siga siendo una unidad. Cuando el hombre pecó incurrió, entre otras cosas, en la muerte física (i.e., la disolución del cuerpo, y la separación del alma o sea de la persona, del cuerpo) y es por eso que el evangelio de la redención es el evangelio de la resurrección del cuerpo, y de la restauración de la unidad y la integridad del hombre.¹

Dios creó el hombre como una unidad y su intención original fue la comunión con **todo** el hombre. Por lo tanto, cuando Jesús murió para restaurar al hombre a Sí mismo, Él restableció al hombre por **completo** y no sólo un aspecto del hombre (ej. el espíritu del hombre). Usted ha sido restaurado a Dios por completo. Usted ha sido restaurado a Dios en espíritu, alma y cuerpo. Dios desea que **usted** – por completo – viva Su salvación y Su compañía. No separe un aspecto de su redención de otro. No aisle un aspecto de su restauración a Dios de otra.

Una Restauración Completa

Primeramente, hemos sido restaurados **espiritualmente** a Dios. Dios **es** Espíritu, y esto es, obviamente, el primer campo y el de mayor importancia de la comunión con Él. De hecho, éste es el motivo por el cual, originalmente, Dios hizo al hombre como un ser espiritual, a Su imagen: para que el hombre pudiese vivir en comunión con Él.

Antes de ser salvos, estábamos espiritualmente **muertos** para Dios, imposibilitados de conocerlo, imposibilitados de amarlo. Pero, al nacer de nuevo, por un acto soberano de Su Espíritu, fuimos hechos vivos espiritualmente a Dios,

¹1 Co. 15

nuevamente capaz de tener comunión con Dios, amarlo, adorarlo y deleitarnos en Él.

Somos **considerados vivos** para Dios.¹ Y así como un bebé recién nacido necesita alimento y sustento para crecer y desarrollarse, lo mismo sucede con nuestra nueva vida espiritual. A través de la comunión y la interacción con Dios esta vida es cultivada y desarrollada. Sin comunión con Dios o sin una nueva vida espiritual, esta nueva vida espiritual que tenemos no madurará ni crecerá. La nueva vida en nosotros fue creada a imagen de Cristo Jesús. No hay que olvidar que, ciertamente, el mismo Jesús fue, inicialmente, la Fuente de vida y Él es el continuo Sustentador.² En verdad, el mismo Jesús es nuestra vida.³ Si lo descuidamos, nuestra vida interior nunca prosperará o florecerá.

Jesús es el verdadero maná del cielo. Usted tiene que tenerlo a Él para vivir. Y, de la misma manera en que usted necesita refrigerio físico y revitalización, así también debe alimentarse del pan del Cielo a diario. El “maná” de hoy no alcanzará también para mañana. Para vivir, usted tiene que tenerlo a Él continuamente. Él es su vida. Su compañía es su sustento.⁴ “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.” Para vivir, usted tiene que tener comunión con Él a diario. Usted debe buscarlo diariamente. Usted debe clamar por Él todos los días.⁵

Debemos tomar cada día de Él el alimento fresco y nuevo o de lo contrario llegaremos a estar espiritualmente débiles y enfermos y, con el tiempo, moriremos. Al mantener una comunión constante con Dios, veremos que se desarrolla el crecimiento espiritual y la revitalización; al conocerlo a Él más y más profundamente, maduraremos como Sus hijos y por Su vida en nosotros le mostraremos al mundo que nos rodea la luz y el conocimiento de Su Único Hijo.

Además, usted ha sido restaurado **mental e intelectualmente** para Dios. No lo deseche. Usted no sólo “tiene” una mente. Usted **es** un ser inteligente. Su mente ha sido restaurada para Dios. No vea la mente como algo no espiritual o de descarté. De todo lo que hemos dicho en un capítulo previo acerca de no limitar su relación con Dios a un ejercicio mental y no sustituir un acuerdo mental doctrinal por la verdadera comunión con Dios, recuerde que Dios quiere que su mente le sea restaurada a Él. En primer lugar, Él la creó. No es mala. Con frecuencia se usa con propósitos malos, pero la mente, en sí misma, no es, intrínsecamente mala. Fue hecha para bien. Fue hecha para

¹Ro. 6:11

²Col. 3:10; Jn. 4:14; 5:25, 40; 6:33, 57; 14:6

³Jn. 6:57

⁴Jn. 6:57

⁵Mt. 4:4; Jn. 6:63; Sal. 86:3b

Él.

Dios quiere que su mente sea cambiada por medio de la comunión con Él. Él quiere que su mente pase por el proceso de limpieza y transformación. Donde una vez ella estaba cegada y obscurecida, Jesús quiere ser su luz. Donde antes era “la mente carnal”, Él quiere hacerla “la mente de Cristo”. Donde antes su mente era sólo un instrumento y habitación de la muerte, ahora para usted le puede ser “vida y paz”. Él espera que usted use su mente para el avance de Su gloria y para que disfrute de Él. No permita que su mente quede sin cambio por Dios, “sino transformaos mediante la renovación de vuestra mente”.¹

Sin la renovación de su mente, hecha por Dios, usted puede tener la motivación para hacer la voluntad de Dios a causa de regeneración espiritual, mas carecer del conocimiento de la voluntad de Dios. Su vida estará carente de dirección y consistencia y se encontrará yendo detrás de cualquier viento de nueva doctrina que sople en su camino; ya sea verdadero o falso. Por lo tanto, dele su mente a Dios. Usted es un ser intelectual. Su intelecto no tiene que ser lo más importante a considerar en su vida; usted es, antes que nada, un ser espiritual. Pero también es un ser intelectual, y Dios fue quien lo creó de esa forma. Así que no le niegue a Él, el acceso a la obra es en esta parte suya tan vital.

También, usted ha sido restaurado **emocionalmente** para Dios. No tenga miedo de esto. El hombre es un ser emocional. Usted no sólo “tiene emociones”. Usted **es** un ser emocional. **Usted** ha sido restaurado para Dios. Eso incluye sus emociones. Mucha gente tiene miedo de esto y se resiste a conmoverse por Dios cuando Él busca tocar sus corazones en sus emociones. Lamentablemente, muchos cristianos ven las emociones como algo no espiritual, innecesario, inestable y no deseadas. Pero son muy importantes. Son parte de usted. Es usted. Usted es emocional. Si Dios lo toca, entonces, **tocará** sus emociones.

Si Dios no renueva sus emociones, usted sabrá qué debe hacer como cristiano, aunque no tendrá gozo. Su vida cristiana será más obligación que placer. En este punto, usted necesita darle sus emociones a Dios.

Repetimos: ¡no tenga miedo de esto! ¡Basta ya de que el miedo al hombre y a sus opiniones le roben a Dios! ¡Deje de tenerle miedo al hombre, cuyo aliento de vida está en sus narices! ¡Permita que Dios se abra camino en su vida! ¡Deje que Él conmueva sus emociones! ¡Entréguele su corazón! ¡Entréguele sus emociones!

Por favor, comprenda que no estamos alentándolo a buscar, solamente, alguna experiencia emocional intrascendente o superficial. Lo estamos exhortando a que busque a Dios, y solamente a Él. Tampoco estamos diciendo que base su vida y su fe en las experiencias emocionales. Usted debe confiar en Dios y solamente en Él. Sin

¹2 Co. 4:4; 1 Co. 2:16; Ro. 8:6; 12:2

embargo, el hecho es que, cuando Él lo toque, lo **tocará** emocionalmente porque usted es emocional; es así de simple.

Negarle a Jesús el acceso a sus emociones es frustrar Su propósito en su vida. Negarle el acceso a sus emociones es negar Su señorío en su vida. Y, negarle el acceso a sus emociones es privarse de una parte vital de la bendición y el gozo que Él pretende que sea suyo en Él desde toda la eternidad.

Entonces, su **voluntad** ha sido restaurada para Dios. Ha recibido vida y ahora viviendo por Su Espíritu, su voluntad puede participar de Su gloriosa vida y compañía. Una vez desprendido del egoísmo y el pecado su voluntad puede ser liberada por Su vida y puede elegir hacer **Su** perfecta voluntad.

Su voluntad debe ser renovada por Dios. Sin que su voluntad sea renovada por Dios, puede que entienda que algo anda mal, sufrir emocionalmente por algo que haya hecho en el pasado, y aun así ¡salir y volver a hacer lo mismo! En este punto, usted no necesita más enseñanza, ni tampoco más lágrimas. Usted necesita que Dios lo toque y cambie su voluntad. Usted necesita que la vida de Jesús se encienda y arda dentro de su ser con la llama de Su vida en su voluntad, volviendola por completo a Él. Deje que Dios sea “quien obre tanto el querer como el hacer, para su beneplácito”.¹

Finalmente, en la completa restauración del hombre, Dios no desdeña su cuerpo y, un día, nuestra comunión **corporal** con Dios va a ser restaurada. En el estado eterno lo veremos a Él y podremos tocarlo y escucharlo, igual que como fue en el tiempo de Adán, quien caminó y habló con el Señor **corporalmente**.

Mientras que nuestros cuerpos han sido (tiempo pasado) redimidos por la obra de Jesús en la cruz, todavía tenemos que experimentar la **completa manifestación** de esa redención, en cuyo momento recibiremos nuestro eterno cuerpo espiritual.² Pero, mientras tanto, hay un sentido en la cual nuestro cuerpo físico experimenta Su Presencia en la sobrenatural sanidad y salud divina y en la maravillosa consecuencia de la restauración de la comunión con Dios en el diario avivamiento de nuestros cuerpos mortales:

*Pero si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el mismo que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos, también **dará vida a vuestros cuerpos mortales** por medio de su Espíritu que habita en vosotros. (Ro. 8:11)*

Sin que su cuerpo experimente los efectos de la restauración a Dios, aunque su corazón esté bien con Él y en buena posición para glorificarlo y deleitarse en Él, aun

¹Fil. 2:13

²Ro. 8:23

así, usted estará demasiado indispuerto como para hacer algo al respecto. Reconocemos que su relación espiritual con Dios puede trascender su devastación física y también admitimos que, a veces, Dios usa la enfermedad física para corregir y disciplinar.¹ Aunque, piense que la provisión hecha por Jesús en la cruz para la sanidad de su cuerpo fue idea de **Él**. Él ha creado su cuerpo para Su propósito y Su gloria, y para lo mismo lo redime.

Por lo tanto, someta su cuerpo al Señor. Jesús es **para** su cuerpo. “El cuerpo es... para el Señor; y el Señor para el cuerpo... por tanto, glorificad a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.” “Y que el mismo Dios de paz os santifique por completo; y que todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea preservado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.”²

Estos son, entonces, los efectos de la obra de Jesús en la cruz: la restauración del hombre, total y completa – espíritu, alma, mente y cuerpo – para Dios. No se conforme con nada menos.

¹1 Co. 5:5; 11:29-31; Sal. 119:67, 71, 75; Mt. 18:35

²1 Co. 6:13, 20; 1 Ts. 5:23

CAPÍTULO NUEVE

EL CAMINO DE LA COMUNIÓN: MINISTRAR MUERTE POR EL ESPÍRITU

Pero ahora me regocijo, no de que fuisteis entristecidos, sino de que fuisteis entristecidos para arrepentimiento. Porque la tristeza... de Dios produce un arrepentimiento que conduce a la salvación, sin dejar pesar; ... (2 Co. 7:9-10)

Limpiad vuestras manos, pecadores; y vosotros de doble ánimo, purificad vuestros corazones. Afligíos, lamentad y llorad; que vuestra risa se torne en llanto y vuestro gozo en tristeza. Humillaos en la presencia del Señor y Él os exaltará. (Stg. 4:8-10)

El Espíritu Santo es el Espíritu de Vida. Él es Dios; Él es Vida. Él vino a traer vida. Ciertamente, el Nuevo Pacto contrasta específicamente con el Antiguo en que ministra vida por el Espíritu en vez de ministrar muerte por la ley.¹

Y aun así, paradójicamente, hasta bajo este Nuevo Pacto de perdón y vida, el Espíritu Santo también viene a ministrar muerte.

Esta ministración puede malinterpretarse fácilmente como algo negativo por quienes han reducido su cristianismo a meras teorías de posición legalista y perspectiva judicial. Sin embargo, que el Espíritu Santo le ministre muerte al cristiano no implica una contradicción de lo que Dios ha hecho legal y positivamente para nosotros en Cristo, simplemente porque Él no quiere ministrar muerte a la Nueva Creación en Cristo, sino al viejo hombre.

Cuando el Espíritu Santo ministra muerte, afecta nuestra experiencia personal, nuestra vida diaria y nuestro andar delante del Señor. El ministrar muerte por el Espíritu afecta al yo, la carne, el viejo hombre.

El mayor enemigo del cristiano en su caminar con Jesucristo no es ni el diablo, ni el mundo, ni siquiera el pecado: es el **yo**. El yo es nuestro mayor enemigo. Es al yo a quien Jesús le quiere ministrar muerte por Su Espíritu.

Dios nos manda a resistir al diablo, a huir de la tentación y a no amar al mundo; pero Él nos manda a **crucificar** al yo, a **hacerlo morir**.

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz

¹2 Co. 3:6-9

*cada día y sígame (Lc. 9:23)*¹

El yo, es nuestro más acérrimo enemigo, nuestro más sutil y engañoso adversario. El yo es el mayor obstáculo para poder experimentar las profundidades de Dios. No se trata sólo de resistir, no se trata sólo de huir, no se trata sólo de no amar: **hay que hacer morir al yo**. Huelga decir que el diablo, la tentación y las atracciones son, verdaderamente, barreras hacia Dios, aunque es el **yo** quien les da lugar.

El yo es otro dios delante del Dios verdadero. Elegir el yo es darle lealtad a otro dios. Hacer valer al yo, es negar al Dios verdadero. Ésta es la esencia de la rebelión y el origen de **todo** pecado: elegir el yo antes que a Dios. Conocer a Dios en verdad requiere una total renuncia y abandono de todos los demás dioses. Él no acepta la lealtad a nadie más. Quienes conformen la novia de Cristo se van a parar ante Él en aquel día como las “vírgenes”, sin haber sido infieles ni con mancha espiritual; sin nada de idolatría. La idolatría es servir a otro dios, sea cual sea. El Señor es un Dios celoso y siempre les ha hecho juicio a los demás dioses. No hay ninguna diferencia con este falso dios.

Mientras no hagamos morir el yo, estamos voluntariamente resistiéndonos y **rebelándonos** contra Dios en nuestra vida. Esto es cierto, no importa cuán religiosas o espirituales aparenten ser exteriormente nuestras palabras y acciones. “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que nacido del Espíritu, espíritu es.” Además, “... los que están en la carne no pueden agradar a Dios.”²

Si estamos “en la carne” y dejamos que el yo sea el rey en nuestra vida, entonces, estamos viviendo en rebelión contra Dios. Ahí es cuando vemos la ministración del Espíritu Santo como destructivo, porque Él está, en verdad, buscando hacer morir el **yo**.

Sin embargo, si andamos en el Espíritu, negando el yo y permitiendo que el Espíritu Santo nos acerque a la comunión con Cristo y Su muerte, pues entonces veremos el obrar del Espíritu Santo no sólo como el ministrador de **muerte**, sino como el ministrador de **vida**, porque sabemos por el mismo Espíritu Santo que es por medio de la negación del yo que vamos a tener la vivencia de Él. Solamente experimentando la muerte es que podremos experimentar Su vida. Solamente dejando que Dios crucifique lo más profundo de nuestro ser es que vamos a experimentar Sus profundidades. Solamente por la unión con Jesús en Su crucifixión es que jamás podremos experimentar la unión con Él en el poder de Su resurrección.

Con Cristo he sido crucificado, y ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí... (Ga. 2:20)

¹cf. Mt. 10:38; 16:24; Mr. 8:34; Lc. 14:27

² Jn. 3:6; Ro. 8:8

La verdadera vida se origina en la muerte

¡Que ningún hombre lo engañe! La negación y muerte del yo es el único camino para entrar al verdadero conocimiento de Dios que Él le va a brindar. La definición de Wesley acerca del “fanatismo” era: “esperar el fin sin los medios”. Aunque lo intente con todas sus fuerzas, usted **no** podrá conocer a Dios y vivir Su vida sin antes exponer el yo y aniquilarlo. Usted **no** puede unirse a Jesús en Su trono sin primero unirse a Él en la cruz.

El Espíritu Santo **siempre** ataca al yo. El yo es su enemigo mortal. La vida del espíritu y la vida del yo son totalmente opuestas y completamente incompatibles; **no** pueden coexistir. Por lo tanto, cuando el Espíritu Santo se mueve de manera soberana sobre una iglesia buscando llevar al pueblo al avivamiento y a las profundidades de la experiencia con Él, **siempre** se mueve ministrando muerte.

Que quede claro que el Espíritu Santo se va a mover con una clara y afilada espada en estos tiempos. No va a ser de alguna manera vaga, imprecisa o con castigo generalizado que Él vendrá a Su pueblo cuyo accionar parezca ser más obra del diablo, o la manifestación de la mórbida auto absorción que la obra de Dios.

Los efectos de esta obra no serán tampoco la depresión, la desorientación o un prolongado desánimo, lo que, una vez más se parece a los resultados de perversa cavilación e introspección, que a la inspiración e iniciativa divina.

El Espíritu Santo vendrá rápida, deliberada y específicamente; y sin temor ni acepción de personas, penetrará justo en el corazón de Su pueblo. Entonces, exponiendo a Su enemigo, Él entrará en un combate mortal hasta que, finalmente, la obra quede completa y Su enemigo, al fin, en ese preciso momento, sea eliminado.

Es un hecho histórico que esta preciosa obra del Espíritu Santo siempre será resistida y tendrá oposición. Por un lado algunos se opondrán debido a la **ignorancia**. Tristemente, en este número se encuentran, frecuentemente, líderes de iglesias y predicadores quienes, aunque declaran que Dios los ha llamado a acercar a la gente a Él, difícilmente comprendan cómo lo hará Dios; y, debido a la ignorancia que tienen acerca del mover de Dios ellos mismos quedan expuestos al rechazo de Jesús hacia Nicodemo: “Tú eres maestro de Israel, ¿y no entiendes estas cosas?”¹

Por otro lado, algunos se opondrán al mover del Espíritu Santo a **sabiendas**². Debido al testimonio interno del Espíritu en sus corazones, ellos saben que lo que ven es la obra de Dios, pero aun así, se oponen especialmente a este mover porque aman su vida en vez de la Suya. Aunque siempre cubrirán su rebelión en términos teológicos y

¹ 1 Ti. 1:13; Jn. 3:10, griego

² Jn. 15:22-24; 1 Jn. 5:10

apuntarán al abuso carnal y los excesos de la gente para desmerecer la obra, con todo la cuestión es que su oposición a Dios los deja expuestos y revela el verdadero rey de sus vidas y la verdadera condición de sus corazones. No importa cuán religiosos hayan parecido en el pasado, ahora han quedado al descubierto como amantes de sí mismos en lugar de ser amantes de Dios.

Es lamentable que al resistir la muerte están, paradójicamente, **escogiendo** la muerte.¹ Eligen quedarse con la muerte. Resisten la destrucción pero, en verdad, eligen la destrucción. Al salvar el yo pierden a Dios y, como escribió Laubach: “Cuando uno pierde a Dios... todo es derrota, aunque esté encerrado dentro de castillos y sepultado por la fortuna.”

Pero aquellos que anhelan a Dios y consideran el conocimiento personal de Él digno de cualquier precio, en esos momentos le darán lugar al Espíritu Santo, sujetando sus vidas a Él, inclinando sus corazones ante Él, dejando sus motivos al descubierto, sus intenciones, sus deseos y sus íntimos propósitos expuestos a su escrutinio, sin guardar nada. Por someterse a la administración de muerte por el Espíritu, ellos están haciendo una elección mejor y con peso de gloria. Aquellos que eligen, desde lo más profundo de su corazón permitir la muerte del yo están, en verdad, escogiendo **vida – Su vida**.

En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, produce mucho fruto. El que ama su vida la pierde; y el que aborrece su vida en este mundo, la conservará para vida eterna. (Jn. 12:24-25)

Que cada uno de nosotros no busque falta en los demás con relación a esto,² sino, examinemos nuestro propio corazón y enfrentemos la necesidad de arrepentimiento en nuestras propias vidas. Postrémonos en el polvo y busquemos a Dios con todo nuestro corazón para que Él venga y seleccione y mate.

En cada uno de nosotros, el yo está muy vivo y gozando de excelente salud. El yo no está débil ni inválido. Dejándolo solo no morirá jamás. Al yo hay que **darle muerte**, deliberadamente. Pero la muerte y particularmente las ejecuciones no son gratas a la vista; y es difícil que mueran los hombres fuertes. En consecuencia, el auténtico arrepentimiento puede ser muy ofensivo a los ojos de quienes esperan que la religión sea “placentera” e “inspiradora”. Sin embargo, cuando Jesús pronunció la bendición de consuelo para confortar a los que sufren, la palabra que escogió fue “llorar”, que literalmente significa **un dolor manifiesto tan profundo que no puede**

¹Mt. 10:9

²2 Co. 10:12, 17-18; Ga. 6:3-5

ocultarse.¹ ¡Si el Señor llama a su pueblo al arrepentimiento, a llorar, a lamentar y a morir, entonces, arrepíentase, llore, láméntese y muera!

Cuando dijiste: Buscad mi rostro, mi corazón te respondió: Tu rostro, Señor, buscaré. (Sal. 27:8)

No se resista o estará luchando contra Dios. Como escribió Frank Bartleman, estos tiempos son tiempos de “privilegio, responsabilidad y (también) **riesgosos**”. No resista Su mover. No pase por alto Su liderazgo. No se oponga a Sus impulsos... no, si quiere ser conocido como alguien que síguela Cordero dondequiera que vaya. Si usted quiere que Él lo conozca como a uno de los suyos, entonces, no se rebele contra Él en estos tiempos.

La Convicción de Dios no Puede Fabricarse

Este mover del Espíritu no se produce por voluntad de hombre sino **únicamente** por iniciativa divina. Si usted se resiste, puede que Él no regrese de esta forma en mucho tiempo, dejándolo en el desierto, encerrado en sus propias obras religiosas infructuosas. O, peor aún: si usted se resiste a Él ¡puede ser que ni siquiera regrese!

Por lo tanto, ríndase a Él. **¡Entréguese a Él!**² Después vendrá el gozo. Hay un tiempo para llorar y un tiempo para lamentar. Después viene la risa y la danza.³ Ore desde ahora. Vea hasta el final.

Por momentos, debido a las profundidades del yo que serán reveladas en su vida, podría parecer que la obra nunca llega a su fin; pero si usted se entrega a Él, Él **hará** la obra. **Usted Lo verá.** Él lo ha prometido.⁴ Por lo tanto, permita que Él se abra camino. Deje que el Espíritu haga su obra maravillosa. Entréguese a Él. Es Su Presencia lo que usted gana. Es a Él mismo a quien usted consigue.

Alguien dijo una vez: “Todo del yo, nada de Dios. Menos del yo, más de Dios. Nada del yo, todo de Dios.” O, en las palabras de Juan el bautista: “que Él crezca, y que yo disminuya.” Hasta el punto que cuando su vida termine, empiece la de Él.

Que el Espíritu Santo ministre muerte, no es algo agradable para quienes

¹Mt. 5:4

²ver Sal. 32:9

³Sal. 30:5, 11; Sal. 126:5; Mt. 5:4

⁴Mt. 5:8, 6; Fil. 1:6; He. 12:14

solamente quieren halagos y “palabras suaves” de Dios. Pero, no debe evitarse, no importa cuán doloroso pueda parecer por un tiempo. Es uno de los movimientos más necesarios y preciosos en nuestro beneficio.¹

¹Estas épocas se conocen como de experiencias “profundas” y la idea completa de una vida crucificada es conocida comúnmente como la “vida profunda”. Pero, en realidad, debemos llamarla “vida cristiana”. Para nosotros ahora es “vida profunda” porque, lamentablemente, muy pocos hemos escarbado apenas la superficie de esta unión con Jesús en Su muerte y Su vida que Dios nos ha ofrecido.

CAPÍTULO DIEZ

EL REQUISITO PARA LA COMUNIÓN: RENDIRSE A DIOS

¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Y quién podrá estar en su lugar santo? Él de manos limpias y corazón puro... (Sal. 24:3-4)

Nuestro llamado es hacia Dios. Para el cristiano, **Él** es el llamado más alto y el que todo lo abarca. Nuestra meta es conocerlo a Él. Ése es nuestro máximo propósito. Cuando lo tenemos a Él, tenemos **todo lo que Él es**. Tenemos todo. Tenemos salvación, sanidad, liberación, seguridad eternal, paz, gozo, fortaleza espiritual y poder; todo está en Él.

Cuando usted fue salvo, Dios no pretendía que se quedara ahí, sino que empezara ahí. Cuando usted nació de nuevo, nació a Su Presencia; nació a la unión y comunión con Dios y Él quiere que esta relación se profundice y crezca.¹

Pero, en cuanto usted busca profundizar su conocimiento de Dios, enseguida se nota que usted tiene un **enemigo** para lograrlo. Como ya dijimos, así como puede identificar claramente un número de enemigos que se oponen a la intensificación de su relación con Dios, hay un enemigo clave que le abre la puerta y fortalece a los demás. Este enemigo no es el diablo, aunque él es enemigo; el enemigo no es el pecado, aunque el pecado es enemigo; el enemigo no es el mundo, aunque el mundo es enemigo. Su enemigo clave en la búsqueda de Dios es su propia voluntad.

El diablo lo **separará** de Dios, siempre que **usted** le dé lugar. El pecado lo **separará** de Dios, siempre que **usted** ceda a la tentación. El mundo lo **separará** de Dios, sólo si **usted** permite que cautive su atención.² Por eso el diablo, el pecado y el mundo no son el problema, en realidad. **Llegan** a ser problemas y opositores de Dios en su vida, siempre y cuando **usted** deje que pongan pie en su corazón.

Jesús ya le ha quitado el poder a Satanás, ha crucificado el cuerpo de pecado y vencido al mundo.³ El enemigo que queda por conquistar es el yo. Ésta es la llave a la victoria en su vida, o la fuente de su fracaso. Antes que el diablo, el pecado y el mundo puedan ser vencidos verdaderamente en su vida, **primero**, usted tiene que tratar con aquello que les da poder: el **ego**. Hay que hacer morir al yo.

¹Col. 1:3; 2 P. 1:2-3

²Ef. 4:27; 2 Ti. 2:22; 1 Jn. 2:15-17; Mt. 5:19-21

³He. 2:14-15; Ro. 6:6; Jn. 16:33

Entrega total a Dios

El yo está profundamente enraizado en las cosas del mundo. Si servimos a las cosas de esta vida, estamos sirviendo y fortaleciendo el yo. Para encontrar a Dios en Su plenitud el yo debe ser crucificado y, en ese proceso, hay que abandonar el mundo. Dios exige que nos entreguemos a Él por completo, que abandonemos todo lo demás.

Usted no puede ganar el territorio del reino de Dios sin entregar primero **todo** lo que tenga y **todo** lo que es para adquirirlo.¹ Debe dejarse a un lado el amor a todo: el mundo, la carrera, la posición religiosa, los intereses particulares, el dinero, la familia, las cosas. No puede quedarse con nada. ¡Resuélvalo! La persona más miserable del mundo es el cristiano que tiene el corazón dividido. “**No** pueden servir a Dios y a mamón.”

¡Y qué insulto es para Dios ofrecerle menos que el todo! ¡Qué perfecto insulto es ofrecerle solamente la mitad de nuestra vida y guardarnos la otra para nosotros! ¡Él es **DIOS!** ¿Cómo le va a ofrecer menos que una entrega absoluta? De todas maneras, todo es de Él. De todos modos, al final, Él va a tomar todo. De todos modos, finalmente, toda rodilla se doblará ante Él y confesará Su señorío. Finalmente, toda vida será para Su gloria: algunos glorificarán su misericordia en su honor, otros glorificarán Su ira y poder para su vergüenza y destrucción eterna.² Pero al final, **todos** lo glorificarán a Él. ¡Qué necesidad es no entregárselo todo ahora, voluntariamente y sin reserva! Él es Dios. Dele a Él la única respuesta digna de Dios: la entrega total y absoluta de su corazón y su vida a Él.

Dios quiere ser el único Poseedor de su vida y la única Posesión en su vida. Y sólo en esa posesión hay libertad, poder, gozo, paz, descanso y victoria.

El hombre que ha rendido todo a Dios es enteramente indestructible. No hay **nada** que pueda dañarlo. Él ya ha entregado todo. No tiene nada que perder. Más aun, en devolución por la entrega de su vida, Dios ha agraciado a ese hombre con **Su** vida. ¡Y la vida de Dios no conoce ni pérdidas ni derrotas! Por lo tanto, la completa entrega a Dios es el único camino de verdadera victoria.

Por otro lado, darle la espalda a Dios es una derrota segura. “Porque el que quiera salvar su vida, la perderá.”³ Ésta es la razón por la cual muchos cristianos nunca se liberan, en verdad, del pecado o constantemente le están dando lugar a Satanás o permanentemente caen en la trampa de las cosas de la vida: porque nunca se **rindieron completamente** a Dios. En la misma medida en que usted le entregue su vida a Jesús,

¹Mt. 13:44-46

²Fil. 2:10-11; Ro. 9:21-23

³Mt. 16:25; cf. 1 Ti. 6:7-10

abandone todo y crucifique el yo hasta que muera, será la victoria que tenga sobre todos los adversarios.

Si usted **primero** viene a un lugar de entrega a Dios, entonces el resto vendrá a continuación. No se conforme sólo con intentar podar las ramas que son ofensivas para Dios – ramas de pecado, mundanalidad y descreimiento – porque crecerán otras en su lugar. Trate el problema de las ramas del árbol desde la **raíz**. Destruya el árbol desde la **raíz**, y **todas** las ramas morirán. Trate con el árbol desde sus raíces. Trate con su vida en su corazón. “O haced bueno el árbol y bueno su fruto, o haced malo el árbol y malo su fruto.”¹ Endulce el manantial y fluirá con dulzura.

Usted dice: “Me gustaría tener una relación más íntima con Dios pero no puedo dejar este hábito pecaminoso.” Pero el hábito pecaminoso no es su problema. El hábito es una rama. Resuelva la raíz. Abandone la afición y la atadura a eso desde lo más profundo de su corazón, y dirija todo su afecto hacia Jesús y entonces Dios podrá liberarlo.

Sino que cada uno es tentado cuando es llevado y seducido por su propia pasión (Stg. 1:14)

Si usted se entrega a la tentación la razón está en **usted**. **Usted** tiene que arrepentirse. Su corazón tiene que ser cambiado.

Usted dice: “Me gustaría dejar de darle cabida a esas tentaciones para poder tener más de la Presencia de Dios en mi vida.” Pero esas tentaciones no son su problema. Ceder a las tentaciones es una rama. Tiene que resolverlo desde la raíz. Usted cede a la tentación porque todavía ama el pecado. No se trata tanto sus acciones externas: el pecado estaba en su corazón mucho antes que se cometieran las acciones. Deje que Dios trate con su corazón y entonces las tentaciones ya no tendrán ningún poder. “El león tendrá los dientes limados.”²

Usted dice: “Me gustaría poder confiar en Dios para que Él cumpla Sus promesas, pero soy muy incrédulo.” Pero, es probable que la incredulidad no sea su problema. Generalmente, la incredulidad es la manifestación de un problema fundamental: usted no se ha entregado a Dios. El confiar en Dios para todo lo que Él ha prometido es una consecuencia simple y natural de haberse entregado a Dios desde el corazón. Cualquiera que tenga una mente clara sabe que Dios, como Creador de todas las cosas, es **capaz** de cumplir Sus promesas y **puede** proveer para todas sus

¹Mt. 12:33; ver también Mt. 7:17; 12:34-35; Pr. 4:23b

²Puede que haya también la necesidad de liberación de malos espíritus. Pero, una vez más, la llave para la liberación es una entrega genuina a Dios, sin la cual los espíritus seguirán teniendo derecho a habitar en su vida.

necesidades: espíritu, alma, intelecto y cuerpo. La pregunta es: ¿Usted se ha rendido a Dios? ¿Usted ha puesto su vida en Sus manos, de corazón?

Él quiere que usted lo conozca como el Todo Suficiente, el Proveedor de todas sus necesidades. Pero usted debe rendirle su vida a Él desde el fondo de su corazón: confiando en Él para que supla todas sus necesidades, para Su gloria.

Puede que alguien diga: “Creo que Dios se mueve en respuesta a nuestra **fe**.”
¡EXACTAMENTE! Y existe una sola fe verdadera y esa fe es la que permanece en un corazón rendido.

...Pero a éste miraré: al que es humilde y contrito de espíritu, y que tiembla ante mi palabra. (Is. 66:2b)

Jesús no enseñó la fe primero. Él enseñó el arrepentimiento primero y luego la fe: “Arrepentíos y creed en el evangelio.”¹ Cualquier “evangelio” que enseñe la fe en Dios sin la entrega a Él es un evangelio falso.

Ésta es la razón por la cual algunos santos que han sido cristianos dedicados durante años nunca se sanan o son liberados por Dios a pesar de lo mucho que han oído de las “enseñanzas de fe”, y a pesar de sus deseos de ser sanados o liberados y de creer que Dios puede hacerlo; mientras que, por otro lado, existen muchos ejemplos en el Nuevo Testamento de quienes ni siquiera habían oído un discurso completo de Jesús sobre **ningún** tema, y aun así se acercaron a Él y fueron sanados o liberados en el momento. Ellos recibieron porque fueron a Él en la simplicidad de un corazón rendido en fe.

Tanto el arrepentimiento como la fe son necesarios; ninguno de los dos por separado es suficiente para recibir a Dios.² La fe eficaz siempre está acompañada y es producida por un corazón rendido. “Porque el Señor oye a los necesitados.”³

Los Peligros del Conocimiento sin la Entrega

Por lo tanto, podemos ver que intentar ejercitar la fe sin una entrega del corazón conduce al fracaso. Igualmente, abordar la Palabra de Dios sin un corazón rendido no sólo es un ejercicio que no producirá auténtico fruto espiritual sino que también es sumamente peligroso. Como ya hemos dicho en un capítulo anterior: al meterse en la

¹Mr. 1:15; Hch. 13:24; 19:4; Mt. 3:11; Jn. 1:31; Lc. 1:76; Hch. 20:21; He. 6:1

²Stg. 1:6-8; 4:3

³Sal. 69:33a

Palabra y la Palabra meterse en usted, lo **llevará** a Dios, pero, **únicamente**, siempre que usted se acerque a ella con un corazón rendido.

Si usted se acerca a la Palabra de Dios sin un corazón rendido, inevitablemente, va a pasar una de dos: o va a rechazar la Palabra como inválida, irrelevante o errónea porque le da convicción a usted en alguna área en la cual no quiere ceder; o usted reemplazará el verdadero trato de Dios por medio de la Palabra haciendo un ejercicio académico. Significa que usted va a admirar la Palabra y va a discutir la Palabra y va a analizar la Palabra y va a considerar lo que significa **sin** llegar, realmente, a aplicarla en su vida como algo que **usted** necesita para cambiar.¹ Usted se coloca a sí mismo como maestro por encima de la Palabra, en lugar de recibir la Palabra como Maestra **suya**, y entonces se cumple en usted la Escritura que dice: “siempre aprendiendo, pero que nunca pueden llegar al pleno conocimiento de la verdad.”² Así como el cuerpo sin el espíritu está muerto y la fe sin obras es muerta, también el conocimiento intelectual sin la entrega del corazón es muerto.

Para decir lo mismo de otra manera: Cuando usted se acerca a la Palabra de Dios con un corazón no rendido, generalmente, va a estar de acuerdo intelectualmente con la verdad de la Palabra sin llegar a ser sujeto de sus tratos y su intención por cambiarlo. Interiormente usted se niega a cambiar aparentando todo el tiempo ser santo y devoto y (¡horror de horrores!) hasta **sabio** – al punto de sentir orgullo espiritual – de la misma Palabra de Verdad que puede eliminarlo.

El mundo busca el conocimiento, el honor y la estima a la vista de los demás hombres. Qué nunca seamos culpables de esto en material espiritual. Si éste es el motivo, en uno de los primeros lugares en que aparecerá será en el “exhibicionismo religioso”. Éste siempre se está exhibiendo. Si poseemos verdadero conocimiento espiritual no lo vamos a mostrar a estar exhibiendo para gloriarnos. Eso no es conocimiento espiritual sino “conocimiento mundano”. Al referirnos a “conocimiento mundano” no queremos decir necesariamente conocimiento **acerca** del mundo, sino conocimiento **a la manera** del mundo. Meramente, es conocimiento acerca de asuntos religiosos. No es verdadero conocimiento espiritual.

Dios nunca nos da su Santa Palabra para que la usemos para el avance de nuestro prestigio religioso e importancia. Pero, la promoción personal, inevitablemente, surgirá de un corazón no rendido que está instruido en asuntos religiosos. El yo quiere **tanto** y busca **incansablemente** el elogio y el reconocimiento del hombre.

Querido hermano y hermana, si usted ve esto en su vida, huya de ello. Arrepiéntase por intentar usar las cosas de Dios para su propia promoción carnal ante los hombres. Entréguese a Él. Deje que Él le atraiga hacia Él. ¡Él vale más que la

¹Ez. 33:30-32

²Ti. 3:7; ver también Stg. 1:22; 2:14-26

aprobación y la estima de los hombres! Deje que Su Espíritu y Su Palabra hagan su verdadera obra en su vida.

Si usted se va a someter a Dios de corazón, Su Palabra hará una profunda obra de exposición haciendo morir el yo y acercándolo a usted a Dios, pero tendrá que abordar la Palabra con honestidad y sinceridad, tendrá que estar auténticamente preparado a someterse a ella. En vano es que discuta y debata o hasta que esté de acuerdo con la Palabra de Dios hasta que no esté dispuesto, realmente, a rendirse a Él, que es tanto el Autor como el Sujeto.

La Necesidad de Arrepentimiento

Hay todavía otra manifestación de conocimiento religioso sin un corazón rendido que debemos reconocer. Una de las maneras más sutiles y más efectivas de obstaculizar el mover de Dios en su vida, o en su iglesia, es malinterpretando Sus tratos, como que son el propósito de traer a **otros** al arrepentimiento y el sometimiento a Dios. Pero, por así decirlo, Dios no está intentando hacer que otra persona se arrepienta, ¡Él quiere que **usted** se arrepienta!

Lamentablemente, en todos nosotros yace el deseo de eludir la cruz aunque, al mismo tiempo, se la asignamos con devoción a los demás y a “la iglesia” en su totalidad.

Pero es **USTED** quien necesita arrepentirse, es **USTED** quien necesita rendirse y entregarle su vida a Dios; es **USTED** quien necesita la cruz. Si **USTED** sometiera su terco corazón y permitiera que Dios obrara en su vida, entonces, no habría ningún obstáculo para que Dios lograra realizar su voluntad en la iglesia y llevase a su pueblo a un lugar de realidad ante Él.

Querido hermano y hermana, si tan solo **una** persona en su iglesia se pusiera a orar delante de Dios y llegase al punto de entrega total a Él – no tan sólo a un entendimiento de esto, no a una profesión religiosa, sino a la realidad interna de completo abandono de su vida a Jesús – si tan solo una hiciera esto – si Dios tuviera sólo un instrumento puro, sólo un canal a través del cual Él pudiera con sufrimiento dar a luz la obra, entonces, el fuego del Espíritu Santo muy pronto arrasará su iglesia y ni uno quedará sin ser tocado. Permita que ese “uno” sea usted.

Es fácil que cuando Dios comienza a trabajar con usted, a revelarles su hipocresía y su dureza religiosa que usted inmediatamente la vé en la relación de **todos los demás** con Jesús. Pero usted no puede culpar a los demás por no rendirse al Espíritu Santo. Realmente, el problema está en usted, y usted quiere señalar algún otro corazón endurecido para ocultar el hecho que **su** vida no está rendida a Dios.

El verdadero avivamiento debe comenzar en algún lado. Y debe ser en usted. Si no hay avivamiento en su iglesia, la falla está en un solo lugar.

El problema no está en su hermano.
El problema no está en su hermana.
El problema no está en el púlpito.
El problema no está en los bancos.

El problema, querido hermano,
El problema, querida hermana,

El problema,

El problema

es

usted.

Una de las más sutiles manifestaciones del yo en nuestras vidas es el reconocimiento de la necesidad de arrepentimiento y, aun así, adjudicarle esa necesidad a todos los demás menos a nosotros mismos. Y aun más terrible es el amargo espíritu de crítica y censura hacia los demás – por no rendirse a Dios – que casi siempre acompaña esta actitud. ¡Mientras tanto al yo se le permite esconderse y refugiarse detrás de este disfraz el cual, asombrosamente, es la inflexible proclamación a viva voz de la necesidad de arrepentimiento y muerte del yo! ¡Qué panorama extraordinario el del yo exponiéndose intrépidamente por sobre la absoluta necesidad de morir al yo! ¡Y más increíble aún, es que en este proceso, el yo es defendido y hasta fortalecido!

Pero Dios no lo llamó para castigar a los demás por la necesidad que tienen de arrepentimiento y morir al yo. Él lo ha llamado a usted para que se arrepienta y muera al yo: ¡a su yo! Y sin esa obra en su propia vida, todas sus odiosas exhortaciones y admoniciones a los demás no va a ser de ayuda, probablemente, causen más daño que beneficio.

Dios no quiere exposiciones de auto justificación de los problemas ajenos, sino su entrega total y absoluta.

Es lo mismo para todos los ejercicios cristianos. Sin esta operación fundamental – la entrega del corazón a Dios – todos están destinados al fracaso.

Existen infinidad de metas y actividades que buscan realizar los cristianos. Con todo, nuestra única meta verdadera, nuestro verdadero premio es llegar al conocimiento de Jesucristo. Mas llegar al conocimiento de Jesús **requiere** la entrega de nuestra vida a Dios.

*Pero todo lo que para mí era ganancia, lo he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y aún más, yo estimo como pérdida todas las cosas en vista del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor, por quien lo he perdido todo, y lo considero como basura **a fin de ganar a Cristo...** y conocerle a Él (Fil. 3:7-8, 10)*

Si nuestra meta suprema es venir al verdadero conocimiento de Jesús, entonces, **debemos**, abandonar nuestra vida por completo a Dios, y éste es el motivo de la popularidad de las “metas sustitutas”: porque todas ellas pueden buscarse externamente y se puede fabricar un barniz externo de cristianismo y espiritualidad mientras que, internamente, **el corazón nunca se entregó a Dios y todavía se sirve del yo.**

El hombre religioso puede sufrir una **gran** autodecepción. No debemos descansar cuando aparezca el más mínimo rastro en nuestro corazón y nuestra vida, porque el inmenso témpano yace debajo. Clamemos día y noche para que Dios nos lleve a toda Verdad.

CAPÍTULO ONCE

IMPEDIMENTOS PARA LA COMUNIÓN

Habito en lo alto y santo, y también con el contrito y humilde de espíritu... (Is. 57:15)

Porque no es judío el que lo es exteriormente, ni la circuncisión es la externa, en la carne; sino que es judío el que lo es interiormente, y la circuncisión es la del corazón, por el Espíritu, no por la letra; la alabanza del cual no procede de los hombres, sino de Dios. (Ro. 2:28-29)

Puesto que la entrega a Dios es la entrada, de nuestra parte, a la comunión con Él, se deduce que cualquier enemigo a nuestra entrega a Dios es un enemigo para nuestra comunión con Dios. Al respecto, siendo el yo nuestro mayor enemigo, se desprende que cualquier cosa que sostenga o fortalezca el yo debe ser sumamente aborrecido y evitado sensatamente, porque lo que va a lograr hacernos es un terrible daño: nos va a separar de Dios. Si usted acepta esto también va a reconocer que el culpable del avance del yo, más que ninguna otra cosa, es el **orgullo**.

Recuerde el motivo que llevó al primer acto de rebelión contra Dios: **la voluntad propia alimentada por el orgullo**. Éste fue el pecado original de Satanás:

Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura; corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor. Te arrojé en tierra. (Ez. 28:17)

Pero tú dijiste en tu corazón: “Subiré al cielo, por encima de las estrellas de Dios levantaré mi trono, y me sentaré en el monte de la asamblea, en el extremo norte.

“Subiré sobre las alturas de las nubes, me haré semejante al Altísimo.” Sin embargo, has sido derribado al Seol, a lo más remoto del abismo. (Is. 14:13-15)

Ésta es la inutilidad máxima de la voluntad propia y la ceguera suprema del orgullo que la incita. Satanás se embarcó a la tarea de absoluta autodestrucción, y ésta ha sido copiada enfermizamente por el ser humano desde entonces. ¡Qué gran tontería! ¡Tamaño necedad! Negarse a rendir el corazón a la superioridad de Dios sobre uno mismo y a la indisputabilidad de Su derecho a exigir nuestro incondicional amor, lealtad, adoración y obediencia a Él, de manera incondicional e incuestionablemente, no es nada menos que **elegir la autodestrucción**.

Hay Solamente Dos Opciones

Cuando Él creó los seres morales con la capacidad de elegir y el derecho a decidir, Dios permitió el principio del gran conflicto de elección que ha existido desde entonces, tanto en los cielos como en la tierra: ese conflicto es “¿yo o Él?”

Decimos que Él “permitió” el inicio del conflicto porque, el darle a un ser moral la posibilidad de escoger y la capacidad de decidir no es necesariamente, en sí mismo, causa de conflicto ya que en absoluto existe conflicto siempre y cuando nuestra elección sea Él. La capacidad de elección, no es mala en sí misma. La existencia de la voluntad en sí misma no es mala. Solamente cuando se hacen elecciones equivocadas es que hay rebelión y pecado; y hay sólo **una** elección correcta para hacer siempre: **Él**.

Dios no les dio ni a los hombres ni a los ángeles la posibilidad de elegir por ninguna otra razón excepto la de elegirlo libremente a Él. El regalo de la voluntad dado por Dios a los hombres y a los ángeles fue hecho con un solo propósito: para que tuviesen la bendita oportunidad y el glorioso privilegio de elegirlo a Él. El propósito de Dios no era que lo rechazaran. ¡Qué inconcebible sería que alguien lo hiciera! Y aun así, hasta con la mirada retrospectiva a los miles de años de observación de los devastadores resultados de las malas elecciones... ¡el hombre sigue todavía haciendo lo mismo todos los días!

Básicamente, hay solamente dos alternativas en todo momento: Dios o yo. Hemos identificado esto como el mayor conflicto de las edades, en el cual participa todo ser moral. Cuando Adán cometió el primer error de elección en nombre de la humanidad, cediendo a la voluntad propia en vez de hacerlo a la voluntad de Dios, murió para Dios, su naturaleza se hizo pecaminosa y corrupta y su voluntad quedaría esclavizada: sujeta a sí mismo – eso es, esclavizada al pecado – y con rumbo a la destrucción eterna. Todos los hijos de Adán sin importar su grado de educación, riqueza, linaje o preparación religiosa **siempre** harían la misma decisión: egocéntrica. El hombre, por sí mismo, nunca escogería a Dios. ¡Nunca! Su voluntad está esclavizada.

... porque el hombre nace para la aflicción, como las chispas vuelan hacia arriba. (Job 5:7)¹

Es a esta patética criatura a la que viene el Espíritu Santo en el Nuevo nacimiento y por un increíble milagro de orden divino da vida donde había muerte y da libertad

¹ver también Ec. 7:20; Sal. 51:5; 58:3; Ro. 5:12; 3:10

donde había esclavitud, restaurando una vez más en el hombre la capacidad para elegir. Por ese medio, el cristiano llega a ser un recipiente de esa gran y bendita capacidad de poder elegir la voluntad de Dios.

Nunca hubo, ni habrá jamás, mayor privilegio otorgado al hombre que éste para escoger libremente la voluntad de Dios. Tampoco existe mayor placer para el hombre que le resulte escoger libremente la voluntad de Dios. Elegir hacer Su voluntad es disfrutar de Él. Elegir hacer Su voluntad por siempre, significa deleitarse en Él para siempre. Hemos sido creados para eso. Rechazar la voluntad de Dios es rechazarlo a Él, odiarlo a Él; significa escoger más de la muerte y la desgracia que ha sido la perdición del hombre desde la caída de Adán.

No fuimos creados para rechazar a Dios. Fuimos creados para obedecerlo a Él y para gozarnos en Él para siempre. Elegir hacer la voluntad de Dios es nada menos que amarlo a Él y es nada menos que escoger la vida. Su voluntad es nuestra vida y nuestro amor por Él. Es lo mismo: amarlo a Él es hacer Su voluntad, es dejar que Su vida brote dentro nuestro y por medio nuestro; es amarlo y participar de Su amor hacia nosotros. “Vivir es Cristo”. Éste es nuestro llamado. Éste es nuestro deleite en Él. Ésta es la comunión que tenemos con Él. Ésta es nuestra unión con Él. Ésta es nuestra participación en Su vida. Esto es permanecer en Él y Él en nosotros. Ésta es la vida “oculta con Cristo en Dios”.

Por otro lado, así como el cristiano es libre para hacer la voluntad de Dios, también lo es para escoger libremente seguir eligiendo el yo, como lo ha venido haciendo toda su vida, antes de la conversión. Pero, quienes persisten en tomar esta decisión, sin contrición o arrepentimiento, y desprecian al Hijo de Dios cuyo sacrificio hizo posible nuestra salvación del yo, del pecado y de la destrucción, son mencionados en el Nuevo Testamento con una severidad que no tiene paralelo en toda la Biblia:

... es imposible que los que... recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, puesto que de nuevo crucifican para sí mismos al Hijo de Dios y lo exponen a la ignominia pública. (He. 6:4, 6)

Les ha sucedido a ellos según el proverbio verdadero: El perro vuelve a su propio vómito, y: La puerca lavada, vuelve a revolcarse en el cieno. (2 P. 2:22)

Porque si continuamos pecando deliberadamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda sacrificio alguno por los pecados, sino cierta horrenda expectación de juicio, y la furia de un fuego que ha de consumir a los adversarios. (He. 10:26-27)

...pero si produce espinos y abrojos no vale nada, está próxima a ser

maldecida, y termina por ser quemada. (He. 6:8)¹

Ahora bien, recuerde que no es la religiosidad externa de las palabras o las obras lo que indica que usted, necesariamente, esté caminando con Dios, sino sus elecciones internas de la voluntad de Dios sobre la voluntad del yo y que la realidad de la vida y la comunión con Dios, permanezcan en usted.

No es necesario decir que quienes están viviendo abiertamente en pecado y rebelión no pueden hacer ningún reclamo de vida eterna,² pero tampoco pueden hacerlo quienes **en sus corazones** no han rendido sus vidas a Dios, no importa cuán justos parezcan ser exteriormente.

Trágicamente, muchos cristianos profesantes piensan que son salvos y que están justificados ante Dios, meramente, basándose en la identificación externa con el cristianismo, o con alguna doctrina, o iglesia. Su despertar a la verdadera condición en la que se hallan ante Dios será, en el último día una ruda verdad:

No todo el que me dice: “Señor, Señor”, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: “Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?”

*Y entonces les declararé: “**Jamás os conocí**; apartaos de mí, los que practicáis la iniquidad (Mt. 7:21-23)*

En el último día, su apariencia externa religiosa no va a contar ante Jesús. Sólo una cosa es aceptable para Dios y ésa es la entrega interior y el rendirse a Él; sin eso, hasta sus más justas palabras y obras son como trapos inmundos a Su vista. Sin Su vida viviendo en y a través suyo, usted no puede hacer nada que no sea pecado ante Sus ojos.³

El joven rico del evangelio vivía una vida de completa obediencia a lo que le habían enseñado de la Palabra de Dios.⁴ Él pensaba que había guardado todos los mandamientos desde su juventud. A la vista de los demás hombres, su vida era recta y santa y seguramente se merecía la cálida aprobación de Dios. A pesar de ello, Jesús le dijo al joven que le faltaba “una cosa”, y que esa única cosa era tan indispensable que la

¹ver también Mt. 24:48-51; 1 Jn. 5:16

²Ef. 5:5-7; 1 Co. 6:9-10; Ga. 5:19-21

³Is. 64:6; Jn. 15:4-5

⁴Lc. 18:18-25

falta de ella podría evitar la entrada del hombre al reino eterno de Dios. Esa cosa que le faltaba era la entrega a Dios. Lo único que le faltaba era la rendición completa de su vida – con todo lo que incluía – desde su corazón a Dios. Y la carencia de **una** cosa evitó que este hombre ganara la vida eterna, más allá de las innumerables obras exteriores de justicia que había realizado en toda su vida.

Querido amigo ¡entréguese a Dios! No se engañe pensando que está bien con Dios y que está yendo al cielo como a su morada eternal, sin haber entregado su vida completamente a Jesús. Jesús tiene que ser auténticamente **Señor**, no sólo de palabra.

Aquí es donde viene el orgullo, y es aquí donde entra la trampa de la religión del hombre. El orgullo es tan extremadamente sutil y la religión es un aliado tan poderoso que el yo, en sus esfuerzos por mantenerse vivo y en control de su vida, recurre a ellos en busca de ayuda. En vez de rendirse a la negación y la crucifixión, el yo se hace religioso y adopta la forma externa de la piedad y la espiritualidad, mientras que no cede del todo a la obra interna de Dios, y no de ninguna manera le obedece en amor a Su verdad. De esta manera se edifica una apariencia externa de Verdad mientras que, interiormente, el corazón nunca se ha rendido a Dios.¹

Vigorosamente apuntalado y defendido por el auto justificado orgullo, esta fachada religiosa es una fortaleza difícil de penetrar y lo resiste todo, excepto la más poderosa artillería del mover del Espíritu Santo. No se puede discutir la rendición o razonar sobre la entrega total. Ciertamente, va a estar de acuerdo con cualquier discurso religioso pero no va a dejar ni a un centímetro de cabida para la entrega a Dios.

Analice a los principales sacerdotes y a los escribas de la época de Herodes, quienes conocían la Palabra de Dios lo suficiente como para poder dirigir a los sabios hombres del Este al lugar del nacimiento del Mesías, pero, aun así, ¡ellos mismos nunca hicieron el camino para postrarse a Sus pies! A los ojos de los hombres, eran reconocidos como líderes religiosos entendidos, pero en sus corazones no querían conocer a Dios, o rendirse a Aquel “que va a **gobernar** a mi pueblo Israel”, por eso, nunca lo buscaron. Cuando finalmente lo vieron después que hubo venido a ellos, no sólo que “no lo recibieron” sino que lo **odiaron**, y cerraron sus oídos y sus ojos a Él rechazándolo absolutamente. “**No** vamos a permitir que este hombre nos gobierne.”²

Igualmente, Pilato contempló la misma Verdad y aun así redujo la experiencia a un debate y a preguntas filosóficas: “¿Qué es la verdad?” **Profesó** estar buscando la Verdad, pero obviamente, no era con sinceridad.

O analice a Saulo quien, antes de su conversión fue instruido a los pies del reconocido maestro de la Palabra, Gamaliel, y fue “enseñado estrictamente conforme a la ley de nuestros padres”. Saulo era “hebreo de hebreos, en cuanto a la ley, fariseo... en

¹ver Mt. 23:25-28

²Mt. 2:1-6; Lc. 19:14; Mt. 13:15; Jn. 5:40; 1:11; 15:24; 3:20; Is. 53:3; Hch. 28:27

cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable”.¹ Y sin embargo él persiguió ferozmente a los seguidores del mismo Dios de su amada ley y cuando, finalmente, él mismo se encontró con el Dios **acerca del cual** había estudiado toda su vida, su respuesta fue: “¿Señor, tú quién eres?”²

Tenga presente para quienes vino Jesús: los que lo rechazaron. Fue Israel – la nación escogida por Dios – el único pueblo sobre la faz de la tierra con la verdadera revelación de la Palabra de Dios.³ Israel “tenía la Palabra” externamente, en apariencia, pero no era una realidad interna.

A algunas de las personas más piadosas externamente en Sus días, Jesús las llamó ¡”mentirosas”, “asesinos” e “hijos del diablo”! Jesús dijo que estos hombres eran “justos en su apariencia externa pero que por dentro... estaban llenos de hipocresía e iniquidad.”⁴ Estos eran los líderes religiosos de aquellos días, lo mejor que tenía para ofrecer la comunidad religiosa. Externamente se habían adaptado a los estándares religiosos aceptados en su época y en su lugar, pero internamente, nunca se habían entregado a Dios. Exteriormente, habían adquirido todos los hábitos correctos, los códigos en cuanto a la vestimenta, y la manera de hablar, pero en sus corazones nunca habían abandonado el ego a cambio de la voluntad de Dios. Conocían la Palabra de Dios y hasta eran capaces de enseñarla a otros,⁵ aunque a Dios, no lo conocían. Ellos mandaban a los demás a obedecer la Palabra de Dios pero cuando Dios **mismo** venía a ellos lo rechazaban por completo.

*¡Hipócritas! Bien profetizó Isaías de vosotros cuando dijo: “Este pueblo con los labios me honra, pero su corazón está muy lejos de mí. (Mt. 15:7-8)”*⁶

Estos hombres, las autoridades espirituales de su generación, nunca se habían sujetado a Dios. Nunca habían sido verdaderamente cambiados. No elegían hacer la voluntad de Dios. No amaban a Dios. No conocían a Dios. Nunca habían llegado a tener comunión con Dios. No eran salvos. No estaban justificados ante Dios. Pero, he aquí el

¹Hch. 22:3; Fil. 3:5-6

²Hch. 9:5

³Sal. 147:19-20

⁴Mt. 23; Jn. 8

⁵Mt. 23:1-3

⁶ver también Sal. 78:36-37; Ez. 33:31-32

engaño: **¡ellos pensaban que lo eran!**

El autoengaño religioso es la manera más terrible de engaño posible y para muchos es la más **difícil** de liberarse, primordialmente, porque en lo más profundo de sus corazones **¡la quieren y hasta la han escogido!**

¿Esto ha sucedido en su vida, querido cristiano? ¿En algún grado? La señal indicadora de este terrible estado de separación de Dios no es el abandono externo de la religión ¡de ninguna manera!. Es la falta en su vida de la Presencia y la comunión con Dios.

En el capítulo treinta y tres de Éxodo, en respuesta al pecado y orgullo de Israel, Dios hizo que Moisés sacara el tabernáculo, lugar de encuentro con su pueblo, y que lo dejara “fuera” del campamento.¹ Piense en esto: un pueblo que llevaba el nombre del verdadero Dios en medio de un mundo lleno de ídolos y falsos dioses; un pueblo que seguía recibiendo la provisión sobrenatural en forma de alimento del cielo y agua de las rocas; un pueblo que acababa de ser liberado de manera sobrenatural de manos de sus enemigos, abriendo las aguas del Mar Rojo; un pueblo que disfrutaba de la milagrosa protección y guía de Dios en forma de columna de nube de día y llama de fuego de noche; un pueblo que dejaba una vida de esclavitud en Egipto sin siquiera un solo signo de enfermedad en ninguna persona entre todas las tribus; un pueblo que había retenido las propias palabras de Dios escritas con el dedo de Dios en tablas de piedra; un pueblo que habitó con el hombre más manso que haya vivido sobre la faz de la tierra y un profeta tan grande que se dijo que el Mesías era un profeta como él; un pueblo que había visto las asombrosas obras y el esplendor del Creador, un pueblo con señales externas de estar bien con Dios, **¡pero sin embargo un pueblo cuyo Dios moraba lejos!**

Querido hermano o hermana, la prueba de su fe no está en el hecho de que a usted lo llamen “cristiano”.² Tampoco está en el hecho de que usted haya sido muy bien instruido en la Palabra de Dios;³ o porque puede citar las promesas de Dios; o porque parece disfrutar de comodidad y facilidades, o porque ve milagros de sanidad de vez en cuando, o porque se identifica con alguna iglesia o movimiento espiritual, o porque profetiza, o da de comer a los pobres; o porque está bajo el ministerio de algún gran hombre de Dios, o porque usted ha leído y aprueba las experiencias de otros grandes santos de Dios.

No se conforme con ninguna de estas cosas, “porque os digo que Dios puede

¹Hch. 7:39; Ex. 33:3, 7

²Ap. 3:1

³ver Ro. 2:17-23

levantar hijos a Abraham de estas piedras”.¹ La única certeza verdadera de vida eternal está en el hecho de su diaria sumisión y rendición a Jesucristo como Señor y Dios de su vida, y como el objeto de su amor y comunión interna. Como dijo Finney, es el “estado de entera y universal devoción a Dios lo que constituye la verdadera religión.” La evidencia de la salvación no es las obras religiosas externas, sino la entrega interna a Dios y la experiencia de la comunión de amor con Él.²

El gran obstáculo para tener comunión con Dios en su vida es la voluntad propia, el gran vigorizador de la voluntad propia es el orgullo, y el gran manto que los cubre es la religión del hombre.

¹Mt. 3:9

²Por supuesto que, esta voluntad, a su vez, produce obras aceptables de justicia.

CAPÍTULO DOCE

LO IMPERIOSO DE LA COMUNIÓN

... a quien sin haberle visto, le amáis, y a quien ahora no veis, pero creéis en Él, y os regocijáis grandemente con gozo inefable y lleno de gloria... (1 P. 1:8)

Esta vida no es, fundamentalmente, el tiempo para recibir el máximo galardón sino que es un período de prueba, de juicio y tribulación.¹ No gozamos de nuestra corona perfecta en esta vida sino en la eternidad.

Finalmente vamos a descansar y estaremos en paz en la eternidad. Aquí descansamos en medio de la batalla. Aquí estamos en paz en medio de la tormenta.²

De la misma manera, la **plenitud** de nuestro conocimiento de Dios, no la vamos a vivir de este lado del velo.

Porque ahora vemos por un espejo, veladamente, pero entonces veremos cara a cara; ahora conozco en parte, pero entonces conoceré plenamente, como he sido conocido. (1 Co. 13:12)

Vamos a alcanzar el total conocimiento de Cristo en la próxima vida, ya sea después de la muerte o en el rapto. En esta vida sólo podemos poseer las “primicias del Espíritu”. La plenitud está por venir.³

Sin embargo, permanece la verdad de la gran promesa de Dios que constituye la vida cristiana, que amamos y disfrutamos de Dios y que Él nos ama y disfruta de nosotros **AHORA** así como en la eternidad. Es una parte central en el plan de Dios que **sí** lo vivenciamos y lo conozcamos a Él, aquí y ahora. Ciertamente, va a ser **sólo** por nuestra comunión con Jesús que podremos vencer pruebas y tribulaciones.

Dios no nos pone las tribulaciones en esta vida para ver si podemos vencerlas **sin** Él, sino para que las podamos vencer **con** Él. Los sufrimientos de esta vida – por medio de tentaciones, pruebas, persecuciones, y aflicciones – no son para soportarlos separados de Dios sino para vencerlos **por medio** y **en** Él. Recién entonces serán de beneficio eterno para nosotros.

Existe cierta obra que **sólo** puede ser lograda en nosotros durante esta vida. No

¹Job 7:17-18; Sal. 66:10

²Jn. 17:15; 16:33

³Jn. 14:3; 2 Co. 5:6-8; Fil. 1:23; 1 Ts. 4:17; 5:10; Ro. 8:23

hay sufrimiento en el estado eterno de los justos. Tampoco allí hay dolor. Tampoco existen allí preguntas sin respuesta. No hay tentación, pecado ni diablo en la Nueva Jerusalén. Allí no existe tampoco la voluntad propia ni la rebelión. Allí no hay división en las iglesias, malos entendidos o pugnas. Esas cosas son sólo obstáculos para nosotros aquí y ahora, en esta vida. Por lo tanto, aunque, definitivamente, estaremos aprendiendo e incrementando nuestro conocimiento de Dios por toda la eternidad, la única oportunidad que tenemos de vencer estos adversarios en particular son **en esta vida**.

La Necesidad de los Sufrimientos

Podemos identificar dos propósitos para el sufrimiento en la vida: uno es hacia el hombre y el otro hacia Dios. Hacia el hombre, el sufrimiento nos capacita para sentir empatía por la sufriente humanidad. Analice al mismo Dios, aunque Él es perfecto e infinito amor desde la eternidad, sin embargo tuvo que cargar sobre sí mismo la naturaleza humana para poder sufrir y para ser tentado como hombre, cuyas experiencias a su vez, le permitieron “socorrer” y “tener compasión” de la debilitada humanidad.¹ ¿Podría ser diferente con nosotros? Aunque nuestro corazón pudiese estar lleno de amor y misericordia por la gente que nos rodea, hasta que no hayamos padecido los sufrimientos que ellos padecen, nunca comprenderemos su condición o sentiremos verdadera empatía con ellos. La falta de preocupación por la terrible situación de quienes nos rodean puede que no sea, necesariamente, el reflejo de falta de “amor” sino, sencillamente, nuestra falta de experiencia de tales sufrimientos; es por eso que nuestro sufrimiento es **necesario**.

Más aun, al volver nuestros corazones completamente a Dios para obtener Su fortaleza en momentos de sufrimientos, y **recibir**, verdaderamente, de Él el consuelo y la fuerza, vamos a tener almacenado consuelo espiritual y poder del que podremos sacar para darles a los demás en momentos de necesidad. “Así que en nosotros obra la muerte, pero en vosotros, la vida.”² Cuando realmente la muerte está obrando en nosotros, es que la vida de Jesús fluirá de nosotros para darla a los demás. Si nunca hemos recibido esta clase de consuelo de Dios en momentos de adversidad, será en vano tratar de ministrárselo a otros. Sólo les podremos dar a los demás lo que primero hayamos recibido. Por lo tanto, es evidente que sin la unión con Cristo en Su sufrimientos, Dios nunca puede usarnos para ser de completa bendición para otras personas, y eso, a pesar de toda la pericia religiosa y la práctica que podamos poseer.

Por lo tanto, estemos dispuestos a colocar nuestra vida en Sus manos, donde Él

¹He. 2:18; 4:15; 5:1-2

²ver 2 Co. 1:4; 4:12

podrá rompernos como las cinco hogazas de pan. Recuerde que fue **después** que Jesús hubo partido el pan que pudo distribuirlo para alimentar a la multitud.

Entonces, hacia Dios, el sufrimiento nos da la oportunidad de “aprender obediencia” hacia nuestro Padre celestial de forma tal que no la obtendríamos jamás de otra manera. Es fácil obedecer a Dios cuando las cosas van bien, pero cuando se levanta la persecución en nombre de la Palabra y la justicia, tenemos la primer oportunidad de practicar la devoción y la obediencia a Dios que hemos declarado con anterioridad.

Es fácil decir que amamos a Dios por Sí mismo cuando todo sale bien. ¿Y si nos cuesta todo – nuestras propias metas, ambiciones y comodidades, o hasta la vida – servirlo a Él? ¿Lo seguiríamos amando por Él mismo?

También es fácil decir que confiamos en que Dios suple todas nuestras necesidades cuando no necesitamos más que nuestras habilidades para satisfacerlas. Solamente en dificultades, enfermedad, malos entendidos o problemas es cuando tenemos la oportunidad de **probar** la fe.

De nuevo, es fácil declarar firmemente – y siempre muy piadoso – nuestra disposición teórica a morir como mártires por el Señor, pero ¿cuán alto levantamos la voz para agradecerle cuando Él nos da la oportunidad de morir, no sólo una vez, sino **diariamente** – a nuestros deseos personales, puntos de vista, ideas y sentimientos – en beneficio de nuestros hermanos en Cristo?

Entonces, nuestros sufrimientos, pruebas, y adversidades nos dan la **oportunidad** de ser fieles a Dios; y sin estas oportunidades nuestra fidelidad, o falta de ella, nunca quedaría revelada.

Los músculos necesitan resistencia para crecer fuertes. Sólo después que empiezan a doler es que se forman. La madera muerta que se encuentra debajo de la tierra necesita una **gran** presión para transformarse en carbón, lo que es útil. Y con aún más de presión se llegan a formar los diamantes. De la misma manera, nuestro carácter espiritual debe tener oposición y resistencia para que madure. Se debe sufrir. La presión debe sobrellevarse. “Sin conflicto, no hay carácter.” “Sin lucha, la vida es débil.” Creemos espiritualmente venciendo las tentaciones y las pruebas. Es a través del sufrimiento, en todas sus formas que tenemos la oportunidad de aprender a obedecer a Dios y ser perfeccionados por Él. Por eso es que el sufrimiento y la tribulación nos maduran, perfeccionándonos y completándonos ante Dios y haciéndonos partícipes de Su gloria.¹

Pero las tribulaciones y los sufrimientos no sólo **perfeccionan** a algunos cristianos – sino también **destruyen** a otros. El mismo fuego que temple la hoja de la espada también derrite y consume otros metales. La presión de la tierra que transforma algunas maderas en carbón, el que arderá como testimonio del Autor de esa

¹cf. He. 2:10-11; 5:8-9. Si el Hijo de Dios fue madurado a través de los sufrimientos ¿de qué otra forma sería con nosotros?

transformación, también destruye otras maderas hasta hacerlas polvo.¹

El que caiga sobre esta piedra será quebrantado, y desmenuzará a cualquiera sobre quien ella caiga. (Mt. 21:44)

Por lo tanto, no es el sufrimiento en sí mismo el que transforma o destruye: es nuestra reacción lo que hace la obra.

Recuerde entonces que los padecimientos serán instrumento de transformación y perfeccionamiento siempre y cuando usted responda a ellos de manera correcta. Si usted se escapa, si se lamenta amargamente y se compadece de usted mismo, si hace todo lo posible por evitarlo y si, en general, lo menosprecia, entonces, usted ha descartado uno de los mayores propósitos de esta vida.

La intención de Dios al permitir la tribulación es para que usted abandone toda esperanza y confianza en su propia fuerza y en su propia manera de hacer las cosas y en las cosas de esta vida que lo sustentan y se entregue más enteramente a Jesús y a Su maravillosa gracia. Si por propia voluntad usted se somete a su fiel Creador regocijándose en todo lo que Él permita que se le cruce en su camino,² sabiendo que todo es para una mayor participación en Su máxima gloria, entonces, usted habrá aprendido el sentido de su vida aquí en la tierra.

También habrá empezado a comprender la respuesta al gran misterio de por qué Dios no echó a Lucifer al lago de fuego eterno al principio, en el momento de su rebelión,³ así como por qué Dios no se lo llevó a usted a su hogar eterno en el momento en que fue salvo. Verdaderamente, esta vida es corta pero tiene un profundo significado. Entonces, acepte el hecho de que el propósito de Dios en esta vida no sea su comodidad temporal y las bendiciones sino su transformación eterna y Su gloria eterna. Su vida en esta tierra es el fundamento de su vida en la eternidad. Vea sus tribulaciones y padecimientos bajo esta luz y se dará cuenta que no están obrando en su **contra**, para destruirlo, sino a su **favor**, para perfeccionarlo.

*Pues esta aflicción leve y pasajera **nos produce un eterno peso de gloria que sobrepasa toda comparación, al no poner** nuestra vista en las cosas que se ven, sino en las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas. (2 Co. 4:17-18)*

¹Mt. 21:44

²1 Ts. 5:18

³La respuesta es que el diablo no es más que un instrumento en manos del Soberano Dios para cumplir Su propósito (Pr. 16:4). Cuando Dios termina finalmente con el diablo es que lo saca – para siempre.

Los sufrimientos obran para usted **porque** Dios está de su parte y Él está en control de todas las cosas. Él es el Gran Arquitecto de su vida y su tiempo, especialmente, de sus sufrimientos. Siempre recuerde que Dios está a su **favor**. Él ya ha demostrado la realidad y la extensión de Su amor por usted al darse a Sí mismo. ¿Qué mayor amor que éste, y qué mayor prueba necesita de Su amor? Y debido a que Dios está de su parte, todas las circunstancias que Él permite, de una u otra forma, son **para** usted, **siempre y cuando** usted responda de la manera correcta.¹

¡Entonces, no desperdicie las pruebas y tribulaciones, fallando! ¡No derroche las tentaciones cediendo a ellas! ¡No haga mal uso de sus sufrimientos y persecuciones tropezando en ellos! ¡No maneje mal sus aflicciones murmurando y quejándose de ellas! Aprenda a ser obediente en los padecimientos. Sea “perfecto” – completo y maduro – por medio de los sufrimientos. No habrá oportunidad de conquistar nada del otro lado del velo: **¡para siempre!** La profundidad de la madurez que usted alcance en esta vida al conquistar la tentación y las adversidades por medio de Cristo y aprendiendo la obediencia durante el período de padecimiento, será suya eternamente. Una vez que se acabe esta vida, nunca más tendrá la oportunidad de profundizar con Dios, al menos a este respecto.

Entonces, sométase a Dios. La única cosa de importancia vital en períodos de sufrimiento **no** es que tenga respondidas todas sus preguntas,² sino que se someta a Dios. Él no tiene que explicarle sus sufrimientos. Él quiere que usted confíe en Él. Los “por qué” no son importantes.³ De hecho, hay períodos en que sería perjudicial para su transformación eterna el tener contestadas todas las preguntas, más que si quedaran, por el rato, sin respuesta.

Por lo tanto, confíe en Él. Confíe en Él sin explicaciones. Confíe en Él sin importar lo que Él permita.⁴ Esté seguro que Él ha arreglado sus circunstancias de acuerdo a Su perfecta e infinita sabiduría. Usted no podrá comprender todas estas cosas ahora, pero cuando finalmente se pare en Su monte santo y observe la gran extensión de su vida – verdaderamente, cuando esté por encima del vasto panorama de toda la historia humana – alabará y exaltará al Único que, con infinita sabiduría, entretejió un

¹Ro. 8:28-39

²Tampoco es lo más importante que usted sea liberado, necesariamente, del sufrimiento. Es más, hay momentos en que Dios hasta **rehúsa** liberarlo por cierto período (2 Co. 12:7-9; Mt. 26:39-42)

³A no ser, claro, que la causa de su sufrimiento en una instancia particular sea la mano **disciplinaria** de su amante Padre celestial en cuyo caso, naturalmente, Él quiere que usted comprenda la razón del sufrimiento.

⁴Job 13:15a

tapiz tan magnífico y perfecto; Aquel que, con supremo amor, unió las piezas de un tal mosaico, intrincado y grandioso.

Todo está en Sus manos. Él reina sobre todo. ¿Y no se alegra que sea así? Porque si dependiera de usted regir los asuntos de este mundo y de los hombres – y, especialmente, los suyos – ¡seguramente que haría un gran embrollo!

Pero Jesús es perfecto y Su gobierno es perfecto. Él solo puede lograr hacer que todas las cosas salgan bien para quienes lo aman. Confíe en Él sabiendo que Él lo ama con perdurable amor, sabiendo que usted está a salvo bajo sus alas, sabiendo que no falta más que un breve momento hasta que vea Su adorable rostro – finalmente, va a contemplar la belleza de Aquél a quien ha amado; finalmente caerá ante Él y lavará esos preciosos pies atravesados por los clavos, con sus lágrimas.

En ese momento de transición, en ese instante de paso de este mundo a la eternidad, usted va a comprender el motivo por el cual Él permitió las cosas que permitió en la tierra. Por ahora vemos a través de un espejo empañado pero entonces lo haremos cara a cara; ahora conocemos en parte, pero entonces conoceremos como somos conocidos. Una sola Mirada a ese amado rostro, una Mirada a esos ojos, esas “fuentes de amor vivo”, sobrepasarán ampliamente el poder de un millón de palabras de explicación de las cosas de esta vida. “Todo habrá valido la pena cuando vea a Jesús.”

Qué momento será ése. Y qué gran revelación. ¡Cómo nos regocijaremos y gritaremos! ¡Cómo saltaremos y danzaremos! En ese instante, cuando el velo caiga de nuestros ojos, veremos que Él ha gobernado **perfectamente** Su mundo. Desde ese punto privilegiado veremos todo el panorama espiritual completo, cada detalle aparecerá en su apropiada dimensión ordenada por Dios. Comprenderemos con cuanta compasión y sabiduría Él dirigió Su universo. Veremos cuan maravillosamente Él ha hecho **todas** las cosas para que obren para bien para nosotros y para Su gloria.

Ciertamente, Él borrará toda lágrima con esa revelación. Nos regocijaremos cuando nos demos cuenta que por Su gracia no nos dimos por vencidos cuando nos pasaron las cosas más negativas. Cuán agradecidos estaremos de que, a pesar de no comprender las cosas que sucedían, cosas que no tenían ningún sentido para nuestra poca visión intelectual, aun así no nos entregamos al desaliento o la autocompasión, sino que levantamos los brazos caídos y enderezamos las rodillas debilitadas y comprometimos nuestra vida de nuevo a nuestro Creador tan fiel, poniendo los hombros una vez más para llevar la carga que Él nos daba.

Cuán agradecidos debemos estar que, por Su gracia en nuestras vidas, dejamos que todas las cosas nos acercaran a Él, y que por el mover de Su Espíritu Santo en nuestros corazones no permitimos que **nada** nos separara de su eterno amor. ¡Qué contentos debemos estar por haber vuelto nuestro corazón por completo a **Él** en los períodos de mayor dificultad y angustia para amarlo y conocerlo más plenamente aún y para adorar a Aquel que reina en los cielos y la tierra; quien controla los corazones, los asuntos y las vidas de todos los hombres; quien hace, y hace perfectamente lo que **Él**

quiere en las huestes celestiales y entre los habitantes de la tierra!

¡Qué gran cosa es ser cristiano! Qué maravilloso es saber que nuestro Padre celestial nos ama y se preocupa por nosotros con un interés infinito. Saber que Él tiene numerado cada cabello de nuestra cabeza. Que sin excepción, **no** hay accidente con Él. Que cada paso que damos está ordenado por Él. Que su amor por nosotros es un amor duradero.

Confíe en Él. Él es perfecto en sabiduría y nos ama incondicionalmente. Acérquese a Él ahora. Permita que lo tome de la mano y lo lleve. Confíe en Él sin aclaraciones. Diga con Jesús: “La copa que el Padre me ha dado, ¿acaso no la he de beber?”¹ Tolere el sufrimiento divinamente ordenado para usted sin cuestionamientos ni murmuraciones reclinándose sobre Su brazo fiel que lo sostiene. Y entonces, cuando todo haya acabado usted contemplará, deleitado, la grandeza y la Gloria de la obra que permitió que Él lograra realizar en su vida.²

Como ya hemos dicho, esto es parte del sentido de la vida y es la razón por la cual es imperioso acercarse a Jesús ahora y no tan solo dejar que su relación con Él se inicie en la próxima vida.

Pues esta aflicción leve y pasajera nos produce un eterno peso de gloria que sobrepasa toda comparación, (2 Co. 4:17)

Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si en verdad padecemos con Él a fin de que también seamos glorificados con Él. (Ro. 8:17)

Si Sufrimos con Él, También Reinaremos con Él

Muchos cristianos saben que hay diferentes grados de recompensas para los justos en la eternidad.³ Pero por difícil que sea para quienes están conformes y contentos con un Sion fácil, también es una gran verdad que la medida de nuestra Gloria eternal con Jesús estará determinada, no por las bendiciones recibidas en esta vida, no por las prácticas religiosas que hayamos logrado, sino por los **sufrimientos con Jesús** que hayamos experimentado mientras estuvimos en la tierra.

¹Jn. 18:11

²1 P. 1:7

³1 Co. 15:41-42; He. 11:35

Los que anden con Jesucristo **van** a sufrir.¹ Quienes reinen con Jesús en Su trono por la eternidad serán aquellos que hayan sufrido mucho.² Quienes hayan conocido profundamente a Jesús, también habrán conocido profundamente sus sufrimientos. Quienes hayan experimentado el poder de Su ascendente gloria, primero habrán soportado el peso del sufrimiento que la precede.³

El camino de Dios siempre ha sido un camino de conflicto y angustia. Su sendero lleva siempre primero al madero de la flagelación y de allí a la cruz.

...y conocerle a Él, el poder de su resurrección y la participación en sus padecimientos, llegando a ser como Él en su muerte, (Fil. 3:10)

Si usted no conoce la clase de sufrimiento de la que estamos hablando, puede ser que se deba a que usted todavía no haya empezado a caminar al lado de su Señor. Pero si usted se dispone a buscarlo y a venir a Su Presencia, entonces, encontrará esa santa Presencia que lo guiará, no sólo a un gozo, gloria y esplendor inefable sino a una oscura sombra de sufrimiento debajo de Su cruz. Pero no tema porque en esa sombra no va a quedarse solo. Y será en esa sombra en la cual usted va a tener una experiencia con Cristo en toda Su plenitud.

Aunque pase por el valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo; tu vara y tu cayado me infunden aliento. (Sal. 23:4)

A diferencia de las inestables relaciones humanas, las cuales, con mucha frecuencia se disipan en momentos de dificultades, nuestra relación con Jesús va a soportar todas las cosas. Él es “un amigo que está más cerca que un hermano”. Él siempre va a estar con usted, hasta – o debiera decir, **especialmente** – en los momentos extremos. “**Nunca** los dejaré ni los abandonaré.”⁴ Usted descubrirá que el Señor no es solamente Dios de los montes sino que Él es Dios de los valles.

Además, es en el preciso momento de dolor cuando Su Presencia estará más cerca que nunca.

¹Hch. 14:22; Jn. 15:18-20; Fil. 1:29; 2 Ti. 2:12; 3:12; 1 Ts. 3:3-4; 2 Ts. 1:4-5; 1 P. 5:10; Ap. 2:10; Mt. 5:10-12

²ver Mt. 20:20-22

³1 P. 1:11; 4:12-13

⁴Pr. 18:24; He. 13:5c; ver también Sal. 46:1

Sabiendo que como sois copartícipes de los sufrimientos, así también lo sois de la consolación. (2 Co. 1:7)

En todos nuestro sufrimientos, padecemos **con** Jesús;¹ y no tan solo en el sentido de compartir los mismos sufrimientos que Él padeció sino, más que eso. Sufrimos **con** Él. Él está **con** nosotros, manifestando su Ser cuando sufrimos.² Son muchos los testimonios a lo largo de los siglos de santos que fueron cruelmente encarcelados, golpeados, torturados, flagelados y quemados vivos, quienes, en medio de tales experiencias sintieron tan intensamente a Dios que hasta el dolor físico quedó anulado.

De la misma manera, Jesús en la cruz, en el momento de mayor tribulación y sufrimiento experimentó la compañía de Su Padre. Él no quedó separado del Padre mientras colgaba del madero sino que sintió su Presencia:

Porque David dice de Él [i.e., Jesús en la cruz]: Veía siempre al Señor en mi presencia; pues está a mi diestra para que yo no sea conmovido. (Hch. 2:25)³

Cuando Jesús, en Marcos 15:34, clamó: “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?”, el significado no era que había una terminación, hasta por un corto momento, de Su comunión interna con el Padre. Esas palabras significan que el Padre tenía que **dejar** a Su Hijo morir. El Padre estaba **permitiendo** que el Hijo sufriera y muriera en manos de hombres pecadores para pagar la penalidad por los pecados de la humanidad. **En ese sentido** quedó “desamparado”.

Jesús fue perfecto y justo; y, a menos que el Padre, deliberadamente, lo hubiese permitido, Él no hubiera podido sufrir y morir. Ésa fue la naturaleza del desamparo: el desamparo de Dios de Su Hijo en el sentido en que permitió que pasara por ciertas circunstancias que de otra manera Él nunca hubiera experimentado; circunstancias de las que Su Padre podría haber liberado a Su justo Hijo. Las palabras de Jesús no implican, de ninguna manera, una separación de Su relación espiritual y la comunión interna con Su Padre. Él siempre estuvo en comunión con el Padre. “El Señor siempre está delante de mí.” Durante todo el tiempo de la crucifixión el Padre estuvo con Jesús, sosteniéndolo y fortaleciéndolo. “Porque está a mi diestra, permaneceré firme.”⁴

En la cruz, Jesús sí soportó “la contradicción de los pecadores contra Él” – y la

¹Ro. 8:17; Is. 63:9

²Hch. 7:55-56; 9:4-5; 23:11; 26:21-22

³ver también Sal. 22:24; Jn. 16:32; 8:28-29; 2 Co. 5:19

⁴Sal. 16: 8; Hch. 2:25; ver también Lc. 23:34, 46; Sal. 22:19; Is. 50:6-9

angustia de un aparente abandono de parte de Dios en manos de adversarios indeseables¹ – pero Él en ningún momento experimentó la pérdida de la comunión interior con el Padre.²

Lo mismo pasa en nuestra vida; hay momentos en los cuales **parece** que Dios nos ha desamparado cuando Él permite que pasemos por ciertas circunstancias y tribulaciones, de las cuales muchos suponen que Dios les libraría a Sus siervos justos. Hay quienes puedan pensar que Dios nos ha abandonado en estos momentos.³ Pero este “desamparo” es sólo aparente y “circunstancial”. Interiormente, nuestra comunión espiritual con nuestro Padre celestial no sufre ni un ápice; es más, se fortalece.

Los períodos de tribulación y sufrimiento no debiéramos vivirlos separados de Dios, y no debemos pensar que Él espera que así lo hagamos. Si su mandamiento es que seamos fuertes **en el Señor** y en el poder de **Su** fuerza, y que hagamos todas las cosas por medio de **Cristo** quien nos fortalece, sobreponiéndonos sólo en **Su** fuerza, entonces ¿cómo es que suponemos que Él nos deja en los momentos de tribulación y sufrimiento?

La tribulación en sí misma no consiste, como lamentablemente muchos creen, en que Dios quita Su comunión interna con nosotros. **La tribulación involucra el trastorno de las circunstancias externas y las cosas de la vida; no de nuestra comunión interna con Dios.** La tribulación involucra la conmoción de los sentimientos de **los cinco sentidos físicos**, pero **no** nuestra conciencia interna de Su compañía. Los sufrimientos externos y las aflicciones no pueden perturbar al alma que se acurruca en la palma de Su mano.⁴ Dios sigue estando con nosotros todo el tiempo y en medio del sufrimiento nuestra comunión interior con Él sigue existiendo, y libre de las distracciones externas y las ataduras, hasta puede brotar y florecer.

*Porque así como los sufrimientos de Cristo son nuestros en abundancia, así también **abunda** nuestro consuelo por medio de Cristo. (2 Co. 1:5)*

*...llevando siempre en el cuerpo por todas partes la muerte de Jesús, para que también la **vida** de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Porque nosotros que vivimos, constantemente estamos siendo entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la **vida** de Jesús se*

¹He. 12:3; ver también Is. 53:4b

²Para una consideración detallada sobre esta cuestión y de la cruz en general, por favor, vea nuestro libro “La Sangre de Dios”.

³Sal. 42:3; 71:11

⁴Mt. 10:28; Sal. 57:1; Sal. 91

*manifieste en nuestro cuerpo mortal. Por tanto no desfallecemos, antes bien, aunque nuestro hombre exterior va decayendo, sin embargo nuestro hombre interior se **renueva** de día en día. (2 Co. 4:10-11, 16)*

...lleno estoy de consuelo y sobreabundo de gozo en toda nuestra aflicción. (2 Co. 7:4b)

*Si sois vituperados por el nombre de Cristo, dichosos sois, **pues el Espíritu de gloria y de Dios reposa sobre vosotros. (1 P. 4:14)***

Por medio de la comunión con Él, Jesús nos capacita para participar de las aflicciones del evangelio, no de acuerdo a nuestra propia fuerza, sino “de acuerdo al poder de Dios”.¹

*Pero el Señor estuvo **conmigo** y me **fortaleció**... El Señor me libraré de toda obra mala y me traerá a salvo a su reino celestial. (2 Ti. 4:17-18)*

Obviamente, no estamos diciendo que si usted camina con Jesús, entonces, ya no tendrá ningún otro sufrimiento o problema. La verdad es que quienes están cerca del Señor van a ser probados con las **mayores** pruebas porque, en Su fuerza son los más fuertes.² Lo que estamos diciendo es que en medio de las tribulaciones, de cualquier naturaleza que sean, su comunión interior con Dios no se disuelve sino que se profundiza, y será esa experiencia interna en Su Presencia y comunión que le fortalecerá en medio de la batalla, será su valentía en medio de la alarma, será su paz en medio de la tormenta, y será su victoria en medio de la aparente derrota.

Tal vez usted piense que Dios ha quitado Su Presencia de su lado en épocas de tribulaciones porque iguala Su Presencia a la emoción, “hormigueos”, sensaciones emocionales, a cuando “se eriza” o hay calma en lo que lo rodea. Pero cuando las circunstancias externas se ponen amargas y las sensaciones se malogran, usted piensa que ha perdido la Presencia de Dios. Pero puede que esto no sea más que la indicación de lo poquito que conoce de Su verdadera Presencia en medio de los problemas. Si usted ha cultivado una auténtica comunión interior con Jesús previamente, en tiempos de tribulación no va a pensar que ha perdido Su Presencia. Ciertamente, en esos momentos la conciencia de Su compañía debe ser refinada.

Repetimos que Jesús no nos manda dejar la confianza en nosotros mismos y la fortaleza, sólo para abandonarnos en tiempos de prueba. En Él, **en compañía y**

¹2 Ti. 1:8

²1 Co. 10:13; Mt. 20:20-23

comuni3n con , es donde est nuestra fortaleza y nuestro recurso – en todo momento.

*Todo lo puedo **en Cristo** que me fortalece. (Fil. 4:13)*

*Pero en todas estas cosas somos más que vencedores **por medio de aquel** que nos am3. (Ro. 8:37)*

*Pero gracias a Dios, que **en Cristo** siempre nos lleva en triunfo... (2 Co. 2:14a)*

*El Señor Dios es **mi fortaleza**... (Hab. 3:19)*

*Vendr con **los hechos poderosos de Dios el Señor**... (Sal. 71:16)*

*...Dios es **la fortaleza de mi coraz3n**... (Sal. 73:26)*

*El Señor es **la fortaleza de mi vida**; de qun tendrá temor? (Sal. 27:1)*

*Espera al Señor... y **alintese** tu coraz3n. (Sal. 27:14)*

Cuando las circunstancias son malas y en nuestras propias fuerzas somos débiles e insuficientes, esos son los verdaderos momentos en que el poder de Dios puede hacerse manifiesto en nuestras vidas, si es que nos rendimos y nos entregamos a .

*Y  me ha dicho: Te basta mi gracia, pues **mi poder** se perfecciona en la debilidad. Por tanto, muy gustosamente me gloriar más bien en mis debilidades, **para que el poder de Cristo more en mí**. Por eso me complazco en las debilidades, en insultos, en privaciones, en persecuciones y en angustias por amor a Cristo; **porque cuando soy débil, entonces soy fuerte**. (2 Co. 12:9-10)*

*Así también nosotros somos débiles en , sin embargo, viviremos con ** por el poder de Dios**... (2 Co. 13:4b)*

*Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que **la extraordinaria grandeza del poder sea de Dios** y no de nosotros. (2 Co. 4:7)*

A los ojos de los hombres, la debilidad es despreciada y quienes son débiles, con frecuencia son apartados. Pero a los ojos de Dios, un coraz3n contrito y quebrantado no

se desprecia sino que es el **requisito** para tener comunión con Él.¹ El agua siempre fluye hacia los lugares bajos. Debemos ver nuestra extrema necesidad de ayuda: la futilidad de todos nuestros esfuerzos, la insuficiencia de nuestras propias fuerzas y habilidades, la inutilidad de todos nuestros ejercicios mentales y esfuerzos intelectuales, el fracaso de todas nuestras labores **fuera de Él**.

Dios ha escogido lo necio, lo débil y lo menospreciado para mostrar Su gloria y poder. Son los orgullosos y los autosuficientes los que se desprecian y se deponen ante Dios.² Es lo débil e insuficiente, las sencillas “vasijas de barro” las únicas que están invitadas a Su Presencia. Y están invitados para **quedarse**.³

Cuando hayamos llegado al lugar en el cual tomemos plena conciencia que sin Él no podemos hacer **nada**, entonces podremos, por primera vez, confiar verdaderamente en Él. El sostener un contacto vital y constante con Él para poder recurrir a Su provisión interna de fortaleza y poder, será nuestra única esperanza de una vida victoriosa. Tenemos que depender de Él – de su continua Presencia interior y comunión – para toda necesidad de cada momento de todos los días. Y esta unión y comunión minuto a minuto es lo que Él nos ha prometido si queremos, de verdad, abandonar nuestra propia vida y fuerza y, a cambio, elegirla la Suya.

El Retiro de la Presencia de Dios

Al decir que existe un lugar de constante comunión con Dios, prometida a aquellos que lleven una vida de total y continua entrega, tenemos que hacer alguna salvedad.

Primero, no implicamos en absoluto que no habrá momentos cuando Dios, deliberadamente, retirará Su Presencia de Su pueblo. A veces, Él **sí** retira Su consuelo y la comunión interior de nuestras vidas y las razones están claramente expuestas en las Escrituras:

He aquí, no se ha acortado la mano del Señor para salvar; ni se ha endurecido su oído para oír. Pero vuestras iniquidades han hecho separación entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados le han hecho esconder su rostro de vosotros para no escucharos. (Is. 59:1-2)

¹Sal. 51:17; 69:29; 102:17; 113:7-8; 138:6; Mt. 5:3-5; 18:1-4; 20:25-28; 21:15-16; 23:10-12; Mi. 6:8; 1 Co. 1:26-29

²Mt. 21:44; Stg. 4:6; Sal. 18:27; 138:6; Pr. 3:34; 1 P. 5:5

³1 S. 2:8; Is. 57:15; Sal. 34:18

...el Señor estará con vosotros mientras estéis con Él. Y si le buscáis, se dejará encontrar por vosotros; pero si le abandonáis, os abandonará. (2 Cr. 15:2)¹

Vemos entonces que Dios, en castigo, sí retira Su Presencia como respuesta al pecado y la rebelión de Su pueblo. Si Dios le hace esto a usted – que le retire Su Presencia – **no** es una prueba que debe sobrellevarse. Con usted hay algún **problema**. Hay algo que tiene que **cambiar** en usted. Es necesario el **arrepentimiento** para que usted pueda experimentar la restauración de la Presencia de Dios. Hasta cierto punto hay pecado en su vida o en su corazón. Existe algún pecado de comisión o de omisión. Tal vez, usted no se haya rendido en alguna área que Él le haya dicho.

Este proceso de pecado, alejamiento de la Presencia de Dios como corrección, arrepentimiento de Su pueblo y su regreso al favor y la bendición de Dios, está hermosamente descrito por el profeta Oseas:

[Habla Dios:] Me iré y volveré a mi lugar hasta que reconozcan su culpa y busquen mi rostro; en su angustia me buscarán con diligencia.

[Dice el pueblo:] Venid, volvamos al Señor. Pues Él nos ha desgarrado, y nos sanará; nos ha herido, y nos vendará. Conozcamos, pues, esforcémonos por conocer al Señor. Su salida es tan cierta como la aurora, y Él vendrá a nosotros como la lluvia, como la lluvia de primavera que riega la tierra. (Os. 5:15 – 6:3)

La segunda salvedad es que debemos permitir los períodos en que Dios, en Su soberanía, retira Su Presencia manifiesta de alguien cuyo corazón es **recto** para que fiel y humildemente comprometa su vida a Cristo a pesar de la sequedad y la falta de claridad, que tanto más tenga la sed y clame por tener más de Él. Así, nuestra fe en Dios, la que ha sido nutrida durante el tiempo de comunión y compañía con Él nos sostendrá a pesar de todas las dificultades y misterios; incluyendo hasta el soberano retiro de la Presencia de Dios. Sin embargo, este alejamiento soberano no es frecuente y la idea no debe usarse como una **excusa** por la ausencia general de la Presencia de Dios en la vida de Su pueblo.

La oculta oscuridad de nuestro corazón y nuestra voluntad propia y dura cerviz son con mayor frecuencia la causa de la pérdida de la comunión con Dios, más que Su soberano alejamiento. Además, el soberano retiro de la Presencia de Dios durará sólo una temporada, hasta que termine su obra perfecta; y luego, como Job, el estado final del siervo de Dios será bendecido más que lo que estaba al principio.²

¹ver Cnt. 5:2-6; Os. 5:15; 10:12; Lm. 3:44; Ez. 8:18; 1 S. 16:14; Gn. 3:24; Dt. 1:41-42; Sal. 51:11

²Job 42:12; Stg. 5:11

La Promesa de Dios de Comunión Permaneciente

Una cosa es cierta: **prescindiendo de las circunstancias externas**, si usted se acerca a Dios, “Él se **acercará** a usted”. Los problemas no le robarán su comunión íntima con Dios. Los problemas **no** pueden robarle la comunión íntima con Dios. El clamor del justo es: “Tú, Señor, **no** abandonas a los que te buscan.” **Nada** externo a nosotros “podrá separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús, Señor nuestro”.

Dios nos ha invitado a **morar** en Su lugar secreto, a permanecer bajo Su sombra, a hacer de Él nuestra **habitación**. “Hijo, tú **siempre** has estado conmigo”, es el privilegio inestimable que Él nos ofrece. “El Señor está **cerca de todos** los que le invocan, de **todos** los que le invocan de verdad.” “Los rectos **morarán** en tu presencia.” Dios no se le está negando. “El que viene a mí, **de ningún modo** lo echaré fuera.” “Buscad y **hallaréis**.” Quienes tengan hambre y sed de Dios “**serán** saciados” (como los terneros en una pradera de tréboles). “Si alguno oye mi voz y abre la puerta, **entraré** a él.”¹

Hay un lugar de permanencia constante en Él y Él en usted. Jesús, quien nos dijo que viviéramos por Su vida así como Él vive por la vida de Su Padre,² vivió siempre en la constante Presencia de Su Padre, aun en Sus mayores sufrimientos y tribulaciones, “Y El que me envió está conmigo; no me ha dejado solo, porque siempre hago lo que le agrada.” Por lo tanto, los justos pueden decirle a Dios: “Tú me has puesto delante de tu rostro (o Presencia) para siempre.” “Los ojos del Señor recorren toda la tierra para manifestar Su fuerza en beneficio de aquellos cuyos corazones son perfectos.”³

El peligro de igualar la pérdida de la Presencia de Dios con una prueba de fe tiene dos aspectos. Primero, si usted está viviendo la pérdida de Su Presencia esta idea le permitirá racionalizar que todo está bien con usted y que solamente necesita pasar por esta “prueba” en su vida cuando, en realidad, usted necesita buscar a Dios para encontrar y tratar de resolver el motivo de Su retiro. Se necesita arrepentimiento, se necesita trabajar con el yo. Pero se evita todo esto y no se logra llegar a la verdad ante Dios porque usted se convence de que todo está bien y que “no es más que una prueba”. Así es como usted justifica la falta de la Presencia de Dios en su vida como una “prueba” y el ego se oculta, ganando, una vez más, retrasar la verdad.

¹Stg. 4:8a; 2 Cr. 16:9; Sal. 9:10; Ro. 8:37-39; Sal. 91:1, 9; Lc. 15:31; Sal. 145:18; 140:13b; Jn. 6:37; Mt. 7:7; 5:6; Ap. 3:20

²Jn. 6:57

³Jn. 8:29; 1 Jn. 3:24; Sal. 15; 24:3-6; 41:12; 73:23-24; 148:14; Gn. 28:15; Ex. 33:14-16; 2 Cr. 16:9

El segundo peligro de esta idea es que cuando usted está viviendo una prueba **genuina** de fe, no se acerca más a Jesús para recibir de Su gracia y sobreponerse porque, de todas maneras, nunca estará seguro de que Él lo ayudará, y entonces usted tratará de pasar la prueba en su propia fuerza y poder. Como resultado, el propósito de la prueba – específicamente que usted se apoye en Él más plenamente y en Su fortaleza permanezca – se frustra y su madurez en Dios es impedida de nuevo.

Pero **si** hay un lugar de constante permanencia en Él. Es el lugar de obediencia y abandono. Es el lugar de entrega total y rendición.

Escuche la maravillosa promesa de Jesús:

El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre; y yo lo amaré y me manifestaré a él.

Judas (no el Iscariote) le dijo: Señor, ¿y qué ha pasado que te vas a manifestar a nosotros y no al mundo?

Jesús respondió, y le dijo: Si alguno me ama, guardará mi palabra; y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos con él morada. (Jn. 14:21-23)

La palabra griega traducida por “manifestar” en estos versículos significa “presentarse de manera física y visible a los ojos de alguien”.¹ La palabra se usa aquí para referirse a la revelación interna de la Presencia de Cristo y, obviamente, la revelación es muy **real**. No es alguna teoría abstracta y jurídica lo que aquí se trata sino una experiencia real de comunión con Dios. Esta experiencia no le está prometida a nadie que simplemente se identifique con Jesús o con Su iglesia, sino sólo a aquellos que, verdaderamente, lo aman a Él y le obedecen. Para quienes lo dejen todo por Cristo y se entreguen a Él por entero, ésta es, verdaderamente, una preciosa promesa: la promesa de la **permaneciente** (eso es, continua) y **manifiesta** (eso es, experimentada) Presencia y compañía de Dios.

Esta experiencia de la Presencia de Dios no debe quedar confinada a momentos de oración especial o reuniones en la iglesia sino que puede ser nuestra posesión diaria y continua. Jesús quiere **morar** con nosotros. Acerquémonos, momento a momento más a Él para poseerlo.

Habrà quien recuerde lo real que era la Presencia de Dios y lo cerca que estaba cuando recién se convirtió y, desde entonces, es como si Él se hubiese alejado, y no existe comunión íntima con Él en su vida. Puede que alguien pregunte: “¿No será que Dios me está probando en mi crecimiento cristiano?” ¡Lejos de ello! Es más probable

¹Confronte con el versículo 19 del mismo capítulo

que **usted** haya dejado su primer amor a que Él lo haya dejado a usted, caprichosamente. “Pero,” viene la respuesta, “cuando fui salvo había muchas cosas en mi vida que estaban mal y, sin embargo, conocí la comunión y la Presencia de Dios. Ahora estoy obedeciendo a Dios mucho más y, aun así me falta Su Presencia. Seguramente, esto es, simplemente, una prueba.” Nuestra respuesta a esto es que así como Dios nos da luz y revelación de la Verdad, debemos responder con obediencia; y si no lo hacemos, entonces, puede que Su Presencia se aparte de nosotros, habiendo sido entristecida. Puede ser cierto que haya menos pecado en su vida ahora que cuando fue salvo pero si le falta Su Presencia significa que hay ciertas áreas en las que usted no se está entregando a Él.

Lo que estamos diciendo es que si usted siente que no está en comunión con Dios – no siente la comunión interna de Su Presencia – entonces **PARE** y encuentre el problema. No siga y se comporte como si nada estuviera mal. **No** es sólo una prueba de su fe. En algún punto usted ha dejado de andar en la luz: “Mas si andamos en la luz... **tenemos** comunión los unos con los otros” (esto es, con Dios).¹

Si usted está fuera de la comunión con Dios, debe sentirse muy afligido. Usted no debe seguir en ese estado. Como dijo Agustín: “Tú nos has creado para Ti y nuestras almas no hallan descanso hasta que encuentran descanso en Ti.” Ceda a la aflicción y la inquietud natural dentro de su alma cuando se encuentre alejado de Dios y busque la restauración. Encuentre el problema y restablezca la comunión.

No estamos sugiriendo que usted esté involucrado en algún pecado grave sino que **en algún punto** usted ha dejado la luz que Él le ha dado. Al crecer en Cristo, Él nos va dando más y más luz y cada vez cuesta menos entristecerlo. “Nuestras viñas tienen uvas tiernas.” Tal vez haya sido algún pensamiento secreto de rebelión, amargura, resentimiento u odio que a usted le haya parecido sin importancia pero para Él fue grave. Tal vez haya sido alguna palabra poco amable a su vecino. Quizás Dios le haya revelado Su voluntad en algún punto y usted todavía no ha creído conveniente aceptarla y obedecer. Tal vez, su amor hacia Él no sea tan intenso como debiera ser. Quizás usted haya dado por sentada la Presencia de Dios, como hizo la Sulamita, y no haya respondido tan rápidamente como debiera a Su amable llamado para ir a su encuentro y disfrutar de una época de amor y comunión con Él.²

Pero sea lo que sea, **deje que Él le revele el problema, arrepíentase y deje que se restablezca la comunión.** No siga adelante como si todo estuviera en orden. Si usted sigue adelante sin Dios y Su Presencia coercitiva, los “pequeños” pecados llegarán a ser “mayores”, progresivamente se endurecerá su corazón, y cada vez le resultará más

¹1 Jn. 1:7

²ver Cnt. 5:2-6

difícil regresar a Dios.¹

Las pruebas auténticas y las tribulaciones se tendrían que sobrellevar con gozo y su duración tendría que estar incuestionablemente encomendada a su fiel Creador.² Pero la pérdida de la Presencia de Dios en su vida no debería durar más que el tiempo que lleva caer de rodillas y buscar Su rostro para que vuelva a resplandecer una vez más sobre su vida sin interferencias. Si se encuentra sin Él, sea su clamor:

Restáuranos, oh Dios, y haz resplandecer tu rostro sobre nosotros... (Sal. 80:3)

Trate a la Presencia de Dios en su interior con sumo interés. Busque tener Su compañía con sumo respeto. No deje que nada se lo robe. Haga todo lo que pueda para mantenerla. Sea celoso de ello.³ **Dios** sí es celoso, “Él celosamente anhela el Espíritu que ha hecho morar en nosotros.”⁴

No vaya a ningún lado sin Dios, sin la conciencia interior de Su compañía. Su Presencia con usted es lo que a usted lo separa del resto del mundo. Qué su clamor sea: “Si tu presencia no va con nosotros, no nos hagas partir de aquí.”⁵

Andar en la luz que Dios le da es procurar Su constante Presencia; y continuar en Su Presencia es un manantial de vida, de fe y victoria.

La Comunión es Necesaria para la Fe

Amados, si nuestro corazón no nos condena, confianza tenemos delante de Dios; y todo lo que pidamos lo recibimos de Él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables delante de Él... El que guarda sus mandamientos permanece en Él y Dios en él. Y en esto sabemos que Él permanece en nosotros: por el Espíritu que nos ha dado. (1 Jn. 3:21-22, 24)

Como dice el apóstol Juan, cuando obedecemos a Dios y andamos en luz que Él nos da, Su Presencia – la cual sentimos por Su Espíritu – se manifiesta en nuestra vida. Debido a

¹He. 3:12-13

²Stg. 1:2-4, 12; 1 P. 4:19; Sal. 105:19

³Ef. 4:26a, 30

⁴Stg. 4:5b

⁵Ex. 33:15-16

esta comunión interior tenemos paz y seguridad en nuestros corazones y la confianza hacia Dios de que Él nos va a garantizar las peticiones que le hagamos.¹

Por otro lado, si estamos fuera de la comunión con Dios, entonces **no** estamos en el lugar donde vayamos a orar con éxito la oración de fe.² Debemos orar la oración de arrepentimiento **primero** y luego, cuando hayamos sido restablecidos a la comunión con Dios, podemos tener confianza hacia Él. Si en nuestro corazón hay pecado y estamos fuera de la comunión con Dios, Él **no** va a escuchar nuestra oración, no importa cuantas veces confesemos las promesas y la fidelidad de Dios.³ Sólo el corazón sincero y el corazón limpio el que puede acercarse a Dios y obtener Su ayuda en tiempos de necesidad.⁴

Ésta es la razón por la cual muchos cristianos oran lo que ellos piensan que es una oración de fe y aun así no reciben nada de Dios: porque, a pesar de no estar en comunión con Dios, justifican la pérdida de Su Presencia como parte de una prueba o juicio o, erróneamente, clasifican la conciencia interna de Su compañía como un “sentimiento” que se considera sin importancia o hasta, en cierta medida, opuesto a la “fe” y, por lo tanto, despreocupadamente, tratan de obligar a Dios a cumplir Sus promesas **cuando ellos no han cumplido con las condiciones**. Pero, como Sansón, cuando se sacuden no hay nada. Dios no contesta sus oraciones y ellos se frustran, con frecuencia se confunden y dudan de la validez o la integridad de Dios y Su santas promesas.

Pero si nos volvemos a Jesús con corazones quebrantados y contritos, abandonando todo, rindiéndonos a Él y obedeciéndole, entonces, conoceremos lo que es la comunión con Él y en los momentos de prueba y angustia Su gran poder será nuestra fuente de recursos.⁵ Nuestros momentos de debilidad llegarán a ser los momentos de mayor fortaleza, porque dejando de confiar en nosotros mismos y de tener esperanza en nuestras propias fuerzas y en las cosas de esta vida para que nos sostengan, nos rendiremos totalmente a Jesús y a Su gracia maravillosa.⁶

Sin embargo, si su relación con Dios es puramente abstracta y mística; si está basada enteramente en doctrinas jurídicas y en principios y teorías legales; y si carece

¹cf. Jn. 15:7; 14:13-15

²ver Sal. 66:18

³Sal. 66:18

⁴He. 10:22

⁵1 P. 1:5

⁶2 Co. 1:8-9; Sal. 20:7-8; 44:3, 5-7

de realidad, sustancia y vitalidad; entonces, su única fuente de recursos para fortalecerse en momentos de sufrimiento y prueba será usted mismo y el poder de su religión. Al decir el “poder de su religión” nos referimos a su celo ardiente por hacer que en su vida todo parezca estar bien, no solo para los demás, sino también ante sus ojos y para Dios.

Querido hermano o hermana ¿esto lo retrata a usted? ¿Hemos estado describiendo su vida? ¿Usted conoce realmente la Presencia de Dios en su corazón? Si usted ha conocido a Dios y si ha experimentado Su Presencia en el pasado ¿está caminando al lado de Él actualmente? ¿O ha dejado su primer amor y ahora está siguiendo a Jesús “de lejos?”

¿Su vida se caracteriza por una auténtica comunión de amor por Dios y la experiencia de Su compañía y amor hacia usted o, como muchos dicen: “falta algo”? ¿Tiene comunión con Jesús – una relación **real** con Jesús – o su vida espiritual es más teoría y “filosofía cristiana” que realidad?

¿Se podría resumir su vida por estas cosas: frialdad hacia Dios; indulgencia hacia usted mismo; ausencia de amor caritativo hacia otras personas, crítica, celos, amargura, censura, sospechas y acusaciones hacia los hermanos; ausencia de angustia por los perdidos, falta de oración personal, una liturgia basada en la tradición y las formas de los hombres y no en la dirección de un corazón cautivado por Jesús; un mayor interés en las cosas de este mundo que en la Palabra de Dios; una apatía general hacia las cosas espirituales?

¿Fluyen ríos de agua viva de su corazón llevando sanidad y vida a aquellos que se ponen en contacto con usted? ¿O su vida se podría describir mejor como “un pozo sin agua” o “nubes y viento sin lluvia”? ¿Usted posee **vida** o, simplemente, “tiene nombre de que vive”?

¿Usted ve la obediencia, la santidad y la fe como privilegios en su vida o como obligaciones? ¿Está más preocupado porque otros cristianos se conformen a su lista de formas religiosas externas en lugar de que experimenten la sustancia interna y el poder de la comunión con Jesús? ¿Está irritado o le fastidia lo que hemos dicho en estos capítulos?

¿Su cristianismo consiste más de una fingida apariencia que de una real experiencia con Dios? ¿Está buscando impresionar a los hombres mientras que ignora a Dios, empeñándose en esconder su hastío espiritual haciendo que su vida luzca exitosa y vivificante, a menos que todo fracase desgraciadamente, su gran edificio religioso se derrumba ante sus ojos y usted se muestra ante los demás como un simulador?

¿Su vida está siendo consumida por la fatigosa búsqueda de posición religiosa, reconocimiento y respetabilidad, al tiempo que rechaza al Único cuya aprobación realmente importa, el Único que tiene derecho legítimo a su corazón y a su vida, el Único que puede darle libertad? ¿Usted está **de verdad** rindiéndose a Dios de corazón día tras día, o está más preocupado por las apariencias externas hacia los hombres **como lo está** haciendo? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu ahora se está haciendo perfecto

por la carne?

Porque dices: “Soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad”; y no sabes que eres un miserable y digno de lástima, y pobre, ciego y desnudo... (Ap. 3:17)

Oh, querido cristiano ¿hay en su vida apariencia de religiosidad? Si es así ¿no está cansado ya de esa vida? El vacío y la miseria interior ¿no empiezan a perturbarlo? ¿El egoísmo y el orgullo de su vida no empiezan a fastidiarlo? Dios lo llama a ser honesto. ¿Puede seguir mintiendo sobre su verdadero estado espiritual ante usted, los hombres y Dios?

Habiendo Él ofrecido tanto ¿cómo es que usted puede contentarse con tan extremadamente poco de Dios en su vida?

Abandone esta existencia ahora y arrójese a las misericordias de Dios, rogándole a Él para que haga de usted una persona real, suplicándole para que Él obre en lo más íntimo de su corazón; implorándole que cambie y ensanche su corazón, llevándolo a usted a un lugar de honestidad y genuina sumisión a Él, sin lo cual usted nunca lo conocerá.

Dígale que está cansado de ser un religioso ficticio y que usted quiere conocerlo a Él de verdad. Ya no va a ser una persona complaciente para los hombres, ni un amante de la religión del hombre. Ya no va a obedecer las órdenes del yo, el pecado y Satanás que le susurran suavemente que usted los sirva a ellos mientras mantiene la fachada externa de religiosidad de estar sirviendo a Dios. Ya no va a engañarse más con que todo está bien cuando, un doloroso vacío palpita en su interior.

Jesús lo está llamando a usted ahora:

He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él y él conmigo. (Ap. 3:20)

Y el que tiene sed, venga; y el que desea, que tome gratuitamente del agua de la vida. (Ap. 22:17)

¡Escuche Su voz! ¡Abra la puerta! ¡Venga! ¡Tome del Agua de la Vida! ¡Jesús se le está ofreciendo a usted!

Dios ha puesto eternidad en su corazón. Jesús lo ama con amor eterno, por lo tanto, lo está atrayendo a usted hacia Él con bondad. No más intentará usted, en vano, de conformarse con menos, con mucho menos, con infinitamente menos de lo que Él le ofrece:

¡deleitarse plenamente en Él para siempre!

Strategic Press
(Division of Strategic Global Assistance, Inc.)
2601 Benham Ave.
Elkhart, IN 46517

(219) 295-4357
Toll free: (888) 258-7447
www.sgai.org

Our secure online bookstore:
www.LivingFaithBooks.com